





PRESIDENCIA DE LA NACIÓN

Dr. Néstor Kirchner

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Lic. Daniel Filmus

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

Lic. Juan Carlos Tedesco

SECRETARÍA DE POLÍTICAS UNIVERSITARIAS

Dr. Alberto Dibbern

SUBSECRETARÍA DE EQUIDAD Y CALIDAD

Lic. Alejandra Birgin

SUBSECRETARÍA DE PLANEAMIENTO EDUCATIVO

Lic. Osvaldo Devries

DIRECCIÓN NACIONAL DE GESTIÓN CURRICULAR
Y FORMACIÓN DOCENTE

Lic. Laura Pitman

DIRECCIÓN NACIONAL DE INFORMACIÓN
Y EVALUACIÓN DE LA CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Marta Kisilevsky

COORDINACIÓN DE ÁREAS CURRICULARES

Lic. Cecilia Cresta

COORDINACIÓN DEL PROGRAMA DE
"APOYO AL ÚLTIMO AÑO DEL NIVEL SECUNDARIO
PARA LA ARTICULACIÓN CON EL NIVEL SUPERIOR"

Lic. Vanesa Cristaldi

COORDINACIÓN DEL PLAN NACIONAL DE LECTURA

Dr. Gustavo Bombini



MATERIAL PARA EL PROGRAMA "APOYO AL
ÚLTIMO AÑO DE LA SECUNDARIA PARA LA
ARTICULACIÓN CON EL NIVEL SUPERIOR"
PLAN NACIONAL DE LECTURA

EDGAR ALLAN POE

**LOS CRÍMENES DE LA
CALLE MORGUE Y OTROS
CUENTOS**



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CIENCIA
Y TECNOLOGÍA DE LA NACIÓN



Poe, Edgar Allan
Los crímenes de la calle morgue y otros cuentos - 1a ed. -
Buenos Aires : Eudeba, 2007.
160 p. ; 20x14 cm. (Libros para siempre)
Traducido por: Marcela A. Testadiferro
ISBN 978-950-23-1349-8
1. Narrativa Estadounidense. I. Marcela A. Testadiferro,
trad. II. Título
CDD 813

© 2006, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación

Realización editorial:
Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2022
www.eudeba.com.ar

Selección biografía y prólogo: Pablo Castillo
Traducción: Marcela Testadiferro

Diseño de interior: Verónica Chamorro
Diseño de tapa: Estudio mtres
Foto de tapa: Silvina Piaggio

ISBN 978-950-23-1349-8
Impreso en la Argentina
Hecho el depósito que establece la ley 11.723



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopias u otros métodos, sin el permiso previo del editor.



BIOGRAFÍA



Hijo de un matrimonio de actores ambulantes, Edgar Poe nace en Boston el 19 de enero de 1809. Poco se sabe del padre: muere –o lo abandona– a los pocos meses; por su parte, la madre lo deja definitivamente huérfano un par de años después. La decisión de la familia de John Allan, un rico comerciante de Richmond (Virginia), de recibirlo en su hogar lo rescata de un inevitable recorrido por orfanatos, aunque le reserva una larga serie de humillaciones y pesares. De hecho, Poe nunca fue adoptado legalmente y en definitiva sólo heredó de su tutor el apellido. Su condición familiar no fue su única ambigüedad: toda su vida, aun en las largas épocas de miseria extrema, se consideró un conservador, elitista y partidario de la esclavitud, es decir, un perfecto caballero sureño; pero al mismo tiempo el folklore negro, abundante en muertos vivos, fantasmas y ritos, lo dotaron tempranamente de un importante material que desarrollará en algunos de sus mejores cuentos.

Entre 1815 y 1820 viajó con su familia por Escocia –patria de John Allan– e Inglaterra. Apenas retorna a Richmond, comienza a escribir poemas, la mayoría de ellos dedicados al primer eslabón de una larga cadena de amores malogrados: Helen Stanard que enloquece y muere al poco tiempo.

Los crímenes de la calle Morgue y otros cuentos | 5



A los dieciocho años ingresa a la universidad de Virginia, donde se destaca como excelente alumno, pésimo tahúr y prometedor bebedor. Allan se niega a sufragar el tren de vida que pretende llevar Edgar que, por cierto, era el habitual de los hijos de la aristocracia que frecuentaban esa universidad y, como resultado de este conflicto que se repetiría hasta el hartazgo, el joven abandona los estudios. En 1827 publica anónimamente su primer libro: *Tamerlán y otros poemas*. Dos años después, la muerte de su amada madre adoptiva, Frances Allan, acentúa el distanciamiento con su padrastro que alcanzará el grado de ruptura cuando éste vuelva a casarse. Las inéditas urgencias económicas lo obligan a enrolarse en el ejército con un nombre falso y durante algún tiempo vegeta en esa atmósfera de reconocida mediocridad hasta que ingresa a la academia militar de West Point de donde es puntualmente expulsado por incumplimiento del deber. De esos años es su segundo libro *Al Araaf* que comparte con su antecesor la inclinación por lo romántico y su nula repercusión.

En Baltimore se encuentra con su tía María Clemm, que ocupará hasta su muerte el rol de madre y protectora a pesar de la pobreza en que vive. En ese ambiente redacta en 1832 su primer cuento: “Metzengerstein” y los poemas “Israfel”, “A Helena” y “Lenore”.

Un premio, obtenido en 1833 por “Manuscrito hallado en una botella”, le permite relacionarse con varias revistas literarias de Filadelfia y Nueva York que no tardan en solicitarle colaboraciones, bastantes mal pagas, en donde va perfilando sus innovadoras concepciones acerca de la estructura del cuento y la poesía al mismo tiempo que practica una ácida labor de crítico literario con la que conquistó alguna fama y demasiados enemigos.

En 1836 se casa con su joven prima Virginia Clemm, y, junto a su inseparable tía y flamante suegra, vivirán un sórdido pere-



grinaje por distintas ciudades, alternando la redacción de sus mejores obras y el consiguiente crecimiento de su notoriedad con etapas de depresión, borracheras y consumo de opio. Bajo el título *Cuentos de lo grotesco y de lo arabesco*, reúne en 1840 alguno de sus relatos más logrados como “La caída de la casa Usher”, “William Wilson”, “Ligeia”. Un par de años antes, había publicado su única novela, *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*. Su talento como editor literario, tarea que desempeña entre 1841 y 1842, convierte a la revista *Graham’s Lady’s and Gentleman’s Magazine* en la más vendida de todo el sur estadounidense y le otorga, además, el privilegio de ver publicado en sus páginas “Los crímenes de la calle Morgue”, considerado el primer exponente del relato policial moderno y analítico. Este período de extraordinaria de fecundidad alcanza su cima con la publicación de “El Cuervo” (1845), extenso y melancólico poema que vio la luz luego de obsesivas reescrituras.

La muerte de su esposa en 1847 lo aleja de una ficticia vida normal y lo aproximan definitivamente al alcohol y las sustancias alucinógenas: comienza a transitar el último y más penoso acto de su vida que, sin embargo, no le impide escribir y alcanzar a ver publicado *Eureka* (1848), extraño ensayo en el que, sin fundamento científico alguno, ofrece al lector su particular cosmovisión y en el que algunos creen ver ciertas asombrosas intuiciones como la del *Big Bang* como origen del Universo en expansión.

Lo que resta de su vida es territorio más propio de la leyenda que de la certeza: al parecer tuvo dos intentos de casamiento y uno de suicidio, se multiplican las borracheras, escribe su último gran cuento, “Hop-Frog”, realiza varios viajes y finalmente recalca en Baltimore donde, se dice, es obligado a participar en una vieja práctica de vida electoral yanqui que consiste en reclutar ebrios y adictos para forzarlos a que voten varias veces a un



mismo partido. Es encontrado inconsciente en un tugurio, trasladado a un hospital y, tras cinco días de agonía en los que clama por “Reynolds”, el explorador que le había inspirado algunos pasajes de *Arthur Gordon Pym*, muere el siete de octubre de 1849 a los cuarenta años.





PRÓLOGO DE LA OBRA



Hasta la tercera década del siglo XIX, la literatura norteamericana era una desvaída mezcla de puritanismo, pragmatismo y panfleto político. Sin embargo, el creciente poderío económico y la política expansionista de los Estados Unidos, en constante aumento desde la Declaración de Independencia en 1776, necesita de un correlato en el terreno cultural que le permita contar con una identidad unificadora que la distinga de la vieja metrópoli británica. El auge de las revistas literarias contribuirán en gran medida al desarrollo de este proyecto y hacia 1830 se verifica un llamativo desarrollo de la industria editorial. Una de ellas, la revista *Saturday Courier*, publica en 1832 el relato “Metzengerstein” de un tal Edgar Allan Poe. La pequeña suma que cobra el joven autor es un modalidad recientemente establecida por estas publicaciones para responder a la creciente demanda de un público ávido por conocer a los autores nacionales. No obstante, es oportuno señalar una de las abundantes singularidades de Edgar Allan Poe: si bien se erigió en el primer escritor norteamericano de alcance nacional, su obra contiene una clara impronta europea y no es casual que uno de sus primeros exegetas haya sido el poeta francés Charles Baudelaire.

Los crímenes de la calle Morgue y otros cuentos | 9



Aunque es bien sabido que Poe siempre se consideró ante todo un poeta, su reconocimiento y, debemos aclarar, su principal fuente de subsistencia, se debe a lo que en inglés se denomina *short stories* y que en español traducimos como *cuento*. Poe tal vez sea el primero de los escritores modernos que se permite reflexionar sobre la elaboración consciente de la escritura. En una célebre reseña, aparecida en 1842, dedicada a su compatriota Nathaniel Hawthorne, consume un verdadero tratado sobre las rasgos característicos que, a su entender, debe poseer un cuento. El concepto principal es el de la unidad de efecto; nos dice: “Un hábil artista literario ha construido un relato. Si es prudente, no habrá elaborado sus pensamientos para ubicar los incidentes, sino que, después de concebir cuidadosamente cierto efecto único y singular, inventará los incidentes, combinándolos de la manera que mejor lo ayuden a lograr el efecto preconcebido”. Esa unidad de efecto sólo es eficaz cuando logra fundirse con la brevedad del relato y de ahí a que caracterice a la novela como un género “inconveniente” puesto que “como no puede ser leída de una sola vez, se ve privada de la inmensa fuerza que se deriva de la totalidad”. Poe ubica al cuento en un escalón apenas más bajo que el de la poesía y afirma que cumple el mismo papel pero en su propio campo, el de la prosa.

Poe parece ser uno de esos genios que, muy a su pesar, dan testimonio del desarreglo del mundo; sus relatos son la mejor prueba: formalmente impecables, casi diríamos matemáticos, su sustancia es la sinrazón y el desorden de la condición humana. En la mayoría de sus mejores cuentos –escribió casi setenta– podemos observar algunos denominadores comunes: el hombre arrastrado a un destino trágico, la incapacidad de rebelarse ante fuerzas superiores (“Manuscrito hallado en una



botella”), los procesos de degradación personal que inevitablemente terminan en el hundimiento y la locura (“El gato negro”, “El corazón delator”), la obsesión con la muerte al punto de convertirla, en sus distintas modalidades –accidental, natural, asesinato– en un eje de su producción (“La máscara de la Muerte Roja”, “Los hechos del caso de M. Valdemar”, “El barril de amontillado”). En sus narraciones “analíticas” (“Los crímenes de la calle Morgue”, “La carta robada”), que comparten con las demás una implacable razón del horror, encontramos, sin embargo, elementos distintivos –el suspenso, la invención de climas, la razón instrumento para arribar a la solución del enigma– que sentarán los cimientos para uno de los géneros más populares del siglo XIX y XX: la novela policial.

Lovecraft, Kafka, Verne, Baudelaire son sólo algunos de los escritores que admiten su deuda con Poe y esta enumeración, aunque incompleta, alcanza, no obstante, para verificar la fecunda influencia del autor de “El cuervo” en diversos territorios de la literatura moderna.





ANTOLOGÍA







MANUSCRITO HALLADO EN UNA BOTELLA



*Qui n'a plus qu'un moment à vivre
N'a plus rien à dissimuler¹*

(Quinault, *Atys*)

De mi país y de mi familia tengo poco que decir. Los malos tratos y el paso de los años me han apartado de uno y hecho extraño del otro. La riqueza hereditaria me proporcionó una educación fuera de lo común y un sesgo contemplativo de mi mente me permitió ordenar lo que había almacenado muy diligentemente en mis primeros estudios. Sobre todas las cosas, el estudio de los moralistas alemanes me proporcionaba mayor deleite, no porque admirara equivocadamente su elocuente locura, sino por la facilidad con que mis hábitos de pensamiento riguroso me permitieron detectar sus falsedades. A menudo se me ha reprochado la aridez de mi genio; se me ha imputado una imaginación deficiente como si fuera un crimen, y el escepticismo de mis opiniones me ha hecho notorio siempre. En verdad, un gusto potente por la filosofía física ha teñido, me temo, mi mente con un error muy común de esta época; estoy hablando del hábito de relacionar lo que ocurre, incluso lo

1. "Quien no tiene más que un momento para vivir no tiene nada que disimular."



menos susceptible de tal relación, con los principios de esa ciencia. Por todo esto, nadie puede ser menos susceptible que yo a salirse de los recintos de la verdad a causa de los *ignes fatui*.² He creído conveniente presentar esto como premisa, para que el cuento increíble que debo contar no sea considerado más el delirio de una cruda imaginación, que la experiencia positiva de una mente para la cual los ensueños de la fantasía han sido una letra muerta y una nulidad.

Después de muchos años pasados en un viaje por el extranjero, zarpé en el año 18... del puerto de Batavia, en la isla rica y populosa de Java para hacer una travesía por el archipiélago de las islas Sunda. Fui como pasajero, sin tener otro motivo que una suerte de desasosiego nervioso que me perseguía como un demonio.

Nuestro buque era un barco hermoso de casi cuatrocientas toneladas, recubierto de cobre, y construido en Bombay con teca de Malabar. Estaba cargado de algodón en rama, y aceite de las islas Laquedivas. Teníamos también a bordo fibra de coco, azúcar de palma, aceite de manteca clarificada, cocos y algunas cajas de opio. El almacenaje se había hecho torpemente, y el buque, en consecuencia, iba mal lastrado.

Nos pusimos en camino con un simple soplo de viento y durante muchos días estuvimos en la costa oriental de Java, sin otro incidente para entretener la monotonía de nuestro rumbo que el encuentro ocasional con pequeños atracaderos del archipiélago al cual estábamos limitados.

Una tarde, apoyado sobre el coronamiento, observé una nube muy singular, aislada, hacia el noroeste. Era notable tanto por su color como por ser la primera que había visto desde nuestra partida de Batavia. La vigilé atentamente hasta la caída del sol,

2. *Ignes fatui*: fuegos fatuos.

16 | Edgar Allan Poe





momento en que de pronto se extendió de este a oeste, ciñéndose en el horizonte como una tira angosta de vapor, y semejando una larga línea de costa baja. Mi atención pronto fue atraída por la apariencia morada de la luna y el aspecto peculiar del mar. Este último estaba experimentando un cambio súbito, y el agua parecía más transparente que lo habitual. Aunque podía distinguir claramente el fondo, cuando levanté la sonda descubrí que el barco estaba a quince brazas. Entonces el aire se hizo intolerablemente caliente y se llenó de humos espiralados, similares a los que despiden el hierro candente. Cuando llegó la noche, cada soplo de viento feneció, y es imposible concebir una calma más completa. La llama de la bujía ardía en la popa sin el menor movimiento perceptible, y un cabello largo, sostenido entre el índice y el pulgar, colgaba sin posibilidad de detectar ninguna vibración. Sin embargo, como el capitán dijo que no podía percibir ninguna indicación de peligro, y como estábamos siendo arrastrados hacia la costa por el peso, ordenó que aferraran las velas y echaran el ancla. No se dispuso ninguna custodia, y la tripulación, que principalmente estaba compuesta por malayos, se tendió sobre la cubierta. Bajé, no sin un presentimiento de algo malo. En verdad, todas las apariencias me garantizaban la malicia de un simún.³ Le conté al capitán mis miedos, pero no prestó atención a lo que dije y me dejó sin dignarse a darme una respuesta. Sin embargo, mi intranquilidad me impedía dormir, y casi a medianoche fui a cubierta. Cuando puse mi pie sobre el último peldaño de la escala de toldilla, fui sorprendido por un sonido fuerte y zumbador, parecido al que es ocasionado por la revolución veloz de una rueda de molino, y antes de que pudiera

3. En realidad, el simún es un viento abrasador propio de los desiertos de Arabia y África. Poe lo utiliza como sinónimo de huracán.





averiguar su significado, descubrí al barco estremeciéndose en su centro. Al instante siguiente, una inmensidad de agua y espuma nos hizo ladear y, pasando sobre nosotros de una punta a la otra, barrió todas las cubiertas desde la proa hasta la popa.

La furia extrema de la ráfaga fue en gran medida la salvación del barco. Aunque se llenó de agua por completo, y aun cuando sus mástiles se habían ido por la borda, después de un minuto, se levantó pesadamente del mar y, tambaleándose un poco bajo la presión inmensa de la tempestad, finalmente se enderezó.

Imposible me sería decir por qué milagro escapé de la muerte. Sacudido por el golpe del agua, me hallé, al recobrar me, atorado entre el codaste⁴ y el timón. Con gran dificultad conseguí ponerme de pie y al mirar vertiginosamente a mi alrededor, en principio fui asaltado por la idea de que estábamos entre rompientes por el carácter terrorífico, que excedía la imaginación más salvaje, de la vorágine de océano montañoso y espumoso dentro del cual estábamos atrapados. Después de un rato, oí la voz de un viejo sueco que había embarcado con nosotros en el momento de zarpar del puerto. Lo llamé con toda mi fuerza y vino entonces tambaleándose desde la popa. Pronto descubrimos que éramos los únicos sobrevivientes del accidente. Todos los que estaban en cubierta, con excepción de nosotros, habían caído por la borda; el capitán y los pilotos debieron haber perecido mientras dormían porque sus camarotes estaban inundados. Sin ayuda, poco podíamos esperar hacer por la seguridad del barco, y al principio nuestros esfuerzos fueron paralizados por la expectativa momentánea de que íbamos a hundirnos. Por supuesto, nuestras amarras se habían partido como hilo de empaque con el primer soplo del huracán, ya que

4. *Codaste*: Madero grueso puesto vertical que se ubica sobre el extremo de la quilla inmediato a la popa.



de no ser así, instantáneamente nos hubiéramos sumergidos. Nos deslizábamos por el mar con pavorosa velocidad y el agua hacía oleaje sobre nosotros. La estructura de la popa estaba muy destrozada y, aunque en casi todas partes habíamos tenido daños considerables, descubrimos, con alborozo, que las bombas no estaban ahogadas y que nuestro lastre no se había movido demasiado. La furia principal de la ráfaga ya había soplado y temíamos pocos peligros de la violencia del viento; pero preveíamos con desesperación su cese total, porque creíamos que en nuestra condición ruinoso, inevitablemente pereceríamos en una marejada que sobreviniera. Pero esta aprensión no parecía pronta a verificarse de ningún modo. Durante cinco días y noches completos, en los cuales nuestra subsistencia dependió de una pequeña cantidad de azúcar de palma que nos procuramos con gran dificultad del castillo de proa, el casco se deslizó a una velocidad que desafiaba todo cálculo, ante las sucesivas oleadas de viento, que sin igualar la violencia primera del simún, eran incluso más terroríficas que cualquier tempestad con la que me hubiese topado antes. Durante los primeros cuatro días nuestro rumbo fue, con insignificantes variaciones, sudeste hacia el sur; y debimos haber estado navegando hacia la costa de Nueva Holanda. Al quinto día el frío se hizo extremo, aunque el viento se había variado un punto más hacia el norte. El sol salió con un brillo amarillo mórbido, y trepó muy pocos grados sobre el horizonte, sin emitir una luz decisiva. No había nubes visibles, aunque el viento estaba aumentando y soplabá con una furia espasmódica e inestable. Cerca de lo que suponíamos era el mediodía, nuestra atención otra vez fue captada por la apariencia del sol. No emitía luz propiamente dicha sino un brillo opaco y sombrío sin reflejo, como si sus rayos estuvieran polarizados. Justo antes de hundirse en el mar turgente, sus fuegos centrales de pronto desaparecieron,



como extinguidos por algún poder inexplicable. Era un aro borroso y plateado cuando se hundió en el océano impenetrable.

Esperamos en vano la llegada del sexto día, que para mí no ha llegado aún, y para el sueco no llegó nunca. De ahí en adelante estuvimos amortajados en una oscuridad tan negra que no podríamos haber visto un objeto a veinte pasos del barco. La noche eterna continuó envolviéndonos, sin el alivio de la brillantez fosforescente del mar a la que estábamos acostumbrados en los trópicos. Observamos también que, aunque la tempestad continuaba bramando con imbatible violencia, ya no se podía descubrir la presencia habitual de oleaje o espuma, que hasta entonces nos acompañaba. Todo alrededor era horror, densa lóbreguez y un desierto negro y sofocante de ébano. El terror supersticioso invadió gradualmente el espíritu del viejo sueco y mi propia alma estaba envuelta en una muda perplejidad. Desdeñamos todo cuidado del barco, por considerarlo inútil, y nos afirmamos lo mejor posible al palo de la mesana, mirando amargamente el mundo del océano. No teníamos medios de calcular el tiempo, ni podíamos formarnos ninguna conjetura de nuestra ubicación. Sin embargo, estábamos seguros de haber avanzado más al sur que cualquier navegante previo, y nos sentíamos muy asombrados de no encontrarnos con los impedimentos usuales del hielo. Mientras tanto, cada momento amenazaba con ser el último, cada oleada montañosa se precipitaba a hundirnos. La marejada sobrepasaba lo imaginable, y es un milagro el hecho de que no estuviéramos sepultados instantáneamente. Mi compañero hablaba de la liviandad de nuestra carga y me recordaba las excelentes cualidades de nuestro barco; pero yo no podía evitar sentir la completa inutilidad de la esperanza misma, y me preparé tétricamente para la muerte que pensé que no podía diferirse más de una hora, porque con cada avance que el bar-



co hacía, la creciente de las aguas negras y estupendas se hacía más funestamente aterradora. A veces jadeábamos para respirar a una altura mayor a la del albatros, a veces sentíamos vértigo por la velocidad de nuestro descenso a algún infierno de agua, donde el aire se estancaba y ningún sonido molestaba el dormir del *kraken*.⁵

Estábamos en el fondo de uno de esos abismos, cuando un súbito grito de mi compañero estalló temiblemente en la noche.

—¡Mire! ¡Mire! —gritó chillando en mis oídos— ¡Dios Todopoderoso! ¡Mire! ¡Mire!

Mientras hablaba, vi que el resplandor opaco y sombrío de una luz roja, que emergía por los costados de la vasta grieta en donde yacíamos, arrojaba su brillantez incierta sobre la cubierta. Echando una ojeada hacia arriba, contemplé un espectáculo que heló mi corriente sanguínea. A una altura terrorífica directamente sobre nosotros, y sobre el preciso borde del descenso precipitoso, estaba suspendido un barco gigantesco de cuatro mil toneladas quizás. Aunque se alzaba sobre la cumbre de una ola cien veces mayor a su propia altura, su tamaño visible excedía el de cualquier barco de línea o de la Compañía de Indias existente. Su inmenso casco era de un negro oscuro y sin brillo, sin las entalladuras acostumbradas en los barcos. Una sola hilera de cañones de bronce sobresalía por sus portillas abiertas, y desde sus superficies pulidas se lanzaban los fuegos de una batería de luces interminables, que iban hacia adelante y hacia atrás respecto de su jarcía. Pero lo que principalmente me inspiraba horror y sorpresa era que se sostenía a fuerza de vela a despecho de ese mar sobrenatural y de ese huracán ingobernable. Al principio cuando lo descubrimos, sólo se veían sus amuras,⁶

5. *Kraken*: monstruo marino del folclore nórdico, similar a un calamar gigante.

6. *Amuras*: costados del buque donde éste empieza a estrecharse para formar la proa.





mientras se elevaba lentamente de la vorágine horrible y turbia que estaba más allá. Durante un momento de terror intenso se detuvo sobre una cumbre voluble, como si contemplara su propia sublimidad, y luego se tambaleó, vaciló y se vino abajo.

En ese instante, no sé qué repentino dominio de mi mismo sobrevino en mi espíritu. Trastabillando hacia la popa lo más rápido posible, esperé sin temor la ruina que iba a hundirnos. Nuestro propio buque había cesado finalmente sus forcejeos y se hundía de cabeza en el mar. El golpe de la masa que descendía le pegó por ende en la parte de su estructura que ya estaba bajo el agua y el resultado inevitable fue arrojarme, con violencia irresistible, sobre la jarcia del barco extraño.

Cuando caí, el barco se sostuvo y viró; y a la confusión que sobrevino atribuí el hecho de no ser notado por la tripulación. Poco trabajo me costó escabullirme sin ser percibido hasta la escotilla principal, que estaba abierta parcialmente, y pronto hallé oportunidad de esconderme en la bodega. No puedo decir por qué hice eso. Una sensación indefinible de pavor, que apresó mi mente desde la primera visión de los navegantes del barco, fue quizás el motivo de que me ocultara. No tenía voluntad de confiarme a una raza de personas que me habían ofrecido, en la mirada precipitada que les había dado, tantos puntos de novedad, duda y aprensión inciertas. Por ende, consideré apropiado urdir un escondite en la bodega. Esto lo logré sacando una pequeña parte del falso bordaje, de manera tal de hacerme un refugio conveniente entre las cuadernas⁷ inmensas del barco.

7. *Cuadernas*: piezas curvas cuya base encaja en la quilla del buque y desde allí arrancan a derecha e izquierda, formando como las costillas del casco del barco.



Apenas había completado mi labor, cuando unos pasos en la bodega me obligaron a usarlo. Un hombre pasó junto al lugar donde me escondía con paso débil e inestable. No pude ver su rostro pero tuve oportunidad de observar su apariencia general. Había en ella evidencia de vejez y enfermedad. Sus rodillas se tambaleaban con el peso de los años y su estructura íntegra temblaba debajo de esa carga. Murmuraba para sí, en un tono bajo y quebrado, algunas palabras de un idioma que no pude comprender y buscaba a tientas en un rincón entre un cúmulo de instrumentos de aspecto muy singular y decrepitas cartas de navegación. Su gesto era una mezcla salvaje entre el malhumor de la segunda infancia y la dignidad solemne de un Dios. Finalmente se fue a la cubierta y no lo vi más.

*

Un sentimiento imposible de nombrar ha tomado posesión de mi alma. Una sensación que no admitiría análisis, para la cual los saberes de los tiempos pasados son inadecuados, y por la que temo, el futuro mismo no me dará ninguna pista. Para una mente constituida como la mía, esta última consideración es una perversidad. Nunca, sé que nunca estaré satisfecho respecto de la naturaleza de mis concepciones. Aunque no es nada maravilloso que tales concepciones sean indefinibles, porque tienen origen en fuentes completamente nuevas. Un nuevo sentido, una nueva entidad se ha sumado a mi alma.

*

Hace mucho que pisé por primera vez la cubierta de este barco terrible y los rayos de mi destino, creo, están congregándose en un foco. ¡Hombres incomprensibles! Envueltos en meditaciones que no puedo adivinar, pasan a mi lado sin notarme. Ocul-





tarme es perfectamente tonto de mi parte, porque las personas *no me verán*. Hace apenas un instante pasé directamente ante los ojos del piloto, no hace mucho que me aventuré a ingresar en el camarote privado del capitán, y tomé de allí los materiales con los cuales escribo y he escrito. Continuaré de vez en cuando este diario. Es verdad que puedo no tener la oportunidad de transmitirlo al mundo, pero no dejaré de hacer el esfuerzo. En el momento final pondré el manuscrito en una botella y lo echaré al mar.

*

Ha ocurrido un incidente que me ha dado una nueva oportunidad para meditar. ¿Esas cosas son obra de un azar ingobernable? Me atreví a ir a cubierta y me he tirado al suelo, sin llamar la atención, entre un cúmulo de rebenques y velas viejas, en el fondo de un bote. Mientras meditaba sobre la singularidad de mi destino, inconscientemente untaba con una brocha de brea los bordes de una arrastradera⁸ primorosamente plegada que yacía a mi lado sobre un barril. La arrastradera ahora se inclina sobre el barco y los toques irreflexivos de la brocha han formado la palabra “DESCUBRIMIENTO”.

Últimamente he hecho muchas observaciones sobre la estructura de este buque. Aunque está bien armado, no es un barco de guerra, según creo. Su jarcia, su construcción y su equipamiento general niegan una suposición de este tipo. Lo que *no es*, puedo percibirlo fácilmente; lo que *es* me resulta imposible decirlo. No sé cómo pero, al examinar su extraño modelo y la forma singular de sus vergas, su inmenso tamaño y

8. *Arrastradera*: ala del trinquete.

24 | Edgar Allan Poe





el abultado conjunto de velas, su proa alarmadoramente simple y su popa anticuada, ocasionalmente relampaguea en mi mente una sensación de cosas familiares, y siento siempre, mezclada con sombras confusas del recuerdo, una remembranza inexplicable de las viejas crónicas extranjeras y de épocas remotas.

*

He estado mirando las cuadernas. Están construidas de un material que me es extraño. Hay un rasgo peculiar en la madera que me desconcierta por ser inapropiada para el propósito para el cual ha sido aplicada. Me refiero a su porosidad extrema, considerada independientemente de su predisposición para ser carcomida como consecuencia de la navegación en estos mares, además de la podredumbre debida a su vejez. Quizás parecerá una observación demasiado curiosa, pero esta madera tiene todas las características de la encina española, si la encina española fuera dilatada por medios artificiales.

Leyendo la frase anterior vino a mi mente el recuerdo de un curioso apotegma de un viejo navegante holandés curtido por la intemperie. “Esto es tan seguro —estaba acostumbrado a decir cuando se albergaba alguna duda sobre su veracidad—, como que hay un mar donde el barco mismo crecerá en volumen como el cuerpo viviente del marino”.

Hace casi una hora, tuve la osadía de meterme entre un grupo de tripulantes. No me prestaron atención y, aunque me paré en medio de ellos, parecían totalmente inconscientes de mi presencia. Como el que había visto por primera vez en la bodega, todos cargaban con las marcas de una vejez encanecida. Sus rodillas temblaban por la enfermedad; sus hombros se encorvaban por la decrepitud; sus pieles marchitas rechinaban



con el viento; sus voces eran bajas, trémulas y quebradas; sus ojos brillaban por el reuma de los años; y sus cabellos grises flotaban terriblemente en la tempestad. Alrededor de ellos, en cada parte de la cubierta, había instrumentos matemáticos dispersos de la más obsoleta y arcaica construcción.

*

Mencioné hace un tiempo la inclinación de una arrastradera. Desde ese momento, el barco, empujado por el viento, ha continuado su curso terrorífico rumbo al sur, con todos los lienzos empaquetados desde los vertellos⁹ y botavaras¹⁰ hasta las arrastraderas de botalón más bajas, mientras que a cada momento los penoles¹¹ de sus juanetes¹² se enrollaban en el más aterrador infierno de agua que pueda imaginarse la mente de un hombre. Recién he dejado la cubierta, donde me resultó imposible mantenerme en pie, aunque la tripulación parece tener pocos inconvenientes. Me parece un milagro de milagros que nuestro enorme bulto no sea tragado de una vez y para siempre. Seguramente estamos condenados a revolotear continuamente sobre el borde de la Eternidad, sin tener una zambullida final en el abismo. Entre oleadas mil veces más estupendas que cualquiera que he visto, nos deslizamos con la facilidad de la gaviota; y las aguas colosales alzan sus cabezas sobre nosotros como demonios de la profundidad, pero como demonios limitados a simples amenazas porque tienen la prohibición de destruir. Me veo llevado a atribuir esta continua

9. Vertello: bola de madera que ensartada con otras forman el racamento.

10. Botavara: palo horizontal apoyado en el coronamiento de la popa.

11. Penoles: extremos de las vergas.

12. Juanetes: nombre del mastelero y de las velas que van sobre las gavias.





sobrevivencia a la única causa natural que puede explicar tal efecto. Debo suponer que el barco está bajo la influencia de alguna poderosa corriente, o una impetuosa resaca.

*

He visto al capitán cara a cara, en su propio camarote, pero, como lo esperaba, no me prestó atención. Aunque en apariencia y para un observador casual, no había nada en él que no pueda decirse más o menos de un hombre, lo miré con un sentimiento de reverencia y temor irreprimibles mezclados con una sensación de sorpresa. Su estatura es casi como la mía, es decir, cinco pies y ocho pulgadas. Tiene una buena contextura física, que no es robusta ni llamativa por otra causa. Pero es la singularidad de la expresión que impera en su rostro, es la evidencia intensa, maravillosa, aterradora de su vejez, tan completa y tan extrema, lo que despierta ese sentimiento en mi espíritu, un sentimiento inefable. Su frente, aunque tiene pocas arrugas, parece cargar con el sello de una miríada de años. Sus cabellos grises son crónicas del pasado y sus ojos aún más grises son sibilas del futuro. El piso del camarote estaba profusamente sembrado de extraños folios enganchados con hierro, instrumentos científicos desgastados y cartas obsoletas y olvidadas. Él apoyaba la cabeza sobre las manos y estudiaba con ojos inquietos y vehementes un papel que supuse era una misión y que, de todas formas, llevaba la firma de un monarca. Murmuró algo para sí mismo, como hizo el primer marino que vi en la bodega, unas sílabas bajas y malhumoradas de una lengua extranjera, y aunque de mí estaba muy cerca, su voz pareció llegar a mis oídos desde una milla de distancia.



*

El barco y todo lo que hay en él están imbuidos por el espíritu de lo Antiguo. La tripulación se desliza de un lado a otro como fantasmas de siglos sepultados; sus ojos tienen un significado ansioso e inquieto; y cuando sus dedos se atraviesan en mi camino recortados contra el brillo salvaje de la batería de luces, me siento como nunca me he sentido, aunque toda mi vida he sido un traficante de antigüedades y he absorbido las sombras de las columnas caídas de Balbec, Tadmor y Persépolis, hasta que mi propia alma se ha convertido en una ruina.

*

Cuando miro alrededor me siento avergonzado de mis primeras aprensiones. Si temblaba por la ráfaga que hasta aquí nos acompañó, ¿he de horrorizarme ante una guerra de viento y océano, para los cuales las palabras *tornado* y *simún* son triviales e inútiles? Toda la vecindad inmediata del barco es la oscuridad de la noche eterna y un caos de agua sin espuma; pero casi a una legua a cada lado de nosotros, se pueden ver indistinta y alternadamente estupendos terraplenes de hielo, estirándose hasta el cielo desolado y semejando ser las paredes del universo.



*

Como imaginé, el barco está en una corriente; si puede darse apropiadamente ese apelativo a un flujo que, rugiendo y chillando junto al hielo blanco, trueno hacia el sur con una velocidad semejante a la de las aguas que descienden en una catarata.

*

Presumo que concebir el horror de mis sensaciones es totalmente imposible; aunque la curiosidad de penetrar los misterios de esas regiones espantosas predomina sobre mi desesperación y me reconciliará con el aspecto más ominoso de la muerte. Es evidente que nos precipitamos hacia un conocimiento excitante, un secreto que jamás será comunicado y cuya obtención implica la destrucción. Quizás esta corriente nos conduce al mismo Polo Sur. Es menester confesar que una suposición aparentemente tan descabellada tiene todas las probabilidades a su favor.

*

La tripulación camina por la cubierta con paso inquieto y trémulo; pero hay en sus semblantes una expresión más bien de esperanza ansiosa que de apatía de la desesperación.

Mientras tanto, el viento sigue en popa y como tenemos una multitud de velas, a veces el barco se eleva sobre el mar. ¡Ah, horror de horrores! El hielo se abre de pronto a la derecha y a la izquierda, y estamos girando vertiginosamente, en





inmensos círculos concéntricos, circundando una vez y otra los bordes de un anfiteatro gigantesco, cuyas paredes se pierden en la oscuridad y en la distancia. Pero me queda poco tiempo para reflexionar sobre mi destino, los círculos rápidamente se empequeñecen, nos estamos sumergiendo demencialmente en las garras de una vorágine y, entre el rugido y el bramido, y el trueno del océano y de la tempestad, el barco se estremece, ¡oh Dios!, y se hunde.*



* El “Manuscrito hallado en una botella” fue publicado originalmente en 1831, y sólo muchos años después conocí los mapas de Mercator, donde el océano es representado como una precipitación en el Golfo Polar (nórdico) por cuatro desembocaduras, para ser absorbido en las entrañas de la tierra; el mismo Polo está representado por una roca negra, que se alza a una altura prodigiosa (nota del autor).

30 | Edgar Allan Poe





EL GATO NEGRO



No espero ni solicito crédito para el salvaje aunque simple relato que me dispongo a escribir. Estaría verdaderamente loco si lo esperara, cuando mis propios sentidos rechazan su evidencia. Sin embargo, loco no estoy, y, muy ciertamente, no estoy soñando. Pero mañana puedo morir y hoy quisiera descomprimir mi alma. Mi propósito inmediato es mostrar ante el mundo, llana, sucintamente y sin comentarios, una serie de simples eventos hogareños. En sus consecuencias, estos eventos me han aterrorizado, me han torturado, me han destrozado. Sin embargo, no trataré de explicarlos. Si para mí han sido horribles; a otros les parecerán menos terribles que barrocos. En el futuro, quizás, podrá hallarse alguna mente que reduzca mi fantasma a lugares comunes; alguna mente más calma, más lógica y bastante menos excitable que la mía, que percibirá en las circunstancias que yo detallo con pavor, nada más que una sucesión ordinaria de causas y efectos muy naturales.

Desde mi infancia, me destaqué por la docilidad y humanidad de carácter. La ternura de mi corazón era tan ilustre que llegó a convertirme en objeto de burla de mis compañeros. Yo era especialmente aficionado a los animales, y mis padres me permitían tener una gran variedad de mascotas. Con ellas yo pasaba la mayor

Los crímenes de la calle Morgue y otros cuentos | 31



parte de mi tiempo, y nunca era tan feliz como cuando las alimentaba y acariciaba. Esta particularidad de carácter creció con mi desarrollo, y, en mi adultez, yo obtenía de eso, una de mis principales fuentes de placer. A quienes han disfrutado el afecto de un perro fiel y sagaz, casi no necesito explicarles la naturaleza o la intensidad de gratificación que de allí se desprende. Hay algo en el amor desinteresado y abnegado de un animal que llega directamente al corazón de quien ha probado con frecuencia la falsa amistad y la voluble fidelidad del *hombre*.

Me casé tempranamente, y fui feliz de hallar en mi esposa una disposición que no contrariaba la mía. Observando mi debilidad hacia las mascotas domésticas, ella no perdió oportunidad de procurármelas de las mejores especies. Tuvimos pájaros, peces dorados, un perro fino, conejos, un mono pequeño y *un gato*.

Este último era un animal notablemente grande y hermoso, totalmente negro, y de una sagacidad sorprendente. Hablando de su inteligencia, mi esposa, que en el fondo era algo supersticiosa, hizo frecuentes alusiones a una antigua noción popular que consideraba a todos los gatos negros como brujas disfrazadas. No quiero decir que lo creyera seriamente, lo menciono solamente por la simple razón de que, justo ahora, lo recuerdo.

Plutón—ése era el nombre del gato— era mi mascota favorita y mi compañero de juegos. Yo solo lo alimentaba y él me seguía a cualquier lugar al que yo fuese de la casa. Incluso me resultaba difícil poder disuadirlo de que no me siguiese a través de las calles.

Nuestra amistad duró, de este modo, varios años, durante los cuales mi temperamento general y mi carácter —a través de la intemperancia del demonio— hubo experimentado —me sonrojo al confesarlo— una alteración radical hacia lo peor. Me hice, día a día, más taciturno, más irritable, menos considerado de los



sentimientos de los otros. Me permití usar un lenguaje violento hacia mi esposa. Finalmente, incluso le ofrecí violencia personal. Mis mascotas, por supuesto, sintieron el cambio de mi disposición. No sólo las descuidaba, sino que las maltrataba. Para *Plutón*, sin embargo, yo todavía conservaba consideración suficiente como para reprimirme de maltratarlo, en tanto que no tenía escrúpulos para maltratar a los conejos, al mono, o incluso al perro, cuando, por accidente, o por afecto, se cruzaban en mi camino. Pero mi enfermedad se agravó –porque ¡qué enfermedad es el alcohol!– y finalmente incluso *Plutón*, que ahora estaba envejeciendo, y consecuentemente estaba algo malhumorado, comenzó a experimentar los efectos de mi temperamento enfermo.

Una noche, cuando regresaba a casa, de uno de mis rodeos por la ciudad, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo agarré; al temer mi violencia, infligió una delgada herida sobre mi mano con sus dientes. La furia de un demonio instantáneamente me poseyó. Ya no me conocí. Mi alma originaria, pareció, enseguida, tomar vuelo de mi cuerpo; y una maldad más que diabólica, nutrida de gin, hizo estremecer cada fibra de mi estructura. Tomé del bolsillo de mi chaleco una navaja, la abrí, apresé a la pobre bestia por la garganta, ¡y deliberadamente le saqué uno de sus ojos de la cuenca! Me sonrojo, ardo, me estremezco, mientras escribo esta atrocidad infame.

Cuando la razón regresó con la mañana –cuando el sueño había disipado los vahos de la lujuria de la noche– experimenté un sentimiento mitad de horror y mitad de remordimiento por el crimen del cual había sido culpable; pero fue, en el mejor caso, un sentimiento endeble y equívoco, y el alma permaneció intacta. Otra vez me sumergí en el exceso, y pronto ahogué en el vino toda memoria del hecho.





Mientras tanto el gato lentamente se recuperó. La cuenca del ojo perdido presentaba, es cierto, una apariencia amedrentadora, pero parecía no sufrir más ningún dolor. Iba por la casa usualmente, pero, como era esperable, huía con extremo terror ante mi proximidad. Me quedaba aún bastante de mi antigua manera de ser, como para sentirme agraviado por la antipatía evidente por parte de la criatura que una vez me había amado. Pero este sentimiento pronto dio lugar a la irritación. Y luego vino, como para mi ruina final e irrevocable, el espíritu de la PERVERSIDAD. La filosofía no toma en cuenta este espíritu. Pero estoy tan seguro de que mi alma vive, como lo estoy de que la perversidad es uno de los impulsos primitivos del corazón humano – una de las facultades primarias indivisibles, o sentimientos, que dan dirección al carácter del hombre–. ¿Quién no se ha encontrado a sí mismo cometiendo una acción vil o necia, sin otra razón que el saber que *no debería hacerla*? ¿No tenemos una inclinación perpetua, a despecho de nuestro mejor razonamiento, de violar aquello que es *Ley*, simplemente porque lo entendemos como tal? Este espíritu de perversidad, como digo, trajo mi ruina final. Fue este insondable anhelo del alma por *vejarse*, de violentar su propia naturaleza, de hacer el mal por el mal mismo solamente, lo que me urgió a continuar y finalmente consumir la injuria que había infligido a la inofensiva bestia. Una mañana, a sangre fría, deslicé un lazo alrededor de su cuello y lo colgué en la rama de un árbol; lo colgué con las lágrimas brotando de mis ojos, y con el remordimiento más amargo en mi corazón; lo colgué *porque* sabía que me había amado, y porque sentía que no me había dado razón de ofensa; lo colgué *porque* sabía que haciendo eso estaba cometiendo un pecado – un pecado mortal que arriesgaría mi alma inmortal poniéndola, si tal cosa fuera posible, incluso más allá del alcance de la infinita misericordia del más misericordioso y terrible Dios.





La noche del día en que este hecho cruel fue cometido, fui despertado del sueño por el crepitar del fuego. Las cortinas de mi cama estaban en llamas. Toda la casa estaba ardiendo. Fue con gran dificultad que mi esposa, un sirviente y yo mismo hicimos nuestro escape de la conflagración. La destrucción fue completa. Toda mi fortuna mundana fue devorada, y me resigné desde entonces a la desesperación. Estoy por encima de la debilidad de buscar establecer una secuencia de causa y efecto entre el desastre y la atrocidad. Pero estoy detallando una cadena de hechos, y no deseo dejar incompleto ningún eslabón. Al día siguiente del incendio, visité las ruinas. Las paredes, con una sola excepción, se habían desmoronado. Esta excepción era un bloque de pared, no muy grueso, que se erigía en la mitad de la casa, y contra el cual había descansado la cabecera de mi cama. El revoque allí había resistido, en gran medida, la acción del fuego, hecho que atribuí a que recientemente había sido extendido. Alrededor de esa pared una densa multitud estaba reunida, y muchas personas parecían estar examinando una porción particular de ella con atención minuciosa y vehemente. Las palabras “extraño”, “singular” y otras expresiones similares excitaron mi curiosidad. Me acerqué y vi, como si estuviera grabado un bajorrelieve sobre la superficie blanca, la figura de un *gato* gigante. La impresión estaba dada con una exactitud verdaderamente maravillosa. Había una soga alrededor del cuello del animal.

Cuando en un principio contemplé esta aparición, porque no podía considerarla otra cosa, mi sorpresa y mi terror fueron extremos. Pero finalmente la reflexión vino en mi auxilio. El gato, recordé, había sido colgado en el jardín adyacente a la casa. Luego de la alarma de fuego, este jardín había sido inmediatamente cubierto por la multitud, por alguien que debería haber sacado al animal del árbol y haberlo tirado a través de



mi ventana abierta, dentro de mi cuarto. Probablemente esto se había hecho con vistas a despertar mi sueño. La caída de las otras paredes había comprimido a la víctima de mi crueldad dentro de la sustancia del revoque recién extendido; cuya cal, junto con las llamas y el amoníaco del cadáver, había efectuado luego el retrato que acababa de ver.

Aunque de este modo prontamente rendí cuentas a mi razón, no así a mi conciencia, porque el pasmoso hecho recién detallado no dejó de hacer una profunda impresión en mi imaginación. Por meses no pude desembarazarme del fantasma del gato; y, durante este período, volvió a mi espíritu esa mitad de sentimiento que parecía, pero no era, remordimiento. Incluso lamenté la pérdida del animal y me busqué, en los rodeos viles que ahora habitualmente daba, otra mascota de la misma especie, y de apariencia un tanto similar, con la cual reemplazar su lugar.

Una noche cuando me senté, medio estupefacto, en una guarida algo más que infame, mi atención fue súbitamente captada por un objeto negro, reposando sobre la parte superior de uno de los inmensos toneles de gin o de ron que constituían los muebles principales del departamento. Yo había estado mirando firmemente la cima de este tonel por algunos minutos, y lo que ahora me causaba sorpresa era el hecho de no haber percibido antes el objeto que había allí arriba. Me acerqué y lo toqué con mi mano. Era un gato negro –uno muy grande–, tan grande como *Plutón*, e íntimamente semejante a él en todos los aspectos menos en uno. *Plutón* no tenía pelo blanco sobre ninguna porción de su cuerpo; pero este gato tenía una gran, aunque indefinida mancha de color blanco, cubriendo casi toda la región del pecho.

Con mi contacto, él inmediatamente se levantó, ronroneó sonoramente, se frotó contra mi mano, y pareció deleitado con mi atención. Entonces, ésta era la criatura que había estado



buscando. Enseguida ofrecí comprárselo al dueño; pero esta persona me contestó que ese gato no era suyo: no sabía nada de él, ni nunca lo había visto antes.

Continué con mis caricias, y cuando me preparé para volver a casa, el animal reveló disposición para acompañarme. Le permití que así lo hiciera; ocasionalmente deteniéndome y palmeándolo cuando avanzaba. Cuando llegamos a casa lo domesticué enseguida, y se convirtió inmediatamente en el gran preferido de mi mujer.

Por mi parte, pronto sentí cierto desagrado hacia aquel animal. Esto era justo lo contrario de lo que yo había anticipado; pero –sin saber cómo ni por qué– su afecto evidente hacia mí me disgustaba y me irritaba. Con lentos progresos, estos sentimientos de disgusto e irritación se elevaron hasta la amargura del odio. Evitaba a la criatura; cierto sentido de vergüenza y remembranza de mi primer hecho de crueldad, me prevenía de abusar físicamente de él. No lo golpeé por algunas semanas ni usé otra clase de violencia con él; pero gradualmente –muy gradualmente– llegué a mirarlo con una aversión inexpresable y huir silenciosamente de su odiosa presencia, como de un aliento de pestilencia.

Lo que acrecentó, sin duda, mi odio hacia la bestia, fue el descubrimiento, la mañana posterior a que lo traje a casa, de que, como *Plutón*, también había sido privado de uno de sus ojos. Esta circunstancia, sin embargo, sólo hizo que mi esposa –quien como ya he dicho, poseía en un alto grado esos sentimientos humanitarios que una vez había sido mi trato distintivo, y la fuente de muchos de los placeres más puros y simples– lo quisiese más.

Junto con mi aversión hacia el gato, sin embargo, su debilidad hacia mí parecía crecer. Seguía mis pasos con una pertinacia que sería difícil hacérsela comprender al lector. Dondequiera



que me sentara, él se agazapaba debajo de mi silla, o saltaba sobre mis rodillas, cubriéndome con sus odiosas caricias. Si yo me incorporaba para caminar, él se metía entre mis pies y, de este modo, casi me tiraba, o fijando sus largas y arqueadas uñas en mi ropa, escalaba, de este modo, hasta mi pecho. En tales ocasiones, aunque deseaba destruirlo con un golpe, me reprimía de hacerlo, en parte por la memoria de mi primer crimen, pero principalmente –permítanme confesarlo enseguida– por un *pavor* absoluto hacia la bestia.

Este pavor no era exactamente pavor a la maldad física, aunque debería estar perplejo al definirlo de otro modo. Estoy casi avergonzado –sí, incluso en esta celda de criminal–, estoy casi avergonzado de que el terror y el horror que el animal me inspiraba se hayan avivado por una de las quimeras más puras que se puedan concebir. Mi esposa me había llamado la atención, más de una vez, sobre el carácter de la mancha de pelo blanco, la cual, como he dicho, constituía la única diferencia visible entre la extraña bestia y la que yo había destruido. El lector recordará que esta mancha, aunque larga, había sido originalmente muy indefinida; pero, a través de lentos progresos –progresos casi imperceptibles, y por los cuales por un tiempo prolongado mi razón luchó por rechazarla como ilusoria– había, finalmente asumido una distinción rigurosa de su contorno. Era la representación de un objeto que me estremeczo al nombrarlo –y por esto, por encima de todo, odié y temí, y me hubiera desembarazado del monstruo, *si me hubiera atrevido*–; era ahora, como digo, la imagen de una cosa espantosa, de una cosa horrible, ¡de la HORCA! ¡Oh, funesta y terrible máquina del horror y del crimen, de la agonía y la muerte!

Y entonces yo era verdaderamente desventurado, más allá de la desventura de la propia humanidad. ¡Pensar que una *bestia*, cuyo semejante había yo destruido desdeñosamente, una



bestia era capaz de producir tan insoportable angustia en un hombre creado a imagen y semejanza de Dios! ¡Cuánta calamidad intolerable! ¡Ay! ¡Ni un día ni una noche más conocí la bendición del descanso! Durante el comienzo, la criatura no me dejaba ni un momento solo; y, más tarde, salía yo a cada hora de sueños de pavor inexpressable para encontrar el aliento caliente de la cosa sobre mi cara, y su vasto peso —una encarnada pesadilla que no tuve el poder de alejar— ¡inmerso eternamente sobre *mi corazón!*

Bajo la presión de tormentos como éstos, el débil vestigio de bondad dentro de mí sucumbió. Pensamientos malvados convirtieron a los míos más íntimos en los más oscuros y más malvados de los pensamientos. La irritabilidad de mi temperamento usual creció hasta ser odio hacia todas las cosas y hacia toda la humanidad; mientras tanto, de las explosiones súbitas, frecuentes e ingobernables de la furia a la cual ahora me abandonaba ciegamente, mi esposa, que jamás protestaba, ¡ay!, fue la más usual y paciente de las víctimas.

Un día ella me acompañó, en una diligencia de la casa, al sótano del viejo edificio que nuestra pobreza nos obligaba a habitar. El gato me siguió escaleras abajo, y a punto estuvo de tirarme cabeza a abajo, por lo cual me exasperó hasta la locura. Levantando mi hacha, y olvidando, en mi cólera, el pavor infantil que hasta ahora había detenido mi mano, dirigí un golpe hacia el animal que, por supuesto, hubiera resultado instantáneamente fatal si hubiera descendido como yo lo deseaba. Pero este golpe fue apresado por la mano de mi esposa. Incitado, por la interferencia, dentro de un furor más que demoníaco, retiré mi brazo de su puño y sepulté el hacha en su cerebro. Ella cayó muerta al instante, sin un gemido.

Cumplido este horrible asesinato me entregué inmediatamente a la tarea de ocultar el cuerpo. Sabía que no podría



sacarlo de la casa, ni de día ni de noche, sin el riesgo de ser observado por los vecinos. Muchos planes entraron en mi mente. En un momento, pensé en cortar el cadáver en fragmentos diminutos, y destruirlos con fuego. En otro, resolví cavar una tumba en el piso del sótano. Otra vez, deliberé sobre tirarlo en el pozo del patio, o empaquetarlo en una caja, como si fuera mercancía, con los preparativos usuales, y así conseguir un mandadero que se lo llevara de la casa. Finalmente, di con lo que consideré sobradamente el mejor recurso de cualquiera de éstos. Determiné emparedarlo en el sótano, tal como se dice que los monjes emparedaban a sus víctimas.

Para un propósito como éste, el sótano estaba bien adaptado. Sus paredes estaban construidas flojamente, y recientemente habían sido revocadas en toda su extensión, con un revoque mal acabado, que la humedad de la atmósfera había impedido endurecer. Además, en una de las paredes había un saliente, causado por una falsa chimenea que había sido rellena, para asemejarse al resto del sótano. No dudé que prontamente podría remover los ladrillos en ese lugar, introducir el cadáver, y emparedar todo como antes, de modo que ningún ojo pudiera detectar nada sospechoso.

Y en este cálculo no me engañé. Por medio de una palanca fácilmente disloqué los ladrillos, y, habiendo depositado cuidadosamente el cuerpo contra la pared interior, lo sostuve en esa posición, mientras que, con alguna dificultad, recolocaba la estructura total como se extendía originalmente. Habiendo obtenido argamasa, arena y fibras, con todas las precauciones posibles, preparé un revoque que no podía distinguirse del antiguo, y con él muy cuidadosamente cubrí el nuevo emplazamiento de ladrillos. Cuando terminé, me sentí satisfecho de que todo estuviera en orden. La pared no presentaba la más leve apariencia de haber sido alterada. La basura del piso fue



recogida con cuidado minucioso. Miré alrededor triunfalmente, y me dije “Aquí, al menos, mi labor no ha sido en vano”.

Mi próximo paso fue buscar a la bestia que había sido la causa de tanta desdicha; porque, finalmente, había resuelto exponerla a la muerte. Si hubiera sido capaz de encontrarla, en ese momento, no podría haber existido duda de su destino; pero parecía que el ladino animal se había alarmado por la violencia de mi cólera previa, y evitaba presentarse ante mi humor actual. Es imposible describir, o imaginar, el profundo, el dichoso sentimiento de alivio que la ausencia de la criatura detestada ocasionó en mi pecho. No apareció durante la noche, y, de este modo, por una noche al menos desde su llegada a la casa, dormí profunda y tranquilamente; ¡ay, *dormí* incluso con la carga del asesinato sobre mi alma!

Pasó el segundo y el tercer día, y todavía mi atormentador no vino. Otra vez respiré como un hombre libre. ¡El monstruo, lleno de terror, había huido de las dependencias para siempre! ¡No debería contemplarlo más! ¡Mi felicidad era suprema! La culpa de mi oscuro hecho me perturbaba, pero poco. Algunas pocas averiguaciones se habían hecho, pero éstas habían sido prontamente respondidas. Incluso se había instituido una pesquisa, pero, por supuesto, no se había descubierto nada. Yo estimaba mi felicidad futura como algo seguro.

El cuarto día después del asesinato, una brigada de policías vino, inesperadamente, a la casa, y procedió otra vez a hacer una inspección rigurosa de las dependencias. Seguro, sin embargo, de la inescrutabilidad del lugar de mi escondite, no sentí ninguna turbación. Los oficiales me ofrecieron acompañarlos en su búsqueda. No dejaron escondrijo o rincón sin explorar. Finalmente, por tercera o cuarta vez, bajaron al sótano. No se me estremeció un músculo. Mi corazón latía calmadamente como el de quien dormita en la inocencia. Recorrí el sótano de



una punta a la otra. Crucé mis brazos sobre el pecho, y vagué sencillamente hacia adelante y hacia atrás. La policía estaba enteramente satisfecha y se preparaba para partir. El gozo de mi corazón era demasiado fuerte para reprimirse. Ardía por decir una palabra, como forma de triunfo, y hacer doblemente segura su certeza de mi inculpabilidad.

—Caballeros —dije finalmente cuando la brigada ascendía los escalones—, me deleita haber apaciguado sus sospechas. Les deseo salud y un poco más de cortesía. De paso, caballeros, les aseguro que ésta, ésta es una casa muy bien construida. (En el deseo rabioso por decir algo prontamente, apenas supe que estaba revelando todo.) Puedo decir que es una casa *excelentemente* bien construida. Estas paredes —¿se están yendo, caballeros?—, estas paredes están sólidamente ensambladas.

Y entonces, arrastrado por mi propia jactancia, golpeé pesadamente con un bastón que sostenía en mi mano, sobre el lugar exacto del emplazamiento de ladrillos detrás del cual se erigía el cadáver de la esposa de mi corazón.

¡Pero pueda Dios resguardarme y libramme de las fauces del archidemonio! ¡Tan pronto como el eco de mis golpes se hundió en el silencio, una voz proveniente de la tumba me respondió! Un llanto, al principio quebrado y sordo, como el sollozo de un niño, y luego, rápidamente creciendo en un gran, sonoro y continuo alarido, totalmente anómalo e inhumano —un aullido—, un chillido de lamentación, mitad de horror y mitad de triunfo, tal como si hubiera emanado del infierno, conjuntamente de las gargantas de los condenados en su agonía y de los demonios que se regocijan en la condena.

Hablar de mis pensamientos es una tontería. Desvaneciéndome, me tambaleé hacia la pared opuesta. Por un instante, la brigada permaneció paralizada por el terror, inmóvil sobre los peldaños. Enseguida, una docena de brazos corpulentos esta-





ba trabajando en la pared. El cadáver, ya mayormente deteriorado y con coágulos de sangre, se sostenía erecto ante los ojos de los espectadores. Sobre su cabeza, con la boca roja extendida y el solitario ojo de fuego, estaba sentada la horrible bestia cuyo arte me había seducido para el asesinato, y cuya voz informe me había entregado al verdugo. ¡Yo había emparedado al monstruo dentro de la tumba!







LOS HECHOS DEL CASO DE M. VALDEMAR



Por supuesto, no me parece sorprendente que el extraordinario caso de M.¹ Valdemar haya despertado tantas discusiones. Hubiera sido un milagro que no sucediera, especialmente en tales circunstancias. Por el deseo de todas las partes interesadas de mantener lejos del público el asunto, al menos por el presente, o hasta que tuviéramos más adelante oportunidades de investigación; por nuestros esfuerzos por efectuar esto, un relato pervertido o exagerado se hizo paso entre la sociedad, y se convirtió en la fuente de muchas desagradables representaciones equívocas y, muy naturalmente, de una gran cantidad de descreimiento.

Ha llegado el momento de que ofrezca *los hechos*, hasta donde yo mismo los comprendo. Sucintamente, son éstos:

Mi atención, en los últimos tres años, había sido repetidamente atraída por el tema del mesmerismo;² y, hace alrededor de nueve meses, se me ocurrió súbitamente que en las series de

1. Abreviatura de *Monsieur*, esto es, 'Señor'.

2. *Mesmerismo*: Franz Anton Mesmer (1734-1815) médico alemán. Desarrolló un método de curación llamado mesmerismo, que se basa en la suposición de la existencia de un fluido magnético físico interconectado con cada elemento del universo, incluidos los cuerpos humanos. Afirmaba que las enfermedades



experimentos hechos hasta entonces, había habido una omisión muy notable y aun más inexplicable: ninguna persona había sido aún mesmerizada *in articulo mortis*.³ Quedaba por verse, primero, si en tal condición, existía en el paciente alguna susceptibilidad a la influencia magnética; en segundo lugar, en caso de que existiese alguna, si era perjudicada o incrementada por su condición; en tercer lugar, a qué extensión, o por qué tan largo tiempo, las intrusiones de la muerte podían ser detenidas por el proceso. Había otros puntos a ser determinados, pero éstos excitaban más mi curiosidad, el último en especial, por el carácter inmensamente importante de sus consecuencias.

Buscando a mi alrededor algún sujeto por cuyos medios yo pudiera corroborar estas cuestiones, pensé en mi amigo, M. Ernest Valdemar, el conocido compilador de la “Bibliotheca Forensica”, y autor (bajo el *nom de plume*⁴ de Issachar Marx) de las versiones polacas de *Wallenstein* y *Gargantúa*. M. Valdemar, quien ha residido principalmente en Harlem, Nueva York, desde el año 1839, es (o era) particularmente notable por su extraordinaria delgadez –sus miembros inferiores se parecían mucho a los de John Randolph–; y, también, por la blancura de sus barbas, en contraste violento con la negrura de su cabello, el último, en consecuencia, generalmente confundido con una peluca. Su temperamento era marcadamente nervioso, y lo convertía en un buen sujeto para el experimento mesmérico. En dos o tres ocasiones, lo había hecho dormir con poca dificultad, pero me desilusioné con otros resultados que su constitución peculiar me había llevado

se producían por el desequilibrio de este fluido en el cuerpo y su curación dependía de la reconducción del fluido a través de la intervención del médico. En la actualidad se considera el mesmerismo como sinónimo de hipnosis.

3. *In articulo mortis*: ‘en el instante de la muerte’.

4. *Nom de plume*: ‘nombre de pluma’, esto es, seudónimo.





naturalmente a anticipar. Su voluntad en ningún período estuvo positivamente o cabalmente bajo mi control y, en consideración de la *clairvoyance*,⁵ no pude lograr nada confiable con él. Atribuía mi falla en estos aspectos al estado desordenado de su salud. Porque algunos meses antes de que me convirtiera en conocido de él, sus médicos le habían decretado una tisis confirmada. Era su costumbre, en verdad, hablar con calma de su muerte próxima, como algo que no cabe evitar ni lamentar.

Cuando las ideas a las que he aludido se me ocurrieron por primera vez, por supuesto fue muy natural que yo pensara en M. Valdemar. Yo conocía demasiado bien la filosofía firme del hombre para temer escrúpulos por parte de él; y no tenía parientes en América que estuvieran aptos para interferir. Le hablé francamente sobre el asunto; y, para mi sorpresa, su interés pareció vivamente excitado. Digo para mi sorpresa porque, aunque siempre había cedido libremente su persona a mis experimentos, nunca me había dado antes señales de simpatía por lo que yo hacía. Su enfermedad era de ese carácter que admite un cálculo exacto respecto de la época de su culminación en la muerte; y finalmente fue convenido entre nosotros que él me llamaría alrededor de veinticuatro horas antes del período anunciado por sus médicos como el de su muerte.

Ahora hace algo más de siete meses que recibí, del propio M. Valdemar, la nota adjunta:

Mi QUERIDO P...:

Usted bien puede venir ahora. D. y F. están de acuerdo en que no puedo resistir más allá de mañana a la medianoche; y pienso que han acertado la hora muy aproximadamente.

Valdemar

5. *clairvoyance*: Clarividencia, perspicacia.





Recibí esta nota dentro de la media hora posterior al momento de ser escrita, y en quince minutos más yo estaba en la recámara del hombre agonizante. Yo no lo había visto por diez días, y me espanté con la alteración horrenda que este breve intervalo había forjado en él. Su rostro mostraba un tinte plomizo; los ojos estaban totalmente sin lustre; y la demacración era tan extrema que la piel había sido resquebrajada por los pómulos. Su expectoración era excesiva. El pulso apenas era perceptible. Conservaba, sin embargo, de un modo muy remarcable, tanto su poder mental como un cierto grado de fuerza física. Hablaba con claridad –tomaba medicinas paliativas sin ayuda– y, cuando entré en la habitación, estaba ocupado en escribir notas en su agenda. Estaba sostenido en la cama con almohadas. Los doctores D. y F. lo atendían.

Después de estrechar la mano de Valdemar, me senté al lado de estos caballeros y obtuve de ellos un relato minucioso de las condiciones del paciente. El pulmón izquierdo había estado durante dieciocho meses en un estado semi-óseo o cartilaginoso, y era, por supuesto, completamente inútil para cualquier propósito vital. El derecho, en la región superior, estaba también parcialmente, sino totalmente, osificado, mientras que la región más baja era simplemente una masa de tubérculos purulentos, penetrándose unos dentro de otros. Existían varias perforaciones extensas; y, en un punto, se había producido una adhesión permanente a las costillas. Estas apariciones en el lóbulo derecho eran de una fecha comparativamente reciente. La osificación había proseguido con una rapidez muy inusual; no se había descubierto ningún signo de ella un mes antes, y la adhesión sólo se había observado tres días atrás. Independientemente de la tisis, se sospechaba que el paciente tenía un aneurisma en la aorta; pero respecto de este punto los síntomas óseos hacían imposible un diagnóstico exacto. La opinión de ambos médicos era que M. Valdemar moriría alrededor de la medianoche del día siguiente (domingo). Eran entonces las siete en punto del sábado a la tarde.



Al dejar su lugar junto al lecho del inválido para conversar conmigo, los doctores D. y F. se habían despedido de él. Su intención era no regresar; pero, ante mi pedido, estuvieron de acuerdo en examinar al paciente alrededor de las diez de la noche siguiente.

Cuando ellos se fueron, hablé francamente con M. Valdemar sobre el tema de su muerte próxima, y, más particularmente, del experimento propuesto. Él todavía aparentaba estar completamente deseoso, e incluso ansioso, por hacerlo, y me instó a que comenzara enseguida. Lo atendían una enfermera y un enfermero; pero yo no me sentía en completa libertad de comprometerme en una tarea de este carácter sin testigos más confiables que estas personas, por si algún accidente repentino ocurría. Por lo tanto, pospuse las operaciones hasta alrededor de las ocho de la noche siguiente, momento en que la llegada de un estudiante de medicina con quien tenía cierta relación (el Sr. Teodoro L.) me aliviaría de tal perturbación. Mi plan, originalmente, había sido esperar a los médicos; pero fui inducido a proceder, primero, por los ruegos apremiantes de M. Valdemar, y en segundo lugar, por mi convicción de que no tenía tiempo que perder, porque evidentemente él se estaba debilitando rápido.

El Sr. L. fue tan amable que accedió a mi deseo de tomar notas de todo lo que ocurría; y extraje de sus notas lo que ahora he de relatar, en su mayor parte, condensado o copiado *verbatim*.⁶

Eran alrededor de las ocho menos cinco cuando, tomando la mano de Valdemar, le pedí al Sr. L. que lo hiciera declarar, tan claramente como pudiera, que estaba completamente deseoso de que yo hiciera el experimento de mesmerizarlo en su estado actual.

Él respondió débilmente, aunque en forma completamente audible:

6. *Verbatim*: 'literalmente' (latín).





—Sí, deseo ser mesmerizado —agregando inmediatamente después—: Temo que lo haya diferido demasiado.

Mientras hablaba de este modo, comencé los pases que ya había descubierto como los más efectivos para someterlo. Evidentemente fue influenciado con el primer golpe lateral de mi mano sobre su frente; pero aunque empeñé todos mis poderes, ningún efecto perceptible se produjo hasta algunos minutos después de las diez, momento en que vinieron los doctores D. y F., de acuerdo con la cita. Les expliqué, en pocas palabras, lo que planeaba, y como no pusieron ninguna objeción, diciendo que el paciente estaba ya en la agonía de la muerte, procedí sin dudar, cambiando, no obstante, los pases laterales por descendentes, y dirigiendo mi mirada completamente al ojo derecho del agonizante.

Para este momento, su pulso era imperceptible y su respiración estentórea, con intervalos de medio minuto.

Esta condición se mantuvo inalterada por casi un cuarto de hora. Cuando expiró este período, sin embargo, un suspiro natural aunque muy profundo escapó del pecho del hombre agonizante, y la respiración estentórea cesó, es decir, que su carácter de estentórea ya no se notó; los intervalos no disminuyeron. Las extremidades del paciente tenían una frialdad de hielo.

Cinco minutos antes de las once percibí signos inequívocos de la influencia mesmérica. El girar vidrioso del ojo había cambiado por aquella expresión de inquieto examen *interior* que nunca se ve sino en casos de sonambulismo, y que es imposible confundir. Con unos pocos y rápidos pases laterales hice palpar los párpados, como en un sueño incipiente, y, con otros pocos más, los cerré totalmente. Sin embargo, yo no estaba satisfecho con esto, y continué vigorosamente las manipulaciones, con el esfuerzo más pleno de la voluntad, hasta que endurecí completamente los miembros del adormecido,



después de colocarlos en una posición aparentemente sencilla. Las piernas estaban extendidas en todo su largo; los brazos reposaban sobre la cama a una distancia moderada de la espalda. La cabeza estaba elevada muy levemente.

Cuando efectué esto, era ya la medianoche, y pedí a los caballeros presentes que examinaran la condición de M. Valdemar. Después de unos pocos experimentos, admitieron que él estaba en un estado inusualmente perfecto de trance mesmérico. La curiosidad de ambos médicos se excitó enormemente. El Dr. D. resolvió enseguida permanecer con el paciente toda la noche, mientras que el Dr. F. se fue con la promesa de regresar al amanecer. El Sr. L. y los enfermeros se quedaron.

Dejamos a M. Valdemar enteramente tranquilo hasta alrededor de las tres de la mañana, cuando me acerqué a él y lo hallé precisamente en la misma condición que en el momento en que partió el Dr. F., es decir, yacía en la misma posición; el pulso era imperceptible; la respiración era tenue (apenas notable, a no ser por la aplicación de un espejo frente a sus labios); los ojos estaban cerrados naturalmente; y los miembros estaban tan rígidos y tan fríos como el mármol. Todavía, la apariencia general no era ciertamente de muerte.

Cuando me acerqué a M. Valdemar hice un leve esfuerzo para influir sobre su brazo derecho en pos del mío, mientras pasaba este último suavemente de un lado a otro sobre su persona. Yo nunca había tenido un éxito perfecto en tales experimentos con este paciente, y ciertamente poco creía que lo tendría ahora; pero para mi sorpresa, su brazo muy pronto, aunque débilmente, siguió cada dirección que yo le asignaba al mío. Resolví arriesgar algunas palabras de conversación.

—M. Valdemar —dije—, ¿está dormido?

No respondió, pero percibí un temblor en sus labios, y de este modo fui inducido a repetir la pregunta, una y otra vez. En



la tercera repetición, toda su estructura fue agitada por un leve estremecimiento; los párpados se abrieron lo suficiente como para mostrar una línea blanca del globo; los labios se movieron lentamente y de entre ellos, en un susurro apenas audible, brotaron las palabras:

—Sí, ahora duermo. ¡No me despierten! ¡Déjenme morir así!

Aquí toqué sus miembros y los encontré tan rígidos como siempre. El brazo derecho, como antes, obedeció la dirección de mi mano. Interrogué al sonámbulo otra vez:

—¿Todavía siente dolor en el pecho, M. Valdemar?

La respuesta ahora fue inmediata, pero menos audible que antes:

—Ningún dolor. Estoy muriendo.

No creí aconsejable molestarlo más entonces, y nada más se dijo o hizo hasta la llegada del Dr. F., quien vino un poco antes de la salida del sol, y expresó ilimitada sorpresa al encontrar al paciente vivo todavía. Después de sentir el pulso y aplicar un espejo frente a sus labios, me pidió que hablara con el sonámbulo otra vez. Así lo hice, diciendo:

—M. Valdemar, ¿duerme todavía?

Como antes, transcurrieron unos minutos antes de que se produjera alguna respuesta; y durante el intervalo el hombre agonizante parecía estar juntando sus energías para hablar. En mi cuarta repetición de la pregunta, dijo muy lánguida, casi inaudiblemente:

—Sí, todavía estoy dormido, muriendo.

Ahora, la opinión, o mejor, el deseo de los médicos fue que M. Valdemar permaneciera en su aparente condición presente de tranquilidad, hasta que la muerte sobreviniera, y ésta, se concordó en general, debía tener lugar en unos pocos minutos. Sin embargo, decidí hablarle una vez más, y simplemente repetí mi pregunta previa.



Mientras yo hablaba, se produjo un cambio marcado en el semblante del sonámbulo. Los ojos giraron sobre sí mismos lentamente abriéndose; las pupilas desaparecieron hacia arriba; la piel asumió un tinte cadavérico general, semejando no tanto un pergamino como un papel blanco; y las manchas tísicas circulares que antes estaban fuertemente definidas en el centro de cada mejilla, se apagaron enseguida. Uso esta expresión porque el carácter súbito de su partida, trajo a mi mente la imagen de una bujía que se apaga de un soplo. El labio superior, al mismo tiempo, se retorció apartándose de los dientes, que previamente había cubierto por completo; mientras que la mandíbula inferior cayó con una sacudida audible, dejando la boca ampliamente abierta, y a pleno descubierto la lengua entumecida y ennegrecida. Presumo que ningún miembro del grupo presente estaba desacostumbrado a los horrores del lecho de muerte, pero tan horrible más allá de todo concepto era la apariencia de M. Valdemar en este momento que hubo una retirada general de la región de la cama.

Siento que he alcanzado un punto en esta narración en que todos los lectores estarán espantados hasta un descreimiento verdadero. Sin embargo, mi labor es simplemente proseguir.

No existía el signo más lánguido de vitalidad en M. Valdemar; y, concluyendo que estaba muerto, estábamos poniéndolo a cargo de los enfermeros, cuando un fuerte movimiento vibratorio pudo observarse en su lengua. Esto continuó quizás por un minuto. Cuando terminó este período, brotó de sus mandíbulas extendidas e inmóviles una voz —sería una locura para mí intentar describirla—. En verdad, hay dos o tres epítetos que pueden considerarse aplicables a ella, en parte; puedo decir, por ejemplo, que el sonido era áspero, y quebrado y hueco; pero la horrible totalidad es indescriptible, por la simple razón de que no hay sonidos similares que hayan hecho vibrar



el oído de la humanidad. Hay dos particularidades, no obstante, que pensé entonces, y todavía pienso, pueden claramente establecerse como características de la entonación. En primer lugar, la voz parecía llegar a nuestros oídos —al menos al mío— desde una vasta distancia, o de alguna profunda caverna dentro de la tierra. En segundo lugar, me impresionó (temo, verdaderamente, que es imposible que se comprenda) como las materias gelatinosas o glutinosas impresionan el sentido del tacto.

He hablado tanto de “sonido” como de “voz”. Quiero decir que el sonido era de una clara, e incluso maravillosa, aterradoramente clara, pronunciación. M. Valdemar *hablaba*, obviamente en respuesta a la pregunta que yo le había propuesto unos minutos antes. Yo le había preguntado, como se recordará, si todavía dormía. Él dijo ahora:

—Sí; no. Yo *he estado* durmiendo, y ahora, ahora *estoy muerto*.

Ninguna de las personas presentes fingió negar ni incluso intentó reprimir el horror impronunciable, estremecedor, que estas pocas palabras, pronunciadas así, acarrearón. El Sr. L. (el estudiante) se desmayó. Los enfermeros inmediatamente abandonaron la recámara y no se los pudo convencer de regresar. No pretendería hacer inteligible mis propias impresiones al lector. Durante casi una hora, estuvimos ocupados, silenciosamente, sin pronunciar una palabra, en los esfuerzos por revivir al Sr. L. Cuando volvió en sí, nos dirigimos otra vez a la investigación de la condición de M. Valdemar.

Permanecía en todos los aspectos como la última vez que lo he descrito, con la excepción de que el espejo no brindaba más evidencia de respiración. Falló un intento de extraer sangre de su brazo. Debería mencionar, también, que este miembro no estuvo más sujeto a mi voluntad. Me esforcé en vano por hacerlo seguir la dirección de mi mano. La única indicación real, verdaderamente, de la influencia mesmérica estaba ahora en el



movimiento vibratorio de la lengua, siempre que yo dirigía una pregunta a M. Valdemar. Parecía estar haciendo un esfuerzo por responder, pero no tenía ya volición suficiente. A las preguntas que le hiciera cualquier otra persona que no fuera yo mismo parecía totalmente insensible, aunque me esforcé por situar a cada miembro de la compañía en armonía mesmérica con él. Creo que no he relatado todo lo que es necesario para entender el estado del sonámbulo en este momento. Se consiguieron otros enfermeros; y a las diez en punto dejé la casa en compañía de los dos médicos y el Sr. L.

En la tarde todos vinimos otra vez para ver al paciente. Su condición continuaba siendo exactamente la misma. Tuvimos una discusión sobre la corrección y factibilidad de despertarlo; pero tuvimos poca dificultad en acordar que ningún buen propósito se alcanzaría haciéndolo. Era evidente que, hasta ahora, la muerte (o lo que usualmente denominamos muerte) había sido detenida por el proceso mesmérico. Parecía claro para todos nosotros que despertar a M. Valdemar sería simplemente asegurar su instantánea, o al menos veloz, muerte.

Desde ese período hasta el fin de la semana pasada —un intervalo de *casi siete meses*— continuamos haciendo visitas diarias a la casa de M. Valdemar, acompañados, ahora y entonces, por médicos y otros amigos. Todo este tiempo el sonámbulo permaneció *exactamente* como lo he descrito la última vez. Las atenciones de los enfermeros fueron continuas.

Fue el último viernes que finalmente resolvimos hacer el experimento de despertarlo, o intentar despertarlo; y es (quizás) el desafortunado resultado de este último experimento el que ha ocasionado tantas discusiones en los círculos privados, tantas que no puedo evitar creer injustificado el sentimiento popular.

Con el propósito de vivificar a M. Valdemar de su trance mesmérico, hice uso de los pases acostumbrados. Éstos, por





un tiempo, no tuvieron éxito. La primera indicación de reavivación fue brindada por un descenso parcial del iris. Se observó, como algo especialmente remarcable, que este descenso de la pupila estaba acompañado por un flujo profuso de icor amarillento (desde abajo de los párpados) de un aroma acre y altamente desagradable.

Ahora, se sugirió que yo debía intentar influenciar el brazo del paciente, como en otro tiempo. Hice el intento y fallé. El Dr. F. entonces insinuó el deseo de que yo hiciera una pregunta. Así lo hice, del modo siguiente:

—M. Valdemar, ¿puede explicarnos cuáles son sus sentimientos o deseos ahora?

Hubo un instantáneo retorno de los círculos tísicos a las mejillas; la lengua se estremeció, o mejor, giró violentamente dentro de la boca (aunque las mandíbulas y los labios permanecían rígidos como antes) y al final la misma voz horrible que ya he descrito prorrumpió:

—¡Por el amor de Dios! ¡Rápido! ¡Rápido! Háganme dormir o... ¡Rápido! ¡Despiértenme! ¡*Les digo que estoy muerto!*

Yo estaba totalmente desalentado, y por un instante permanecí indeciso sobre qué hacer. Primero hice un esfuerzo por recomponer al paciente, pero fallando en esto por la inacción total de su voluntad, volví atrás en mis pasos y seriamente luché por despertarlo. Pronto vi que tendría éxito, o al menos, pronto imaginé que mi éxito sería completo, y estoy seguro de que todos en la habitación estaban preparados para ver al paciente despierto.

Porque para lo que verdaderamente ocurrió es completamente imposible que pudiera estar preparado ningún ser humano.

Mientras yo hacía rápidamente los pases mesméricos, entre exclamaciones de “muerto”, “muerto”, prorrumpiendo absolutamente de la lengua y no de los labios del agonizante,



toda su estructura, dentro del espacio de un sólo minuto, o incluso menos, se encogió, se desmenuzó, absolutamente *podrida* debajo de mis manos. Sobre la cama, ante toda la compañía, yacía una masa casi líquida de aborrecible, de detestable putrefacción.







EL CORAZÓN DELATOR



¡Es verdad! He sido y soy terriblemente nervioso; pero ¿por qué afirman que estoy loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos, no los ha destrozado, no los ha entorpecido. Por sobre todos estaba el agudo sentido del oído. Yo escuchaba todas las cosas del cielo y de la tierra. Escuché muchas cosas del infierno. ¿Cómo, entonces, estoy loco? ¡Escuchen con atención!, y observen cuan saludablemente, cuan tranquilamente puedo contarles la historia completa.

Es imposible decir cómo en un principio la idea entró en mi cerebro; pero una vez concebida, me perseguía día y noche. Objeto no había ninguno. Pasión no había ninguna. Yo amaba al anciano. Él nunca me había agraviado. Él nunca me había insultado. Yo no deseaba su oro. ¡Pienso que fue su ojo! ¡Sí, fue eso! Tenía el ojo de un buitre, un ojo azul pálido con una membrana sobre él. Dondequiera que ese ojo cayera sobre mí, la sangre se me helaba; y así, gradualmente, muy gradualmente, resolví quitarle la vida al anciano, y, de ese modo, librarme para siempre de ese ojo.

Ahora, éste es el punto. Me imaginan loco. Los locos no saben nada. Pero deberían haberme visto. ¡Deberían haber visto qué sabiamente procedí, con qué precaución, con qué



previsión, con qué disimulo me dispuse a trabajar! Nunca fui más amable con el anciano que durante la semana previa a matarlo. Y cada noche, cerca de la medianoche, corría el cerrojo de su puerta y la abría ¡oh, tan suavemente! Y entonces, cuando había hecho una apertura suficiente para mi cabeza, ponía una linterna oscura, cerrada, bien cerrada, para que ninguna luz brillase, y luego metía mi cabeza. ¡Oh, se reírían de ver qué astutamente la metía! La movía lentamente, muy, muy lentamente, de manera tal que no pudiera molestar el sueño del anciano. Me tomaba una hora ubicar la cabeza completa dentro de la apertura para poder ver cómo yacía sobre su cama. ¡Ah! ¿Habría sido un loco tan sabio como para hacer esto? Y luego, cuando mi cabeza estaba bien adentro en la habitación, abría la linterna cuidadosamente —¡oh, tan cuidadosamente!—, cuidadosamente (porque los goznes rechinaban). La abría sólo lo suficiente para que un único rayo delgado cayera sobre su ojo de buitre. Y esto lo hice durante siete largas noches, cada noche justo a la medianoche, pero hallé el ojo siempre cerrado; y así fue imposible realizar el trabajo, porque no era el anciano quien me hostigaba, sino su ojo perverso. Y cada mañana, cuando rompía el día, iba osadamente a su recámara, hablaba animadamente con él, llamándolo por su nombre en un tono sincero, y le preguntaba cómo había pasado la noche. Así, verán que él debería haber sido un anciano muy profundo, verdaderamente, para sospechar que cada noche, justo a la medianoche, yo lo observaba mientras él dormía.

La octava noche fui más cuidadoso que lo usual en abrir la puerta. La manecilla de los minutos del reloj se mueve más rápidamente de lo que yo lo hice. Nunca antes de esa noche había *sentido* el alcance de mis poderes, de mi sagacidad. Apenas podía contener mis sentimientos de triunfo. Pensar que allí estaba, abriendo la puerta, poco a poco, y él ni siquiera soñaba



mis actos o pensamientos secretos. Honestamente yo me reía entre dientes por la idea; y quizás él me escuchó, porque súbitamente se movió en la cama, como si se asustara. Pensarán que me eché atrás, pero no fue así. Su habitación era tan negra como el alquitrán, con espesa oscuridad (porque las persianas estaban firmemente cerradas, por miedo a los ladrones), así que yo sabía que él no podía ver la apertura de la puerta, y continué empujándola constantemente, constantemente.

Tenía mi cabeza adentro, y estaba por abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló sobre la traba de estaño, y el anciano saltó en la cama gritando: “¿Quién está ahí?”.

Permanecí quieto y no dije nada. Durante una hora completa no moví un músculo, y mientras tanto no lo escuché acostarse. Estaba todavía sentado en la cama escuchando –tal como yo había hecho noche tras noche–, prestando atención a los centinelas de la muerte en la ventana.

Luego escuché un leve gemido, y supe que era el gemido de un terror mortal. No era un gemido de dolor o de aflicción, ¡oh, no! Era el leve sonido ahogado que sube desde el fondo del alma cuando está sobrecargada de pavor. Conocía bien el sonido. Muchas noches, justo a la medianoche, cuando todo el mundo dormía, había brotado de mi propio pecho, profundizando con su horrible eco los terrores que me perturbaban. Dije que lo conocía bien. Conocía lo que el anciano sentía, y me apiadé de él, aunque me reía solapadamente en el corazón. Sabía que él había estado despierto desde el primer leve ruido, cuando había girado en la cama. Sus miedos habían estado creciendo desde entonces. Había estado tratando de imaginarlos injustificados, pero no podía. Había estado diciéndose a sí mismo: “No es nada sino el viento en la chimenea”, “Es sólo un ratón atravesando el suelo” o “Es simplemente un grillo que ha hecho un simple chirrido”. Sí, había estado tratando de conformarse con estas supo-



siciones pero lo había encontrado todo en vano. *Todo en vano*; porque la Muerte acercándose había caminado majestuosamente con su sombra negra ante él y había envuelto a la víctima. Y era la influencia funesta de su sombra imperceptible lo que causaba que él sintiera –aunque no la viera ni oyera–, *sintiera* la presencia de mi cabeza dentro de la habitación.

Como yo había esperado durante un largo tiempo, muy pacientemente, sin escucharlo acostarse, resolví abrir una pequeña, una muy, muy pequeña rendija de la linterna. De modo que la abrí –no pueden imaginar cuán solapadamente, solapadamente– hasta que, finalmente un simple rayo sombrío, como el hilo de la araña, salió disparado de la rendija y cayó de lleno sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, muy, muy abierto, y me puse furioso cuando clavé la mirada en él. Lo vi con perfecta distinción, todo azul insípido, con el horrible velo sobre él que heló la misma esencia de mis huesos; pero no podía ver más de la cara del anciano o de su persona, porque había dirigido el rayo, como por instinto, precisamente sobre el punto maldito.

¿Y no les he dicho que lo que ustedes confunden con locura no es sino agudeza de los sentidos? Ahora, les digo, que allí vino a mis oídos un sonido leve, lánguido y rápido, como el que hace un reloj cuando es envuelto en algodón. Yo conocía bien ese sonido, *también*. Eran los latidos del corazón del anciano. Eso incrementó mi furia, como el sonido del tambor estimula el coraje del soldado.

Pero incluso entonces me contuve y permanecí quieto. Apenas respiraba. Sostuve la linterna inmóvil. Traté tan firmemente como pude de mantener el rayo sobre el ojo. Mientras tanto el infernal *tum-tum* del corazón crecía. Se hizo más rápido y más rápido, y más fuerte y más fuerte a cada instante. ¡El terror del anciano debió haber sido extremo! ¡Se hizo más fuerte, como



digo, más fuerte a cada momento! ¿Han advertido bien? He dicho que soy nervioso: así soy. Y ahora en las horas muertas de la noche, en medio del espantoso silencio de la antigua casa, un sonido tan extraño como ése me produjo un terror incontrolable. Aun, por unos minutos más, me contuve y permanecí igual. ¡Pero los latidos se hicieron más fuertes, más fuertes! Pensé que aquel corazón debería arder. Y ahora una nueva ansiedad me apresó: ¡el sonido sería escuchado por un vecino! ¡La hora del anciano había llegado! Con un gran alarido, abrí toda la linterna y salté dentro de la habitación. Él gritó una vez, sólo una vez. En un instante, lo arrastré hacia el piso, y tiré sobre él la cama pesada. Luego sonreí alegremente, por encontrar realizado el hecho tan pronto. Pero, durante muchos minutos, el corazón continuó latiendo con un sonido apagado. Esto, sin embargo, no me hostigó; no podría escucharse a través de la pared. Finalmente cesó. El anciano estaba muerto. Levanté la cama y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, muerto como una piedra. Puse mi mano sobre su corazón y la retuve allí muchos minutos. No había pulsaciones. Estaba muerto como una piedra. Su ojo no me perturbaría más.

Si todavía me consideran loco, no lo pensarán más cuando describa las sabias precauciones que tomé para ocultar el cuerpo. La noche menguaba y trabajé apresuradamente, pero en silencio. Primero que todo, desmembré el cadáver. Corté la cabeza, los brazos y las piernas.

Luego tomé tres tablones del piso de la recámara, y deposité todo debajo de los maderos. Luego repuse los tablones tan inteligente, tan astutamente, que ningún ojo humano, incluyendo el suyo podría haber detectado algo anormal. No había nada que lavar, ninguna mancha de ningún tipo, ni siquiera una mancha de sangre. Yo había sido muy cauto en eso. Una cuba había recogido todo. ¡Ja, ja!



Cuando puse fin a estas labores, eran las cuatro en punto y todavía estaba oscuro como en la medianoche. Cuando la campana dio la hora, me llegó un golpe de la puerta de calle. Bajé y la abrí con el corazón liviano, ¿por qué tenía que temer *aborrir*? Ingresaron tres hombres, que se presentaron, con perfecta suavidad, como oficiales de policía. Un grito había sido oído por un vecino durante la noche; se había despertado la sospecha de algo sucio; la información había sido puesta al recaudo de la oficina policial; y ellos (los oficiales) habían sido delegados para registrar las dependencias.

Sonreí —¿por qué tenía que temer?— Les di la bienvenida a los caballeros. El grito, dije, era mío, en un sueño. Mencioné que el anciano estaba fuera del país. Acompañé a mis visitantes por toda la casa. Les dije que registraran, que registraran *bien*. Los conduje, finalmente, a su recámara. Les mostré sus tesoros, seguro, imperturbable. En el entusiasmo de mi confianza, traje sillas a la habitación, y *aquí* les deseé que descansaran de sus fatigas, mientras yo mismo, en la audacia salvaje de mi triunfo perfecto, ubicaba mi sitio sobre el preciso punto debajo del cual reposaba el cadáver de la víctima.

Los oficiales estaban satisfechos. Mi modo de proceder los había convencido. Yo estaba singularmente tranquilo. Se sentaron, y mientras yo respondía con júbilo, charlaron de cosas familiares. Pero, poco después, sentí que estaba empalideciendo y deseé que se hubieran ido. Me dolía la cabeza y me imaginaba un zumbido en mis oídos; pero todavía estaban sentados y todavía charlaban. El zumbido se hizo más preciso, continuó y se hizo más preciso; hablé más libremente para liberarme del sentimiento, pero continuó y ganó definición, hasta que finalmente descubrí que el ruido no estaba dentro de mis oídos.

Sin duda, ahora yo estaba muy pálido; pero hablaba más fluidamente y con la voz realzada. Pero el sonido crecía y ¿qué





podía hacer? Era *un sonido leve, lánguido y rápido, como el que hace un reloj cuando es envuelto en algodón*. Jadeé para recuperar el aliento, sin embargo, los policías no habían oído nada. Hablé más rápido, más vehementemente; pero el ruido creció firmemente. Me levanté y diserté sobre menudencias con grandes aspavientos y violentas gesticulaciones; pero el ruido crecía firmemente. ¿Por qué *no se irían?* Anduve hacia un lado y el otro con pasos pesados, como si estuviera enfurecido por las observaciones de los hombres, pero el ruido crecía firmemente. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía yo hacer? ¡Eché espuma, deliré, blasfemé! Balanceé la silla sobre la cual había estado sentado y la froté sobre los tablones, pero el ruido se alzaba sobre todo y crecía continuamente. ¡Se hacía más fuerte, más fuerte, *más fuerte!* Y todavía los hombres charlaban plácidamente y sonreían. ¿Era posible que no oyeran? ¡Dios Todopoderoso! ¡No, no! ¡Ellos escuchaban! ¡Ellos sospechaban! ¡Ellos *sabían!* ¡Estaban burlándose para aterrorizarme! Esto pensé y esto pienso. ¡Pero cualquier cosa era mejor que esa agonía! ¡Cualquier cosa era más tolerable que ese escarnio! ¡No podía soportar más aquellas sonrisas hipócritas! ¡Sentí que debía gritar o morir! ¡Y ahora, otra vez, se escuchaba más fuerte, más fuerte, más fuerte, *más fuerte!*

—¡Villanos! —grité— ¡No disimulen más! ¡Admito el hecho! ¡Arranquen los tablones! ¡Aquí, aquí! ¡Éste es el latido de su horrible corazón!





EL BARRIL DE AMONTILLADO



Mil injurias de Fortunato había tolerado lo mejor posible, pero cuando se atrevió al insulto me prometí una venganza. Sin embargo, ustedes que conocen tan bien la naturaleza de mi alma no creerán que lo amenacé. Finalmente, estaría vengado; éste era un punto definitivamente establecido, pero la misma definición con que lo resolví excluía la idea del riesgo. No sólo debía castigar, sino castigar con impunidad. No se repara un agravio cuando el castigo alcanza al reparador, y tampoco es reparado cuando el vengador no es capaz de mostrarlo como tal a quien lo ha ofendido.

Es preciso comprender que ninguna palabra ni hecho de mi parte le hubiera dado a Fortunato razón para dudar de mi buena voluntad. Continué, como era mi costumbre, sonriendo en su presencia, y él no percibió que mi sonrisa era *ahora* por la idea de su inmolación.

Tenía un punto débil este Fortunato, aunque en otro sentido era un hombre para ser respetado e incluso temido. Se enorgullecía de ser conocedor de vinos. Pocos italianos tienen el verdadero espíritu del aficionado a los objetos raros. El entusiasmo de la mayoría se adopta en el momento y la oportunidad apropiadas para engañar a los millonarios austríacos e ingleses. En



materia de pintura y joyería, Fortunato, como sus compatriotas, era un charlatán, pero respecto de vinos añejos era sincero. En este aspecto yo no difería de él sustancialmente; yo era experto en vendimias italianas, y compraba siempre que podía.

Fue una tarde, casi en el crepúsculo, durante la locura suprema del carnaval, cuando me encontré con mi amigo. Se dirigió a mí con excesiva calidez, porque había estado bebiendo demasiado. Usaba un traje de payaso. Era muy ajustado, con rayas multicolores y su cabeza estaba coronada por un gorro cónico con cascabeles. Estaba tan contento de verlo que sentí como si nunca hubiera estrechado su mano.

Le dije:

—¡Mi querido Fortunato, felizmente lo encuentro! ¡Qué bien se ve hoy! Pero he recibido un tonel que pasa por amontillado,¹ y tengo mis dudas.

—¿Cómo? —me dijo—. ¿Amontillado? ¿Un tonel? ¡Imposible! ¡Y en mitad del carnaval!

—Tengo mis dudas —respondí—; y era una tontería pagar el precio por el amontillado sin consultarlo sobre el tema. No podía encontrarlo y temía perder el negocio.

—¡Amontillado!

—Tengo mis dudas.

—¡Amontillado!

—Debo desecharlas.

—¡Amontillado!

—Como está ocupado, voy a ver a Luchresi. Si alguien tiene juicio crítico es él. Él me dirá...

—Luchresi no puede distinguir el amontillado del jerez común.

—Pero hay algunos tontos que dicen que su paladar compite con el suyo.

1. El amontillado es un jerez medio. Técnicamente un jerez fino que se ha añejado en la bodega más tiempo del normal y que se ha vuelto más fuerte y potente.



—Bueno, vayamos.

—¿Adónde?

—A sus bodegas.

—No, mi amigo; no me abusaré de su bondad. Noto que tiene un compromiso. Luchresi...

—No tengo compromisos. Vamos.

—No, mi amigo. No es por sus compromisos, sino porque percibo que está afectado por un fuerte resfrío. Las bodegas son insufriblemente húmedas. Están llenas de salitre.

—Vayamos de todas formas. El resfrío no tiene importancia. ¡Amontillado! Lo han embaucado. Y con respecto a Luchresi, no puede diferenciar el jerez común del amontillado.

Hablando de este modo, Fortunato me tomó del brazo y después de ponerme una máscara de seda negra y ceñirme un *roquelaire*² sobre mi persona, permití que me apurara hacia mi *palazzo*.

No había criados en casa; se habían fugado para gozar de la época. Les había dicho que no regresaría hasta la mañana siguiente, y les había dado órdenes explícitas de que no se movieran de la casa. Estas órdenes eran suficientes, lo sabía bien, para asegurar su desaparición inmediata en cuanto les diera la espalda.

Tomé dos antorchas de sus candelabros, y dándole una a Fortunato, lo hice agacharse por varias series de habitaciones hacia el pasaje abovedado que conducía a las bodegas. Bajé una larga escalera caracol, pidiéndole que fuera cauto al seguirme. Finalmente llegamos al fin del descenso y nos paramos juntos sobre el piso húmedo de las catacumbas de los Montresor.

El paso de mi amigo era inquieto y los cascabeles de su gorro tintineaban cuando caminaba.

—El tonel... —dijo.

2. *Roquelaire*: Un tipo de capa.



—Está más allá —dije—; pero observe las telarañas blancas que brillan en estas paredes cavernosas.

Se volvió hacia mí y miró mis ojos con sus dos órbitas membranosas que emitían los humores de la ebriedad.

—¿Salitre? —me preguntó finalmente.

—Salitre —contesté—. ¿Cuánto hace que tiene esa tos?

—¡Uf! ¡Uf! ¡Uf!

A mi pobre amigo le resultó imposible responder por varios minutos.

—No es nada —dijo al final.

—Vamos —dije con decisión—; volveremos; su salud es valiosa. Usted es rico, respetado, admirado, amado; usted es feliz, como yo lo fui una vez. Usted es un hombre para echar de menos. Por mí no importa. Volveremos; se enfermará y no puedo ser el responsable. Además, está Luchresi...

—Basta —dijo—; la tos no es nada, no me matará. No moriré por una tos.

—Es cierto, es cierto —respondí— y, en verdad, no tengo intención de alarmarlo innecesariamente, pero debería tomar todas las precauciones. Un trago de este Medoc nos defenderá de la humedad.

Entonces destapé una botella que saqué de una larga hilera de otros iguales que había sobre el moho.

—Beba —le dije dándole el vino.

Lo llevo a sus labios con una mirada de soslayo. Hizo una pausa y cabeceó hacia mí familiarmente, mientras los cascabeles tintineaban.

—Bebo —dijo— por los muertos que descansan a nuestro alrededor.

—Y yo por que tenga una vida larga.

Otra vez me tomó del brazo y proseguimos.

—Estas bodegas son extensas —dijo.



—Los Montresor —contesté— eran una familia grande y numerosa.

—Olvidé su escudo de armas.

—Un inmenso pie humano de oro, en un campo de azul; el pie aplasta una serpiente rampante, cuyos colmillos están clavados en el talón.

—¿Y el lema?

—*Nemo me impune lacessit*.³

—¡Bien! —dijo.

El vino centelleaba en sus ojos y los cascabeles tintineaban. Mi propia imaginación se atizó con el Medoc. Habíamos pasado junto a largas paredes de esqueletos apilados, con barriles y pipas entremezclados, en los íntimos recovecos de las catacumbas. Me detuve de nuevo, y esta vez me atreví a tomar a Fortunato por un brazo, por arriba del codo.

—¡El salitre! —dije—. Mire cómo aumenta. Cuelga como musgo sobre las bodegas. Estamos debajo del lecho del río. Las gotas de humedad se escurren entre los huesos. Venga, volvamos antes de que sea demasiado tarde. Su tos...

—No es nada —dijo—; continuemos. Pero primero, otro trago de Medoc.

Abrí y le alcancé un frasco de De Grâve. Lo vació en un suspiro. Sus ojos centelleaban con una luz feroz. Se rió y tiró la botella hacia arriba con un gesto que no comprendí.

Lo miré sorprendido. Repitió el movimiento, un movimiento grotesco.

—¿No comprende? —dijo.

—No —contesté.

—Entonces no es de la hermandad.

—¿Cómo?

3. *Nemo me impune lacessit*: 'Nadie me difamará impunemente'.



—Usted no pertenece a los masones.

—Sí, sí —dije—; sí, sí.

—¿Usted un masón? ¡Imposible!

—Un masón, sí —contesté.

—Una señal —dijo—, déme una señal.

—Aquí está —respondí, sacando de abajo de los pliegues de mi *roquelaine* una paleta de albañilería.

—Bromea usted —exclamó, reculando unos pasos—. Pero prosigamos hasta el amontillado.

—Así será —dije, poniendo nuevamente la herramienta debajo de la capa y otra vez le ofrecí mi brazo. Se apoyó pesadamente sobre él. Continuamos nuestro camino en busca del amontillado. Atravesamos una serie de arcadas bajas, descendimos, continuamos, y al descender nuevamente, llegamos a una cripta profunda, en la cual la inmundicia del aire causaba que nuestras antorchas se agitaran sin flamear.

En el punto más remoto de la cripta se veía otra menos espaciosa. Sus paredes habían sido alineadas con vestigios humanos, apilados hacia la bodega de arriba, a la moda de las grandes catacumbas de París. Tres paredes de esta cripta interior estaban adornadas de esta forma. De la cuarta se habían sacado los huesos y yacían promiscuamente sobre la tierra, formando un montículo de cierto tamaño. Dentro de la pared descubierta de ese modo por la falta de los huesos, percibimos otra cripta interior o recoveco, de una profundidad de casi cuatro pies, tres de ancho y una altura de seis o siete. No parecía haber sido construido para un uso especial, sino que simplemente formaba un intervalo entre dos de los soportes colosales del techo de las catacumbas, y estaba respaldado por una de las paredes de granito sólido que las circundaban.

En vano Fortunato, levantando su antorcha sin brillo, se esforzó por espiar la profundidad del recoveco. La luz endeble no nos permitió ver el fondo.



—Prosiga —dije—; allí dentro está el amontillado. Respecto a Luchresi...

—Él es un ignorante —me interrumpió mi amigo, mientras avanzaba con inquietud, y yo seguía sus pasos. En un instante había llegado al extremo del nicho, y al descubrir que su rumbo era impedido por una roca, se detuvo estúpidamente aturdido. Un momento más y lo había encadenado al granito. En su superficie había dos argollas de hierro, que distaban casi dos pies una de otra, horizontalmente. De una de ellas pendía una cadena corta, de la otra un candado. Extendiendo los eslabones por su cintura, fue trabajo de sólo segundos sujetarlo. Estaba muy aturdido como para resistirse. Sacando la llave, salí del recoveco.

—Pase su mano —dije— por la pared; no podrá evitar sentir el salitre. En verdad, es *muy* húmeda. Una vez más, déjeme *implorarle* que regresemos. ¿No? Entonces debo dejarlo. Pero primero debo darle todas las atenciones a mi alcance.

—¡El amontillado! —exclamó mi amigo, todavía sin recobrase de su asombro.

—Es cierto —contesté—, el amontillado.

Mientras decía estas palabras me apliqué a buscar entre la pila de huesos de la que he hablado antes. Apartándolos, pronto puse al descubierto cierta cantidad de piedra para construir y mortero. Con estos materiales y la ayuda de mi paleta, comencé a emparedar con vigor la entrada del nicho.

Apenas había puesto la primera fila de la mampostería cuando descubrí que la ebriedad de Fortunato se había disipado en gran medida. El primer indicio que tuve de esto fue un leve quejido desde lo profundo del recoveco. *No era* el quejido de un hombre ebrio. Hubo entonces un silencio largo y obstinado. Puse la segunda fila, y la tercera y la cuarta; y luego oí las vibraciones furiosas de la cadena. El ruido duró varios minutos, durante los cuales, para poder atender con más satisfacción,



interrumpí mis labores y me senté sobre los huesos. Cuando al final el rechinar se apaciguó, retomé la paleta y finalicé sin interrupción la quinta, la sexta y la séptima fila. Entonces la pared estaba casi al nivel de mi pecho. Otra vez me detuve y sosteniendo la antorcha encima de mi trabajo de mampostería, arrojé unos débiles rayos sobre la figura que estaba adentro.

Una sucesión de alaridos fuertes y penetrantes, irrumpiendo repentinamente de la garganta de la figura encadenada, parecieron arrojarme violentamente hacia atrás. Por un momento dudé, temblé. Desenvainando mi espadín, comencé a tentar con él en el recoveco; pero pensar un instante me reafirmó. Puse mi mano sobre la textura de las catacumbas y me sentí satisfecho. Me acerqué otra vez a la pared; y respondí a los alaridos que daba. Les hice eco, los reforcé y los sobrepasé en volumen y fuerza. Hice esto y el que gritaba se quedó callado.

Era entonces la medianoche, y mi tarea estaba llegando a su fin. Había completado la octava, la novena y la décima fila. Había terminado una parte de la undécima y última; sólo faltaba apenas una piedra para encajar y enyesar allí. Forcejeé con su peso; la puse parcialmente en su posición destinada. Pero entonces vino del nicho una risa baja que erizó los pelos de mi cabeza. Fue seguida por una voz triste que me fue difícil reconocer como la del noble Fortunato. La voz dijo:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Je! ¡Je! ¡Je! Una muy buena broma, en verdad, una burla excelente. Nos reiremos mucho de ella en el palacio. ¡Je! ¡Je! ¡Je! Sobre nuestro vino... ¡Je! ¡Je! ¡Je!

—¡El amontillado! —dije.

—¡Je! ¡Je! ¡Je! Sí, el amontillado. Pero, ¿no se está haciendo tarde? ¿No nos estarán esperando en el palacio mi esposa y los demás? Vayámonos.

—Sí —dije—, vayámonos.

—*¡Por el amor de Dios, Montresor!*



—Sí —dije—, ¡por el amor de Dios!
Pero ante estas palabras en vano esperé escuchar una respuesta. Me puse impaciente. Grité:
—¡Fortunato!
Ninguna respuesta. Llamé otra vez:
—¡Fortunato!
Tampoco respondió. Acerqué la antorcha al hueco que quedaba y la dejé caer. Como respuesta sólo tuve el tintineo de los cascabeles. Mi corazón se afligió; fue la humedad de las catacumbas la que lo había hecho. Me apresuré a darle fin a mi labor. Forcé la piedra final en su posición; y la enyesé. Contra la nueva mampostería volví a erigir el viejo muro de huesos. Durante medio siglo ningún mortal los ha molestado. *In pace requiescat!*⁴

4. *In pace requiescat*: 'Que en paz descanse'.





LA MÁSCARA DE LA MUERTE ROJA



La Muerte Roja había devastado ampliamente el país. Ninguna peste jamás había sido tan fatal o tan horrible. La sangre era su avatar y su mar, el rojo y el horror de la sangre. Había dolores agudos, y vértigo súbito, y luego el profuso flujo de sangre, que venía con la muerte. Las manchas escarlatas sobre el cuerpo y especialmente sobre la cara de la víctima eran la proclama de la peste que la privaba del auxilio y de la simpatía de sus compañeros. Y el ataque completo, progreso y terminación de la enfermedad se cumplían en media hora.

Pero el príncipe Próspero era feliz e intrépido y sagaz. Cuando su dominio estuvo medio despoblado, convocó a su presencia a un millar de amigos sanos e indolentes entre los caballeros y damas de su corte, y con ellos se retiró al profundo aislamiento de una de sus abadías encastilladas. Ésta era una estructura extensa y magnífica, creación del propio gusto excéntrico aunque augusto del príncipe. Una pared fuerte y altísima la circundaba. Esta pared tenía portones de hierro. Los cortesanos, habiendo entrado, con hornillos y martillos pesados soldaron los cerrojos. Resolvieron no dejar recursos de ingreso o egreso para los impulsos súbitos de desesperación o de frenesí que tuvieran allí dentro. La abadía estaba ampliamente abastecida.

Los crímenes de la calle Morgue y otros cuentos | 77

Los crímenes de la calle



Con tales precauciones los cortesanos podían desafiar al contagio. El mundo exterior podía cuidarse a sí mismo. Mientras tanto, era tonto afligirse o pensar. El príncipe había suministrado todas las herramientas del placer. Había bufones, había improvisadores, había bailarinas, había músicos, había Belleza, había vino. Todas estas cosas y la seguridad estaban dentro. Afuera estaba la “Muerte Roja”.

Era casi el final del quinto o sexto mes de aislamiento, y la peste bramaba más furiosamente en el exterior, cuando el príncipe Próspero entretuvo a sus mil amigos con un baile de máscaras de la más inusual magnificencia.

Aquella mascarada era una escena voluptuosa. Pero primero permítanme contarles sobre las habitaciones en las que tenía lugar. Eran siete, una suite imperial. En muchos palacios, sin embargo, tales suites forman una perspectiva larga y derecha, porque las puertas corredizas se repliegan estrechamente hacia las paredes de un lado, de modo que apenas se impide la vista de la extensión total. Aquí el caso era muy diferente; como puede esperarse del amor a lo extravagante del duque. Los salones estaban tan irregularmente dispuestos que la visión abarcaba poco más que uno a la vez. Había un recodo pronunciado cada veinte o treinta yardas, y en cada recodo un efecto nuevo. A la derecha y a la izquierda, en la mitad de cada pared, una ventana gótica alta y estrecha miraba a un corredor cerrado que seguía los rodeos de la suite. Estas ventanas eran de vidrio de color, y sus colores variaban de acuerdo con el tinte prevalente de las decoraciones de la recámara en la que se abría. En el extremo oriental aquéllas estaban fijadas, por ejemplo, en azul, y vívidamente azules eran sus ventanas. La segunda recámara era púrpura en sus ornamentos y tapicerías, y aquí los cristales de la ventana eran púrpuras. La tercera era verde de un lado a otro, y así eran las ventanas. La cuarta estaba equipada e



iluminada con naranja, la quinta con blanco, la sexta con violeta. El séptimo salón estaba amortajado con tapices de terciopelo negro que colgaban del cielo raso y de las paredes, cayendo en pesados pliegues sobre la alfombra del mismo material y tono. Pero en esta recámara solamente, el color de las ventanas no se correspondía con las decoraciones. Los cristales de la ventana aquí eran escarlata, un profundo color sangre. Ahora bien, en ninguno de los siete salones había una lámpara o un candelabro, entre la profusión de ornamentos dorados que yacían esparcidos a un lado y al otro, o pendiendo del techo. No había luz de ningún tipo emanando de una lámpara o candil dentro de la suite de las recámaras. Pero en los corredores que seguían a la suite se erigía, frente a cada ventana, un pesado trípode que cargaba un brasero de fuego que protegía sus rayos con un vidrio opaco y así iluminaba notoriamente la habitación. Y de este modo se producía una multitud de apariencias vistosas y fantásticas. Pero en la recámara occidental o negra el efecto de la luz del fuego, que fluía contra los oscuros tapizados a través de los cristales del color de la sangre, era en extremo lívido, y producía una visión tan salvaje sobre los semblantes de quienes entraban, que había pocos de la compañía lo suficientemente osados para poner un pie dentro de su recinto.

Era en este salón también que se erigía contra la pared occidental un reloj gigante de ébano. Su péndulo oscilaba a un lado y al otro con un sonido lánguido, pesado, monótono; y cuando la aguja de los minutos hacía su circuito y la hora estaba por sonar, venía de los pulmones broncíneos del reloj un sonido que era claro y fuerte y profundo y excesivamente musical, pero con una nota y un énfasis tan peculiar que, en cada lapso de una hora, los músicos de la orquesta se veían obligados a detenerse momentáneamente en su ejecución para prestar atención al sonido; y de este modo los danzarines





forzadamente cesaban en sus evoluciones; y había un breve desconcierto en toda la alegre compañía; y mientras los repiqueteos del reloj todavía sonaban, se observaba que el más atolondrado se ponía pálido y el de más edad y más sosegado pasaba sus manos por la frente como si estuviera en un ensueño o una meditación confusa. Pero cuando los ecos habían cesado completamente una risa ligera enseguida penetraba la reunión; los músicos se miraban unos a otros y sonreían por su propio nerviosismo e insensatez, y se prometían susurrando, unos a otros, que el próximo repiqueteo del reloj no produciría en ellos una emoción similar; y luego, después del lapso de sesenta minutos (que abarcaba tres mil seiscientos segundos del Tiempo que vuela) venía otro repiqueteo del reloj, y había el mismo desconcierto y temblor y meditación que antes.

Pero, a despecho de estas cosas, era una jarana alegre y magnificente. Los gustos del duque eran peculiares. Tenía un ojo fino para los colores y los efectos. Había desatendido la decoración de la simple moda. Sus planes eran osados y vehementes, y sus concepciones fosforecían con un lustre barbárico. Hay quienes lo hubieran considerado loco. Sus seguidores sentían que no lo era. Era necesario escucharlo, verlo y tocarlo para estar seguro de que no lo era.

Él había dirigido, en gran parte, los embellecimientos móviles de las siete recámaras, en ocasión de esta gran *fête*;¹ y era su propio gusto rector el que había dado carácter a la mascarada. Estén seguros de que eran grotescos. Había mucho resplandor y oropel y sabor y fantasma, mucho de lo que se ha visto en *Hernani*.² Había figuras arabescas con miembros y accesorios inadecuados. Había deliciosas fantasías, como los atuendos de

1. *Fête*: 'Fiesta'.

2. Obra teatral en verso de Víctor Hugo, estrenada en 1830.



un loco. Había mucho de belleza, mucho de desenfreno, mucho de bizarro, algo de terrible y no poco de lo que podría haber causado disgusto. De un lado al otro de las siete recámaras andaba, de hecho, una multitud de sueños. Y éstos –los sueños– se retorcían por tomar el tono de las habitaciones y por causa de la música salvaje de la orquesta que parecía el eco de sus pasos. Y, enseguida, suena el reloj de ébano que se erige en el salón del terciopelo negro. Y luego, por un momento, todo está inmóvil, y todo está silencioso excepto la voz del reloj. Los sueños están congelados en la posición que quedaron. Pero los ecos del repiqueteo languidecen –no han durado sino un instante– y una risa ligera, apenas subyugada, fluye después de que ellos han partido. Y ahora otra vez la música crece, y los sueños reviven, y se retuercen hacia adelante y hacia atrás más felizmente que nunca, tomando el tono de las ventanas de diversos colores que proyectan los rayos de los trípodes. Pero dentro de la recámara que yace más hacia el poniente de las siete, no hay ahora ninguna máscara que se aventure; porque la noche está empalideciendo; y allí fluye una luz más rojiza por los cristales del color de la sangre; y la negrura de las pieles de marta aterran; y a aquél cuyos pies caen sobre la alfombra de marta, le llega del cercano reloj de ébano un sordo estruendo más solemnemente enfático que cualquiera que alcanza los oídos de quienes se entregan a las jovialidades más remotas de los otros salones.

Pero estos otros salones estaban densamente atestados, y en ellos latía ardientemente el corazón de la vida. Y la jarana continuaba animadamente hasta que finalmente comenzaba el sonido de la medianoche sobre el reloj. Y luego la música cesaba, como he contado; y las evoluciones de los bailarines se detenían y había un cese inquieto de todas las cosas como antes. Pero la campana tenía que sonar doce veces, y de este modo había más





tiempo para que los pensamientos se deslizaran entre aquellos que jaraneaban. Y así sucedió, quizás, que antes de que los últimos ecos del último repiqueteo se hubieran hundido totalmente en el silencio, muchos individuos en la multitud que había hallado ocio se enteraron de la presencia de una figura enmascarada que no había atrapado la atención de ningún individuo antes. Y habiéndose desplegado el rumor de esta nueva presencia en susurros a su alrededor, se alzó al final, proveniente de toda la compañía, un zumbido, o murmullo, expresión de desaprobación y sorpresa; luego, de terror, de horror, y de disgusto.

En una reunión de fantasmas tal como la que he pintado, puede suponerse que ninguna aparición ordinaria podría haber excitado tal sensación. En verdad el libertinaje de la mascarada de la noche era casi ilimitado; pero la figura en cuestión era excesiva y había ido incluso más allá de los límites del dudoso decoro del príncipe. Había fibras en los corazones de los más descuidados que no podían ser tocadas sin emoción. Incluso para el completamente descarriado, para quien la vida y la muerte son otras tantas bromas, hay cuestiones con las cuales no se puede bromear. Toda la compañía, verdaderamente, parecía ahora sentir profundamente que en el disfraz y talante del extraño no existía ingenio ni propiedad. La figura era delgada y alta, y estaba amortajada de la cabeza a los pies con las prendas de la tumba. La máscara que ocultaba el rostro estaba hecha de tal modo que semejava tanto el semblante de un cadáver entumecido que un escrutinio muy atento podía mostrar dificultad para detectar claramente el engaño. Y aun todo esto podría haberse tolerado, si no era aprobado, por los locos jueguistas a su alrededor. Pero el individuo había ido al extremo de asumir el aspecto de la Muerte Roja. Su vestidura estaba salpicada con sangre y su amplia frente, con todas las facciones de la cara, estaban regadas con el horror escarlata.



Cuando los ojos del príncipe Próspero cayeron sobre esta imagen espectral (que con un movimiento lento y solemne, como si se sostuviera completamente en su *rôle*³ andaba majestuosamente de un lado a otro entre los danzarines) se vio convulsionado en el primer momento con un fuerte temblor de terror o disgusto; pero, acto seguido, su frente enrojeció de ira.

—¿Quién se atreve? —preguntó roncamente a los cortesanos que estaban parados cerca de él.— ¿Quién se atreve a insultarnos con esta burla blasfema? ¡Aprésenlo y desenmascárenlo, para que podamos saber a quién debemos colgar al amanecer de las almenas!

Al pronunciar estas palabras, el príncipe Próspero se hallaba en el aposento del este, el aposento azul. Ellas retumbaron por los siete salones fuerte y claramente, porque el príncipe era un hombre osado y robusto, y la música se había apaciguado con el movimiento de su mano.

Era en el salón azul donde se erigía el príncipe, con un grupo de cortesanos pálidos a su lado. Al principio, cuando él habló, hubo un movimiento presuroso de este grupo en dirección al intruso, que en ese momento se hallaba a su alcance, y se acercaba al príncipe con paso deliberado y augusto. Pero el inaudito pavor que la insana presencia del enmascarado había producido en los cortesanos impidió que nadie alzara la mano para detenerlo; y así, sin impedimento, se acercó una yarda a la persona del príncipe; y mientras la vasta concurrencia, retrocedía en un único impulso hasta pegarse en las paredes, siguió su rumbo ininterrumpidamente, con el mismo paso solemne y medido que lo había distinguido. Y de la recámara azul pasó a la púrpura, de la púrpura a la verde, de la verde a la naranja, de ésta a la blanca, y de allí la violeta, antes de que nadie se hubiera decidido a detenerlo. Fue

3. *Rôle*: 'Rol', 'papel'.



entonces, sin embargo, cuando el príncipe Próspero enloqueció de ira, y con la vergüenza de su propia cobardía momentánea, se precipitó a través de las seis recámaras, sin que nadie lo siguiera, habida cuenta del terror mortal que embargaba a todos. Sostenía en alto una daga desenvainada, y se había aproximado, impetuosamente, a tres o cuatro pies de la figura que se retiraba, cuando ésta, habiendo alcanzado la extremidad del salón de terciopelo, giró súbitamente y confrontó a su perseguidor. Hubo un grito agudo, y la daga cayó resplandeciendo sobre la alfombra de marta, sobre la cual, instantáneamente después, cayó muerto el príncipe Próspero. Reuniendo el terrible coraje de la desesperación, numerosas máscaras se lanzaron al salón negro, y, apresando al desconocido, cuya figura alta se erigía erecta e inmóvil a la sombra del reloj de ébano, retrocedieron con horror impronunciable al encontrar que las mortajas enceradas de la tumba y la máscara de cadáver que con tanta rudeza habían aferrado no contenían ninguna forma tangible.

Y ahora se reconocía la presencia de la Muerte Roja. Había venido como un ladrón en la noche. Y uno por uno cayeron los juerguistas en los salones rociados de sangre de su festejo y murieron cada uno en la postura desesperada de su caída. Y la vida del reloj de ébano se apagó con la del último de aquellos alegres seres. Y las llamas de los trípodes expiraron. Y la oscuridad y la ruina y la Muerte Roja tuvieron dominio ilimitado sobre todo.



LOS CRÍMENES DE LA CALLE MORGUE



Qué canción cantaron las sirenas o qué nombre adoptó Aquiles cuando se ocultó entre las mujeres, aunque son preguntas enigmáticas, no exceden lo conjeturable.

Sir Thomas Browne, *Urn-Burial*

Los rasgos mentales caracterizados como analíticos, son, en sí mismos, poco susceptibles de ser analizados. Los apreciamos sólo por sus efectos. Entre otras cosas, sabemos de ellos, que siempre son para su poseedor, cuando se los posee de un modo extraordinario, la fuente de placer más vivaz. Como el hombre fuerte se regocija con su habilidad física, deleitándose cuando llama a sus músculos a la acción, así se jacta el analista en toda actividad moral que *desenreda*. Obtiene placer incluso de las más triviales ocupaciones que pongan en juego sus talentos. Es aficionado a los enigmas, las adivinanzas, los jeroglíficos; exhibe en la solución de cada uno un grado de agudeza que parece sobrenatural para la percepción ordinaria. Sus resultados, extraídos de la misma esencia del método, tienen, en verdad, todo el aire de la intuición. La facultad de resolución posiblemente se vigoriza mucho con el estudio matemático, y especialmente con su rama más alta que, injustamente —y por

Los crímenes de la calle Morgue y otros cuentos | 85



sólo a causa de sus vulgares operaciones— ha sido llamada, *par excellence*, análisis. Pero calcular no es analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace lo uno sin preocuparse por lo otro. Se deduce que el juego de ajedrez, en sus efectos sobre el carácter mental, está muy mal comprendido. No estoy escribiendo un tratado, sino simplemente prologando una narración algo peculiar con observaciones hechas bastante al azar; por lo tanto, aprovecharé la ocasión para afirmar que los poderes más altos del intelecto reflexivo se utilizan más decidida y útilmente en el modesto juego de damas que en la complicada frivolidad del ajedrez. En este último, donde las piezas tienen movimientos diferentes y complicados, con variados y variables valores, lo que solamente es complejo es confundido (un error no poco usual) con lo que es profundo. Aquí la atención es poderosamente puesta en juego. Si flaquea por un instante, se comete un descuido, que da como resultado un daño o la derrota. Los movimientos posibles son no sólo numerosos sino intrincados, y las chances de tales descuidos están multiplicadas; y en nueve casos de diez, es el jugador más concentrado y no el más agudo el que gana. En las damas, por el contrario, donde los movimientos son únicos y tienen poca variación, las probabilidades de descuido se ven disminuidas, y como la mera atención comparativamente casi ni se emplea, las ventajas que obtiene cada parte se obtienen por una agudeza superior. Para ser menos abstractos: supongamos un juego de damas donde las piezas están reducidas a cuatro reyes, y donde, por supuesto, no se espera ningún descuido. Es obvio que aquí la victoria puede decidirse (siendo los jugadores completamente iguales) sólo por algún movimiento *recherché*,¹ resultado de algún potente esfuerzo del intelecto. Privado de los recursos

1. *Recherché*: 'rebuscado'.



ordinarios, el analista se arroja al espíritu de su oponente, se identifica con él, y, por lo tanto, con no poca frecuencia, ve de una sola mirada, los únicos métodos (a veces, en verdad, absurdamente simples) por los cuales puede inducirlo a error, o precipitarlo a un mal cálculo.

El *whist* desde hace tiempo ha sido distinguido por su influencia sobre lo que se denomina el poder del cálculo; y se ha sabido de hombres del más alto nivel intelectual que aparentemente obtienen un deleite inconmensurable con él y desechan el ajedrez por frívolo. Más allá de toda duda, no hay nada de naturaleza similar que someta a esfuerzo tan grande la facultad del análisis. El mejor ajedrecista en toda la cristiandad puede ser poco más que el mejor jugador de ajedrez; pero la habilidad en el *whist* implica capacidad de éxito en todas esas empresas más importantes donde la mente lucha contra la mente. Cuando digo habilidad, quiero decir esa perfección en el juego que incluye una comprensión de todas las fuentes de donde pueden derivarse legítimas ventajas. Éstas son numerosas y multiformes, y con frecuencia yacen entre huecos del pensamiento casi inaccesibles para el entendimiento ordinario. Observar atentamente es recordar distintivamente; y, hasta aquí, el ajedrecista concentrado actuará muy bien en el *whist*; ya que las reglas de Hoyle (basadas en el simple mecanismo del juego) son suficiente y generalmente comprensibles. Por lo tanto, tener una memoria retentiva, y proceder “según las reglas” son puntos que se consideran comúnmente como la suma total del buen juego. Pero es en cuestiones más allá de los límites de las simples reglas que la habilidad del analista se evidencia. Hace, en silencio,

2. Juego de naipes, antecesor del Bridge, muy popular durante los siglos XVIII y XIX. Edmond Hoyle, mencionado más abajo, fue quien en 1742 modernizó y fijó sus reglas.



una cantidad de observaciones, e infiere. Quizás también hacen lo mismo sus compañeros; y la diferencia en la extensión de la información obtenida yace no tanto en la validez de la inferencia como en la calidad de la observación. El conocimiento necesario depende de *qué* observar. Nuestro jugador no se limita en absoluto; ni, porque el juego sea el punto, rechaza deducciones de cosas externas al juego. Examina el semblante de su compañero, comparándolo cuidadosamente con el de cada uno de sus oponentes. Considera el modo de ordenar las cartas en cada mano; a menudo contando triunfo por triunfo, por las miradas que ofrecen quienes los sostienen. Distingue cada variación de sus caras mientras el juego progresa, reuniendo una reserva de pensamiento sobre las diferencias en la expresión de certeza, de sorpresa, de triunfo, o de disgusto. Por la forma de reunir una baza juzga si la persona que la toma puede hacer otra en el juego. Reconoce que está fingiendo, por el aire con que la tira sobre la mesa. Una palabra casual o inadvertida; el caerse o darse vuelta de una carta accidentalmente, junto con la ansiedad o la minuciosidad respecto de su ocultamiento; el recuento de las bazas, con el orden de su disposición; el embarazo, la duda, la vehemencia, la actitud de alarma: todo le proporciona, a su percepción aparentemente intuitiva, indicadores del verdadero estado de las cosas. Cuando las primeras dos o tres rondas han sido jugadas, está en completa posesión de los contenidos de cada mano y, en consecuencia, pone sus cartas sobre la mesa con una absoluta precisión en su propósito, como si el resto del grupo le hubiera mostrado sus cartas.

El poder analítico no debe confundirse con simple ingeniosidad; porque mientras el analista es necesariamente ingenioso, el hombre ingenioso a menudo es marcadamente incapaz del análisis. El poder constructivo o combinador, por el cual la ingeniosidad se manifiesta habitualmente, y al cual los frenólogos



(creo que erróneamente) han asignado un órgano aparte, suponiéndola una facultad primitiva, a menudo se ha visto en aquellos cuyos intelectos bordean de algún modo la idiotez, al menos los que han atraído la observación general de los que escriben sobre moral. Entre la ingeniosidad y la habilidad analítica existe una diferencia mucho mayor, de hecho, que entre la fantasía y la imaginación, pero de un carácter estrictamente análogo. De hecho se verá que los ingeniosos siempre son fantasiosos, y los *verdaderamente* imaginativos nunca otra cosa que analíticos.

La narración que sigue aparecerá al lector bajo la luz de un comentario sobre las proposiciones recién expuestas.

Residiendo en París durante la primavera y parte del verano de 18... conocí a Monsieur C. Auguste Dupin. Este joven caballero pertenecía a una excelente —en realidad, una ilustre— familia; pero, por una variedad de eventos desfavorables, había quedado reducido a tal pobreza que la energía de su carácter sucumbió bajo la misma, llevándolo a alejarse del mundo, y a no preocuparse por la recuperación de su fortuna. Por cortesía de sus acreedores, todavía conservaba la posesión de un pequeño remanente de su patrimonio; y, con el ingreso surgido de éste, se arreglaba, mediante una rigurosa economía, para procurarse lo necesario para vivir sin inquietarse por las superficialidades. Los libros, en verdad, eran su único lujo, y en París, se obtenían fácilmente.

Nuestro primer encuentro fue en una oscura biblioteca de la calle Montmartre, donde el hecho de que ambos estuviéramos en la búsqueda del mismo volumen, muy raro y notable, nos puso en íntimo contacto. Nos vimos después con frecuencia. Yo estaba profundamente interesado en la pequeña historia de su familia que él me detallaba con todo ese candor que un francés se permite siempre que el tema sea él mismo. Estaba sorprendido, también, por la vastedad de sus lecturas; y, sobre todo, sentí mi



alma encendida por el fervor salvaje y la vívida frescura de su imaginación. Buscando en París los propósitos que entonces buscaba, sentí que la compañía de tal hombre sería un tesoro sin precio para mí; y francamente le confié este sentimiento. Finalmente acordamos vivir juntos durante mi estadía en la ciudad; y como mi situación mundana era menos acuciante que la suya, me permití correr con el gasto de rentar y amueblar, con un estilo que encajaba con la tenebrosidad bastante fantástica de nuestro común temperamento, una mansión grotesca y carcomida por el tiempo, abandonada hacía mucho por supersticiones que no indagamos, próxima a derrumbarse, en una zona retirada y desierta de *faubourg* St. Germain.

Si la rutina de nuestra vida en este lugar hubiera sido conocida por el mundo, habríamos sido considerados locos, aunque, quizás, locos de naturaleza inofensiva. Nuestra reclusión era perfecta. No admitíamos visitantes. En verdad la localidad de nuestro retiro había sido un secreto cuidadosamente vedado incluso a mis propios viejos amigos; y hacía muchos años que Dupin había dejado de conocer o ser conocido en París. Existíamos sólo dentro de nosotros mismos.

Era una extravagancia de la fantasía de mi amigo (¿de qué otro modo podría llamarla?) estar enamorado de la noche misma; y dentro de esta peculiaridad, como en todas las otras, calmadamente caí, entregándome a sus salvajes caprichos con un perfecto abandono. La divinidad negra no siempre residiría con nosotros, pero podíamos fingir su compañía. Al primer albor de la mañana cerrábamos todos los postigos de nuestro viejo edificio; encendíamos un par de velas que, densamente perfumadas, emitían sólo unos rayos muy tenues y lívidos. Con la ayuda de éstos ocupábamos nuestras almas con sueños: leyendo, escribiendo o conversando, hasta ser avisados por el reloj de la llegada de la verdadera oscuridad. Entonces salíamos



a las calles, tomados del brazo, prosiguiendo los tópicos del día, o vagando de un lado a otro hasta última hora, buscando, entre las luces y sombras salvajes de la ciudad populosa, esa infinidad de excitación mental que la observación calmada puede conseguir.

En tales momentos no podía evitar notar y admirar (aunque por su rica idealidad me había preparado para esperarla) una peculiar habilidad analítica en Dupin. Parecía, también, obtener un inmenso deleite en ejercitarla –si no exactamente en mostrarla– y no dudaba en confesar el placer que de allí obtenía. Se jactaba ante mí, con una leve risa ahogada, de que la mayoría de los hombres, a su entender, usaban ventanas en sus espíritus, y solía seguir tales aseveraciones con pruebas directas y pasmosas del íntimo conocimiento que tenía de mí. Su actitud en esos momentos era fría y abstracta, sus ojos estaban vacíos de expresión, mientras su voz, usualmente de tenor, se elevaba en un tiple que hubiera sonado petulante a no ser por la deliberación y la total claridad de la enunciación. Observándolo bajo estas actitudes, a menudo me quedaba meditando sobre la vieja filosofía del *alma doble*, y me divertía con la imagen de un doble Dupin, el creativo y el resolutivo.

No se suponga, por lo que he dicho recién, que estoy detallando algún misterio o escribiendo un romance. Lo que he descrito en el francés era simplemente el resultado de una inteligencia excitada o quizás enferma. Pero un ejemplo transmitirá mejor la idea del carácter de sus observaciones en los períodos en cuestión.

Una noche paseábamos por una calle larga y sucia, en las proximidades del *Palais Royal*. Ambos estábamos aparentemente absorbidos por nuestros pensamientos, ninguno de nosotros había dicho una sílaba durante quince minutos al menos. Dupin quebró de pronto el silencio con estas palabras:



—Es un tipo muy pequeño, es cierto, y serviría mejor para el *Theâtre des Variétés*.

—No puede haber duda de eso —repliqué inconscientemente, y sin darme cuenta en principio (tan absorto había estado en la reflexión) del modo extraordinario en que el que hablaba había concordado con mis meditaciones.

Un instante después volví a mí y mi sorpresa fue honda.

—Dupin —dije seriamente—, esto está más allá de mi comprensión. No dudo en decir que estoy asombrado y apenas puedo dar crédito a mis sentidos. ¿Cómo es posible que supieras que estaba pensando en...?

Aquí me detuve para garantizar indudablemente si sabía en quién estaba pensando.

—...en Chantilly —dijo—. ¿Por qué te detienes? Estabas diciéndote a ti mismo que su figura diminuta desencaja con la tragedia.

Eso era precisamente lo que había conformado el tema de mis reflexiones. Chantilly era un antiguo zapatero de la calle St. Denis, quien, loco por el teatro, había intentado el *rôle*³ de Jerjes en la así llamada tragedia de Crébillon, y había sido notoriamente ridiculizado por su trabajo.

—Dime, por amor del cielo —exclamé—, el método, si hay un método, por el cual has podido sondear mi alma en este asunto.

De hecho, me sentía mucho más sorprendido de lo que estaba dispuesto a expresar.

—Fue el frutero —respondió mi amigo— quien te llevó a la conclusión de que el remendón de suelas no tenía la altura suficiente para Jerjes *et id genus omne*.⁴

—¡El frutero! —me asombré—. No conozco ningún frutero.

—El hombre tropezó contigo cuando entramos a la calle; quizás han pasado quince minutos.

3. *Rôle*: Rol, papel.

4. *Et id genus omne*: 'Ni para ninguno de su género'.



Ahora recordaba que, en verdad, un frutero, cargando sobre su cabeza una gran canasta de manzanas, casi me había tirado al suelo, por accidente, cuando pasamos de la calle C... a la que recorríamos ahora. Pero me era imposible comprender qué tenía eso que ver con Chantilly.

No había una sola partícula de *charlatanerie*⁵ en Dupin.

—Te explicaré —dijo— y para que puedas comprender todo claramente primero retrocederemos en el curso de tus meditaciones, desde el momento en el cual te hablé hasta el *rencontré*⁶ con el frutero en cuestión. Los grandes eslabones de la cadena van en este orden: Chantilly, Orión, Dr. Nichols, Epicuro, la estereotomía, los adoquines de la calle, el frutero.

Existen pocas personas que no hayan disfrutado, en algún momento de su vida, en remontar el curso de las ideas mediante las cuales han llegado a alguna conclusión. Esta ocupación a menudo está llena de interés, y quien la intenta por primera vez se asombra de la distancia aparentemente ilimitada y la incoherencia entre el punto de partida y la meta. Cuál, entonces, debió ser mi asombro cuando escuché al francés decir lo que había dicho, y cuando no pude evitar reconocer que había dicho la verdad. Continuó:

—Habíamos estado hablando de caballos, si recuerdo bien, justo antes de dejar la calle C... Ése fue el último tema que discutimos. Cuando cruzábamos esta calle, un frutero, con una gran canasta sobre su cabeza, pasó rápidamente a nuestro lado y te empujó hacia un montón de piedras reunidas en un punto donde el camino está en reparación. Pisaste uno de aquellos adoquines sueltos, te resbalaste, levemente torciste tu tobillo, te mostraste molesto o malhumorado, murmuraste unas palabras, volviste a mirar el montón de piedras, y luego continuaste en

5. *Charlatanerie*: 'Charlatanería'.

6. *Rencontré*: 'encuentro'.



silencio. Yo no estaba particularmente atento a lo que hacías, pero la observación se ha convertido para mí, últimamente, en una especie de necesidad.

Continuaste con tus ojos vueltos hacia el suelo, contemplando, con una expresión petulante, los agujeros y baches en el pavimento (de modo que supe que todavía estabas pensando en las piedras), hasta que llegamos al pequeño callejón llamado Lamartine, que ha sido pavimentado, a modo de experimento, con bloques de piedra solapados y remachados. Aquí tu semblante se iluminó, y, percibiendo el movimiento de tus labios, no pude dudar de que murmurabas la palabra “estereotomía”, término afectadamente aplicado a esta especie de pavimento. Sabía que no podías decirte “estereotomía” sin pensar en los átomos, y de allí, en las teorías de Epicuro; y como, cuando discutimos este tema no hace mucho, te mencioné cuán singularmente, aunque con poca publicidad, se habían confirmado las vagas especulaciones de este noble griego en la última cosmogonía nebular, sentí que no podías evitar lanzar tu mirada a lo alto hacia la gran nebulosa de Orión, y por cierto esperé que lo hicieras. Miraste hacia arriba; y me aseguré entonces de que había seguido correctamente tus pasos. Pero en la amarga diatriba sobre Chantilly que apareció en el *Musée* de ayer, el satírico redactor, haciendo algunas desgraciadas alusiones sobre el cambio de nombre del zapatero al asumir la tragedia, citó una línea en latín sobre la cual a menudo hemos conversado. Me refiero a la línea *Perdidit antiquum litera prima sonu*.⁷

Te había dicho que era en referencia a Orión, primitivamente escrito Urión; y, por ciertas mordacidades conectadas con esta explicación, estaba seguro de que no podías haberlo olvidado.

7. *Perdidit antiquum litera prima sonu*: ‘La primera letra perdió su antiguo sonido’.





Estaba claro, por lo tanto, que no dejarías de combinar las dos ideas de Orión y Chantilly. Vi que las habías combinado por el carácter de la sonrisa que pasó por tus labios. Pensabas en la inmolación del pobre zapatero. Hasta ahí, habías estado caminando encorvado; pero luego vi que extendías toda tu estatura. Estuve seguro entonces de que reflexionabas sobre la figura diminuta de Chantilly. En este punto interrumpí tus meditaciones para observar que, en verdad, era un tipo muy pequeño, y serviría mejor para el *Theâtre des Variétés*.

No mucho después de esto, estábamos hojeando la edición vespertina de la *Gazette des Tribunaux*, cuando los siguientes párrafos llamaron nuestra atención:

“ASESINATOS EXTRAORDINARIOS. —Esta mañana, cerca de las tres, los habitantes de *quartier* St. Roch fueron despertados del sueño por una sucesión de alaridos terroríficos, procedentes, aparentemente, del cuarto piso de una casa en la calle Morgue, que se sabía que sólo ocupaban *Madame* L’Espanaye, y su hija, *Mademoiselle* Camille L’Espanaye. Después de cierta demora, ocasionada por un infructuoso intento de ingresar del modo usual, la puerta de entrada se forzó con una palanca, y ocho o diez vecinos entraron, acompañados de dos gendarmes. Para ese momento los gritos habían cesado; pero, cuando el grupo se precipitaba por el primer tramo de escaleras, dos o más voces rudas, en enojosa disputa, se distinguieron, y parecían provenir de la parte superior de la casa. Cuando llegaron al segundo descanso, también estos sonidos habían cesado, y todo estaba perfectamente calmo. El grupo se dispersó y se precipitaron a cada una de las habitaciones. Al llegar a la gran recámara trasera del cuarto piso (cuya puerta, cerrada con llave por dentro, fue forzada), se les presentó un espectáculo que sacudió a todos los presentes no menos por el horror que por el asombro.



“El apartamento estaba en el desorden más salvaje: los muebles rotos y tirados por todos lados. Había una sola armadura de cama y de allí se había sacado la cama, y tirado en el medio del piso. Sobre una silla yacía una navaja de afeitar, embadurnada con sangre. En el hogar había dos o tres mechones largos y gruesos de cabello humano, también salpicados de sangre, que parecían haber sido arrancados de sus raíces. Sobre el suelo se encontraron cuatro napoleones, un aro de topacio, tres cucharas grandes de plata, tres más pequeñas de *métal d’Alger*,⁸ y dos bolsas que contenían cuatro mil francos en oro. Los cajones de un *bureau*,⁹ que estaba en un rincón, estaban abiertos, y aparentemente habían sido saqueados, aunque todavía quedaban muchos artículos dentro de él. Una pequeña caja fuerte se descubrió debajo de la *cama* (no debajo del colchón). Se la abrió con la llave que tenía aún en la cerradura. No contenía más que unas pocas cartas viejas y otros papeles de poca importancia.

“De *Madame L’Espanaye* no se vio ningún rastro aquí; pero como se veía una cantidad inusual de hollín en la chimenea, se realizó una búsqueda, y (¡horrible de relatar!) el cadáver de la hija, cabeza abajo, el cual había sido metido por la fuerza en la estrecha abertura y considerablemente empujado hacia arriba. El cuerpo estaba aún caliente. Después de examinarlo, se percibieron muchas excoriaciones, sin duda ocasionadas por la violencia con la que había sido encastrado allí arriba y luego desencajado. Sobre el rostro había muchos arañazos severos y, sobre la garganta, magulladuras oscuras, y mellas profundas de uñas, como si la muerta hubiese sido estrangulada hasta morir.

“Después de una exhaustiva investigación en cada lugar de la casa, sin posterior descubrimiento, el grupo se dirigió a un

8. *D’Alger*: ‘metal de Argelia’, alpaca.

9. *Bureau*: escritorio.



pequeño patio de cemento en la parte posterior del edificio, donde yacía el cuerpo de la anciana dama, con la garganta tan cortada que, cuando intentaron levantarla, la cabeza cayó al suelo. El cuerpo, tanto como la cabeza, estaban pavorosamente mutilados, el primero tanto, que apenas conservaba la apariencia de un ser humano.

“Sobre este horrible misterio no hay aún, creemos, la más leve pista.”

El periódico del día siguiente tenía estos detalles adicionales.

“LA TRAGEDIA DE LA CALLE MORGUE. —Muchos individuos han sido interrogados en relación con este caso de lo más extraordinario y temible (la palabra *caso* no tenía aún en Francia esa levedad de importancia que tiene entre nosotros), pero nada ha trascendido que pueda arrojar luz sobre él. Ofrecemos todo el material testimonial que se produjo.

“*Pauline Dubourg*, lavandera, declara que conoce a ambas fallecidas desde hace tres años, ya que ha lavado para ellas durante ese período. La anciana y su hija parecían llevarse bien, eran muy cariñosas la una con la otra. Pagaban excelentemente bien. No podía hablar respecto de su forma o sus medios de vida. Creía que *Madame L.* disponía de fortuna para toda la vida. Se decía que tenía dinero en el banco. Nunca encontró a ninguna persona en la casa cuando iba a dejar ropas o a buscarlas. Estaba segura de que no tenían ningún empleado doméstico. Parecía no haber muebles en ningún lugar del edificio excepto en el cuarto piso.

“*Pierre Moreau*, tabaquero, declara que ha tenido la costumbre de vender pequeñas cantidades de tabaco y rapé a *Madame L'Españay* desde hace casi cuatro años. Nació en el vecindario, y siempre ha residido allí. La fallecida y su hija han ocupado la casa, donde los cadáveres han sido hallados, por más de seis



años. Anteriormente estaba ocupada por un joyero que subalquilaba los cuartos superiores a varias personas. La casa era propiedad de *Madame L.* Ella no se sintió satisfecha con el abuso de sus posesiones por parte de su inquilino, y se mudó allí, negándose a alquilar ninguna parte del edificio. La anciana daba señales de senilidad. El testigo había visto a la hija cinco o seis veces durante los seis años. Las dos llevaban una vida excesivamente retirada y tenían la reputación de poseer dinero. Había oído decir entre los vecinos que *Madame L.* disponía de fortuna, pero no lo creía. Nunca había visto a una persona atravesar la puerta, excepto a la anciana y a su hija, un peón una o dos veces, y un médico ocho o diez veces.

“Muchas otras personas, vecinos, dieron evidencia de lo mismo. Nadie fue señalado como una persona que frecuentara la casa. No se sabía si existían parientes vivos de *Madame L.* y su hija. Los cerrojos de las ventanas del frente siempre estaban cerrados, con la excepción de la gran habitación posterior, en el cuarto piso. La casa se hallaba en excelente estado y no era muy antigua.

“*Isidore Muset*, gendarme, declara que fue llamado a la casa cerca de las tres de la mañana, y encontró unas veinte o treinta personas en la puerta de entrada, esforzándose por ingresar. Forzó finalmente la puerta con una bayoneta, y no con una palanca. Tuvo poca dificultad para entrar, habida cuenta de que era una puerta doble o plegable y no estaba con pasadores superiores ni inferiores. Los alaridos fueron continuos hasta que forzaron la puerta, y luego cesaron súbitamente. Parecían ser los alaridos de alguna persona (o de varias) en una gran agonía: eran audibles y prolongados, no cortos y rápidos. El testigo se dirigió escaleras arriba. Al llegar al primer descanso, escuchó dos voces en audible y enojosa disputa; una era una voz ronca, la otra más penetrante, una voz muy extraña. Pudo



distinguir algunas palabras de la primera, que era de un francés. Estaba seguro de que no se trataba de una voz de mujer. Pudo distinguir las palabras *sacré*¹⁰ y *diable*.¹¹ La voz penetrante era la de un extranjero. No podía estar seguro de si era la voz de un hombre o de una mujer. No pudo entender lo que decía pero creía que el idioma era el español. El estado de la habitación y de los cuerpos fue descrito por el testigo como lo hicimos ayer.

“*Henri Duval*, un vecino, y de profesión platero, declara que fue uno del grupo que entró primero a la casa. Corroboró el testimonio de Muset en general. Tan pronto como forzaron la puerta de entrada volvieron a cerrarla, para mantener fuera a la multitud, que se reunió muy rápidamente, sin importar la hora. La voz penetrante, piensa el testigo, era de un italiano. Está seguro que no se trataba de un francés. No podía estar seguro de si era la voz de un hombre. Pudo haber sido la de una mujer. No estaba familiarizado con el idioma italiano. No pudo distinguir las palabras, pero estaba convencido por la entonación de que el que hablaba era italiano. Conocía a *Madame L.* y a su hija. Había conversado con ambas frecuentemente. Estaba seguro de que la voz penetrante no era de ninguna de las fallecidas.

“*Odenheimer*, restaurador. Este testigo hizo voluntariamente su testimonio. Como no habla francés, fue interrogado con un intérprete. Es nativo de Amsterdam. Estaba pasando junto a la casa en el momento de los alaridos. Éstos duraron varios minutos, probablemente diez. Eran largos y audibles, terribles y penosos. Fue uno de los que entró en el edificio. Corroboró el testimonio anterior en todos los aspectos menos en uno. Estaba seguro de que la voz penetrante era de un hombre, y que se trataba de un francés. No pudo distinguir las palabras que pronunció. Eran audibles y rápidas, desiguales, dichas



aparentemente con miedo tanto como con ira. La voz era áspera, no tan penetrante como áspera. No podía calificarla como una voz penetrante. La voz ronca decía repetidamente *sacré, diable* y una vez *mon Dieu*.¹²

“*Jules Mignaud*, banquero, de la firma *Mignaud et Fils*, de la calle Deloraine. Es el mayor de los Mignaud. *Madame L’Espanaye* tenía algunos ahorros. Había abierto una cuenta en su entidad bancaria en la primavera del año... (ocho años antes). Hacía depósitos frecuentes de sumas pequeñas. No había retirado nada hasta tres días antes de su muerte, cuando había extraído en persona 4.000 francos. Esta suma fue pagada en oro y se envió un cadete a su casa con el dinero.

“*Adolphe Le Bon*, cadete de *Mignaud et Fils*, declara que el día en cuestión, cerca del mediodía, acompañó a *Madame L’Espanaye* a su residencia con los 4.000 francos, dispuestos en dos bolsas. Al abrirse la puerta, apareció *Mademoiselle L.* y tomó de sus manos una de las bolsas, mientras la anciana lo aligeraba de la otra. Entonces él hizo una reverencia y partió. No vio a ninguna persona en la calle en ese momento. Es una calle apartada, muy solitaria.

“*William Bird*, sastre, declara que fue uno del grupo que entró en la casa. Es inglés. Ha vivido en París dos años. Fue uno de los primeros en subir las escaleras. Escuchó las voces en disputa. La voz ronca era de un francés. Pudo entender varias palabras, pero no puede recordarlas todas ahora. Escuchó claramente *sacré* y *mon Dieu*. Había un sonido en ese momento como si varias personas estuvieran luchando, un sonido de fricción y forcejeo. La voz penetrante era muy audible, más audible que la ronca. Seguro que no era la voz de un inglés. Parecía ser la de un alemán. Pudo haber sido la voz de una mujer. No comprende el alemán.

10. *Sacré*: ‘sagrado’.

11. *Diable*: ‘diablo’.

12. *Mon Dieu*: ‘mi Dios’.



“Cuatro de los testigos arriba nombrados, vueltos a interrogar, declararon que la puerta de la recámara en la cual se halló el cadáver de *Mademoiselle L.* estaba cerrada por dentro cuando el grupo llegó allí. Todo estaba perfectamente silencioso, sin gemidos ni ruidos de ningún tipo. Al forzar la puerta no se vio a nadie. Las ventanas, la del frente y la posterior, estaban cerradas y firmemente sujetas por dentro. Una puerta entre las dos habitaciones estaba cerrada, pero no con llave. La puerta que conducía de la habitación delantera al pasillo estaba cerrada, con la llave por dentro. Una pequeña habitación en el frente de la casa, en el cuarto piso, al comienzo del pasillo, estaba abierta, con la puerta entornada. Esta habitación estaba atestada de camas viejas, cajas y otras cosas. Éstas fueron registradas e inspeccionadas cuidadosamente. No quedó una pulgada de ningún lugar de la casa sin ser cuidadosamente registrada. Se introdujeron escobas en las chimeneas. La casa tenía cuatro pisos, con buhardillas (*mansardes*).¹³ La puerta trampa del tejado estaba clavada con suma seguridad y no parecía haber sido abierta durante años. El tiempo transcurrido entre que se escucharon las voces en disputa y el forzamiento de la puerta de la habitación fue establecido diversamente por los testigos. Algunos decían que habían pasado al menos tres minutos, y otros cinco. La puerta se abrió con dificultad.

“*Alfonzo Garcio*, empresario de pompas fúnebres, declara que reside en la calle Morgue. Es nativo de España. Fue uno del grupo que entró en la casa. No subió las escaleras. Es nervioso, y tuvo miedo de las consecuencias de su agitación. Escuchó las voces en disputa. La voz ronca era la de un francés. No pudo distinguir lo que decía. La voz penetrante era de un inglés, estaba seguro de eso. No entiende el inglés, pero juzga por la entonación.

13. *Mansardes*: La misma palabra en francés.



“*Alberto Montani*, repostero, declara que estaba entre los primeros que subieron las escaleras. Escuchó las voces en cuestión. La voz ronca era la de un francés. Distinguió varias palabras. El que hablaba parecía reprochar alguna cosa. No pudo entender las palabras de la voz penetrante. Hablaba rápido y desigualmente. Piensa que era la voz de un ruso. Corrobora el testimonio general. Es italiano. Nunca conversó con un nativo de Rusia.

“Varios testigos, vueltos a interrogar, han testimoniado que las chimeneas de las habitaciones del cuarto piso eran demasiado estrechas para permitir deslizarse a un ser humano. Por “escobas” se referían a cepillos cilíndricos, tales como los que son empleados por los que limpian chimeneas. Estos cepillos se hicieron pasar por cada tubo de caldera de la casa. No existe pasadizo trasero por el cual alguien haya podido descender mientras el grupo subía por las escaleras. El cuerpo de *Mademoiselle* L’Espanaye estaba tan encastrado en la chimenea que no se pudo quitar de allí hasta que cuatro o cinco hombres del grupo unieron sus fuerzas.

“*Paul Dumas*, médico, declara que fue llamado para ver los cadáveres cerca del alba. Ambos estaban tendidos sobre el vacío de la armadura de la cama en la recámara donde *Mademoiselle* L. fue hallada. El cadáver de la joven dama estaba muy magullado y tenía excoriaciones. El hecho de que hubiera sido encastrado dentro de la chimenea daba cuenta suficientemente para tales apariencias. La garganta estaba totalmente excoriada. Había varios rasguños profundos justo bajo el mentón, junto con una serie de manchas lívidas que evidentemente eran la impresión de unos dedos. El rostro estaba espantosamente descolorido, y los ojos salidos de sus órbitas. La lengua estaba parcialmente mordida. Un gran golpe se descubrió sobre la boca del estómago, producido, aparentemente, por la presión de una rodilla. En opinión del M. Dumas, *Mademoiselle* L’Espanaye había



sido estrangulada hasta morir por alguna persona o personas desconocidas. El cadáver de la madre estaba horriblemente mutilado. Todos los huesos de la pierna y el brazo derechos estaban más o menos astillados. La tibia izquierda totalmente fracturada, como todas las costillas del lado izquierdo. El cuerpo entero, espantosamente magullado y descolorido. No era posible decir cómo se habían producido las heridas. Un pesado garrote de madera, o una barra ancha de hierro, una silla, cualquier arma grande, pesada y obtusa, hubiera producido tales resultados, si la empuñaran las manos de un hombre muy fuerte. Ninguna mujer pudo haber infligido tales golpes con ningún arma. La cabeza de la fallecida, cuando fue vista por el testigo, estaba totalmente separada del cuerpo, y también estaba bastante astillada. La garganta evidentemente había sido cortada con un instrumento muy filoso, probablemente con una navaja de afeitar.

“*Alexandre Etienne*, cirujano, fue llamado con M. Dumas para ver los cuerpos. Corroboró el testimonio y las opiniones de M. Dumas.

“Nada más de importancia trascendió, aunque varias personas fueron interrogadas. Un asesinato tan misterioso, y tan aturridor en todos sus detalles, nunca antes se había cometido en París, si es que se ha cometido un asesinato. La policía está totalmente perpleja, un suceso inusual en casos de esta naturaleza. Sin embargo, no existe ni la sombra aparente de una pista.”

La edición vespertina del periódico decía que todavía continuaba la mayor de las excitaciones en *quartier* St. Roch, los alrededores habían sido registrados otra vez, y se habían dispuesto nuevas interrogaciones de testigos, pero todo inútilmente. Sin embargo, una noticia de último momento mencionaba que Adolphe Le Bon había sido arrestado y encarcelado, aunque nada parecía incriminarlo, además de los hechos ya detallados.



Dupin parecía singularmente interesado en el curso de este caso; al menos así lo juzgué por su actitud, porque no hizo comentarios. Sólo después del anuncio de que Le Bon había sido encarcelado, me preguntó mi opinión sobre los asesinatos.

No pude más que estar de acuerdo con todo París al considerarlos un misterio irresoluble. No veía los medios por los cuales fuera posible rastrear al asesino.

—No debemos juzgar los medios —dijo Dupin— por esta caparazón de interrogatorios. La policía parisina, tan loada por su agudeza, es astuta pero nada más. No hay método en sus procedimientos, más que el método del momento. Hacen una gran ostentación de medidas; pero, no con poca frecuencia, éstas están tan mal adaptadas a los objetivos que se proponen, que nos traen a la mente a Monsieur Jourdain pidiendo su *robe-de-chambre, pour mieux entendre la musique*.¹⁴ Los resultados que obtienen no son pocas veces sorprendentes, pero, la mayor parte, los consiguen por simple insistencia y actividad. Cuando estas cualidades son inútiles, sus planes fallan. Vidocq, por ejemplo, fue un buen adivinador, y un hombre perseverante. Pero, como su pensamiento carecía de suficiente educación, se equivocaba continuamente por el excesivo ardor de sus investigaciones. Invalidaba su visión por ponerse demasiado cerca del objeto. Quizás podía ver uno o dos puntos con inusual claridad, pero al hacerlo, necesariamente, perdía la perspectiva del asunto como un todo. Por lo tanto, hay un problema al ser demasiado profundo. La verdad no siempre está en un pozo. De hecho, en lo tocante al más importante conocimiento, creo que ella es invariablemente superficial. La profundidad yace en los valles donde la buscamos y no sobre la cima de las montañas donde la encontramos. Las formas y fuentes

14. *Robe-de-chambre, pour mieux entendre la musique*: 'Bata para oír mejor la música'. Alusión al personaje de *El burgués gentilhomme*, de Molière.



de este tipo de error están bien tipificadas en la contemplación de los cuerpos celestiales. Mirar a una estrella de un vistazo, verla de costado, volteando hacia ella las partes exteriores de la retina (más susceptibles de impresiones tenues de luz que las interiores), es contemplar claramente la estrella, es tener la mejor apreciación de su brillo, un brillo que se opaca en la medida en que volvemos nuestra mirada *plenamente* sobre ella. Un mayor número de rayos caen realmente sobre el ojo en el último caso, pero, en el primero, está la capacidad más refinada para la comprensión. Por una profundidad indebida, aturdimos y debilitamos el pensamiento; e incluso es posible hacer desvanecer a Venus del firmamento con un escrutinio tan sostenido, tan concentrado, o tan directo.

Respecto de estos asesinatos, hagamos algunos interrogatorios nosotros mismos antes de emitir una opinión sobre ellos. Una pesquisa nos dará diversión (yo pensé que ése era un término singular, aplicado así, pero no dije nada) y, además, Le Bon una vez me prestó un servicio por el cual no estoy desagradecido. Iremos a ver el lugar con nuestros propios ojos. Conozco a G., el Prefecto de la Policía, y no habrá dificultad para obtener el permiso necesario.

El permiso se obtuvo, y nos dirigimos enseguida a la calle Morgue. Ésta es una de las miserables vías públicas que median entre la calle Richelieu y la calle St. Roch. Estaba muy avanzada la tarde cuando llegamos allí; porque este barrio está a una gran distancia de nuestra residencia. Prontamente encontramos la casa, porque había todavía muchas personas mirando las ventanas cerradas, con una curiosidad sin objetivo, desde la vereda de enfrente. Era una casa parisina común, con una puerta de entrada, sobre uno de cuyos lados había una caja vidriada con ventana corrediza, indicando un *loge de concierge*.¹⁵ Antes de entrar

15. *Loge de concierge*: Sitio donde se colocan los conserjes o porteros para recibir e interceptar a los visitantes.



recorrimos toda la calle, dimos vuelta por un callejón, y después, otra vez, pasamos por la parte posterior del edificio. Dupin, mientras tanto, examinaba todo el vecindario, tanto como la casa, con una atención minuciosa cuyo objeto me resultaba difícil de adivinar.

Retrocediendo sobre nuestros pasos, ingresamos por el frente de la residencia, llamamos, y después de mostrar nuestras credenciales, nos permitieron entrar los agentes de guardia. Subimos las escaleras hacia la recámara donde el cuerpo de *Mademoiselle* L'Españay había sido encontrado, y donde ambos cadáveres yacían todavía. Los desórdenes de la habitación habían quedado intactos, como es usual. No vi nada más que lo que se había descrito en la *Gazette des Tribunaux*. Dupin examinó todo, sin exceptuar el cuerpo de las víctimas. Luego fuimos a las otras habitaciones y al patio; un gendarme nos acompañó todo el tiempo. El examen nos ocupó hasta que oscureció, momento en el cual partimos. Camino a casa mi compañero se detuvo un momento en la oficina de uno de los periódicos.

He dicho que los caprichos de mi amigo eran múltiples, y que *je les ménageais*¹⁶ —para esta frase no existe un equivalente en nuestro idioma—. Ahora su humor pedía conversar solamente sobre el tema del asesinato hasta el mediodía del día siguiente. Entonces me preguntó, súbitamente, si había observado algo *peculiar* en el escenario de la atrocidad.

Hubo algo en su modo de enfatizar la palabra *peculiar*, que me provocó un estremecimiento, sin saber por qué.

—No, nada *peculiar* —dije—; nada más, al menos, de lo que ambos leímos en el periódico.

—La *Gazette* —replicó— no ha penetrado, me temo, en el horror inusual del caso. Pero desechemos las vanas opiniones de esta publicación. Me parece que este misterio se considera

16. *Je les ménageais*: 'yo les tenía consideración, los toleraba'.





irresoluble, por la misma razón de que debería considerarse de fácil solución. Me refiero al carácter *outré*⁷ de sus rasgos. La policía está confundida por la aparente ausencia de motivo, no del asesinato mismo, sino de la atrocidad del asesinato. También están perplejos por la aparente imposibilidad de conciliar las voces escuchadas en disputa, con el hecho de que nadie fuera descubierto arriba excepto la asesinada *Mademoiselle* L'Espanaye, y de que no había medios de salir sin que lo notara el grupo que estaba subiendo. El desorden salvaje de la habitación, el cadáver encajado, cabeza abajo, en el tubo de la chimenea, la pavorosa mutilación del cuerpo de la anciana..., todas estas consideraciones, que mencioné recién, y otras que no necesito mencionar, han bastado para paralizar las fuerzas de las autoridades, dejando completamente perpleja su loada agudeza. Han caído en el craso pero común error de confundir lo inusual con lo abstruso. Pero es por estas desviaciones del plano de lo ordinario, que la razón guía su camino, si lo hay, en su búsqueda de la verdad. En investigaciones tales como la que estamos realizando, no se debería preguntar tanto “qué ha ocurrido” como “qué ha ocurrido que no haya ocurrido antes”. De hecho, la facilidad con la que llegaré, o he llegado, a la solución de este misterio, está en proporción directa a su aparente irresolubilidad ante los ojos de la policía.

Miré a mi amigo con muda sorpresa.

—Ahora estoy esperando —continuó, mirando hacia la puerta de nuestro departamento— a una persona quien, aunque quizás no sea el perpetrador de estas carnicerías, debe haber estado implicado en alguna medida en su perpetración. Es probable que sea inocente de lo peor de los crímenes cometidos. Confío en que mi suposición sea acertada, porque sobre ella

17. *Outré*: ‘extremado’, ‘extravagante’.



construyo mis expectativas de descifrar todo el enigma. Espero a este hombre aquí, en esta habitación, en cualquier momento. Es cierto que puede no venir, pero lo probable es que lo haga. Si viene, será necesario detenerlo. Aquí hay pistolas; y ambos sabemos cómo usarlas cuando la ocasión lo demanda.

Tomé las pistolas sin saber qué hacía, ni creer lo que escuchaba, mientras Dupin continuaba, como si lo suyo fuera un soliloquio. He hablado ya de su carácter abstraído en tales momentos. Su discurso estaba dirigido a mí; pero su voz, aunque no era alta, tenía esa entonación que comúnmente se emplea para hablarle a alguien que está a gran distancia. Sus ojos, vacíos de expresión, miraban fijamente la pared.

—Que las voces escuchadas en disputa —dijo— por el grupo que subía las escaleras no eran voces de mujer está plenamente probado por los testimonios. Eso nos quita toda duda acerca de que la anciana pudiera haber matado primero a su hija y luego suicidarse. Aclaro este punto en honor al método; porque la fuerza de *Madame L'Españaye* hubiera sido desproporcionada para la tarea de encajar el cadáver de la hija en la chimenea como se lo encontré, y la naturaleza de las heridas sobre su propia persona excluye enteramente la idea de autodestrucción. Por lo tanto, el asesinato ha sido cometido por terceras personas; y las voces de estas terceras personas fueron las que se escucharon en disputa. Ahora, déjame advertirte no sobre todos los testimonios referentes a las voces sino sobre lo que hubo de *peculiar* en esos testimonios. ¿Has observado algo peculiar en ellos?

Señalé que, mientras todos los testigos estaban de acuerdo en suponer que la voz ronca era de un francés, había un gran desacuerdo respecto de la voz penetrante, o, como alguno la había denominado, la voz áspera.

—Ése fue el testimonio mismo —dijo Dupin—, pero no la peculiaridad del testimonio. No has observado nada distintivo,



aunque *hubo algo* para observar. Los testigos, como señalaste, concordaron respecto de la voz ronca; en eso fueron unánimes. Pero respecto de la voz penetrante, la particularidad es, no que estuviesen en desacuerdo, sino que, cuando un italiano, un inglés, un español, un holandés y un francés trataron de describirla, cada uno habló de ella como si fuera de un extranjero. Cada uno estaba seguro de que no era la voz de su propio país. Cada uno la compara, no con la voz de un sujeto de una nación de cuyo lenguaje es conocedor, sino al contrario. El francés supone que es la voz de un español, y “podría haber distinguido algunas palabras *si hubiera estado familiarizado con el español*.” El holandés sostiene que ha sido la voz de un francés; pero nos encontramos con que “*por no entender francés fue interrogado con un intérprete*”. El inglés piensa que la voz es de un alemán, y “*no entiende el alemán*”. El español “*está seguro*” de que es la de un inglés, pero “ *juzga por la entonación*” enteramente, “ *porque no tiene conocimiento del inglés*”. El italiano cree que es la voz de un ruso, pero “ *nunca ha conversado con un nativo de Rusia*”. Por otra parte, un segundo francés difiere con el primero, y está persuadido de que la voz era la de un italiano; *pero no siendo conocedor del idioma*, está, como el español “*convencido por la entonación*”. Ahora bien, ¡qué extrañamente inusual debe haber sido realmente esa voz, para que testimonios como éstos se pudieran haber producido! ¡Una voz en cuyos tonos, siquiera, los ciudadanos de cinco grandes países de Europa no pudieron reconocer nada familiar! Dirás que puede haber sido la voz de un asiático, o de un africano. Ni los asiáticos ni los africanos abundan en París; pero sin negar la inferencia, ahora simplemente te llamaré la atención sobre tres puntos. La voz es denominada por un testigo “*áspera más que penetrante*”. Para otros dos ha sido “*rápida y desigual*”. Ni palabras, ni sonidos que recuerden palabras, fueron distinguidos por ninguno de los testigos.



—No sé —continuó Dupin— qué impresión puede haber hecho hasta ahora en tu entendimiento; pero no vacilo en decir que legítimas deducciones de esta parte de las declaraciones —la parte de las declaraciones respecto de las voces ronca y penetrante— son suficientes para engendrar una sospecha que dé curso al progreso en la investigación del misterio. Dije “legítimas deducciones”, pero así el significado no está plenamente expresado. Quise decir que las deducciones son las *únicas* apropiadas, y que la sospecha emerge *inevitablemente* de ellas como un simple resultado. Simplemente deseo que tengas en mente que, para mí, fue lo suficientemente eficaz para dar forma definitiva, una cierta tendencia, a mis investigaciones en la recámara.

Transportémonos, en la fantasía, a esa recámara. ¿Qué buscaremos primero aquí? Los medios de huída empleados por los asesinos. No es ocioso decir que ninguno de nosotros cree en eventos sobrenaturales. *Madame* y *Mademoiselle* L'Espanaye no fueron destruidas por espíritus. Los ejecutores del hecho eran materiales, y escaparon materialmente. Pero, ¿cómo? Afortunadamente, no hay sino un modo de razonar sobre este punto, y este modo *debe* conducirnos a una decisión definitiva. Examinemos, parte por parte, los posibles medios de huída. Está claro que los asesinos estaban en la habitación donde *Mademoiselle* L'Espanaye fue hallada, o al menos en la habitación contigua, cuando el grupo subía las escaleras. Entonces sólo es en esas dos habitaciones donde tenemos que buscar salidas. La policía ha dejado desnudos los pisos, los cielos rasos y la mampostería de las paredes, en todas las direcciones. Ninguna salida secreta pudo haber escapado a su atención. Pero, sin confiar en *sus* ojos, examiné todo con los míos. No había, entonces, salidas *secretas*. Las dos puertas que conducen de las habitaciones al pasillo estaban cerradas con la llave por dentro. Vayamos hacia las chimeneas. Éstas, aunque son



de la anchura ordinaria de ocho a diez pies sobre los hogares, no admiten, en toda su altura, el cuerpo de un gato grande. La imposibilidad de huida, por los medios ya establecidos, es por lo tanto absoluta, y nos vemos reducidos a las ventanas. Por las del frente de la habitación nadie puede haber escapado sin ser percibido por la multitud de la calle. Los asesinos *deben* haber salido por las ventanas de atrás. Ahora, llegando a esta conclusión del modo inequívoco en el que hemos llegado, no podemos, como razonadores, rechazarla teniendo en cuenta sus aparentes imposibilidades. Sólo nos queda probar que tales “imposibilidades” no son tales, en realidad.

Hay dos ventanas en la recámara. Una de ellas no está obstruida por muebles y es totalmente visible. La parte inferior de la otra está oculta de la vista por la cabecera de la pesada armadura de cama que se apoya sobre ella. La primera se encontró cerrada firmemente por dentro. Resistió los esfuerzos extremos de aquellos que intentaron levantarla. Un gran agujero se había taladrado en la parte izquierda de su bastidor, y se encontró un clavo muy grueso incrustado allí, casi hasta la cabeza. Al examinar la otra ventana, se vio un clavo similar incrustado similarmente, y un intento vigoroso por levantar este bastidor también fracasó. La policía estuvo entonces totalmente segura de que la huida no había sido en esas direcciones. Y, *por lo tanto*, pensó que era algo innecesario sacar los clavos y abrir las ventanas.

Mi propio examen fue algo más particular, y fue así por esa razón que recién he dado; porque, sabía, que debía probar que todas las aparentes imposibilidades no eran tales en realidad.

Procedí a razonar de este modo, *a posteriori*. Los asesinos hicieron su huida por una *de estas ventanas*. Siendo esto así, no pudieron haber cerrado los bastidores desde adentro, como fueron hallados –consideración que detuvo, por su obviedad, el escrutinio de la policía en este tema. Y, sin embargo, los bastidores





estaban cerrados. *Debían*, entonces, tener la posibilidad de cerrarse por sí mismos. No había escapatoria de esta conclusión. Me dirigí hacia la ventana que no estaba obstruida, saqué el clavo con cierta dificultad e intenté levantar el bastidor. Resistió todos mis esfuerzos, como lo había prefigurado. Debía existir, como ahora sé, un resorte oculto; y esta corroboración de mi idea me convenció de que mis premisas, al menos, eran correctas, aunque todavía las circunstancias parecían misteriosas teniendo en cuenta los clavos.

Una búsqueda cuidadosa pronto me hizo descubrir el resorte oculto. Lo presioné y, satisfecho con mi descubrimiento, me abstuve de levantar el bastidor.

Entonces puse nuevamente el clavo y lo observé atentamente. Una persona que saliera por esa ventana podía haberlo cerrado, y el resorte haber funcionado, pero el clavo no podía haberse puesto nuevamente. La conclusión era simple y otra vez encajaba en el campo de mis investigaciones. Los asesinos *debían* haber escapado por la otra ventana. Suponiendo entonces que los resortes en cada ventana fueran los mismos, lo que era probable, *debía* haber una diferencia entre los clavos, o al menos entre las formas de su sostén. Después de levantar la armadura de cama, miré minuciosamente por encima de la cabecera la segunda ventana. Pasando mi mano por detrás de la cabecera, pronto descubrí y presioné el resorte, que era, como lo había supuesto, de carácter idéntico al de su vecino. Entonces miré el clavo. Estaba tan incrustado como el otro, y aparentemente de la misma forma, casi hasta la cabeza.

Dirás que yo estaba perplejo; pero si piensas eso, debes haber malinterpretado la naturaleza de mis inferencias. Para usar una frase deportiva, no había estado ni una vez “en falta”. Ni por un instante había perdido la pista. No había defectos en ningún eslabón de la cadena. Yo había rastreado el secreto has-



ta su último resultado, y ese resultado *era el clavo*. Tenía, como dije, en todo sentido, la apariencia de su compañero de la otra ventana; pero este hecho era absolutamente nulo (conclusivo como parecía ser) cuando lo comparaba con la consideración de que aquí, en este punto, terminaba mi pista. “*Debe haber algo defectuoso en el clavo*”, me decía. Lo toqué y la cabeza, de casi un cuarto de pulgada del asta, cayó entre mis dedos. El resto del asta estaba en el agujero taladrado, donde se había roto. La fractura era vieja (porque sus bordes estaban llenos de herrumbre), y había sido lograda con el golpe de un martillo, que parcialmente había imbuido, en la parte superior del bastidor, la cabeza del clavo. Entonces puse nuevamente la cabeza en la hendidura de donde lo había tomado, y el parecido con un clavo perfecto fue total: la fisura era invisible. Presionando el resorte, gentilmente levanté el bastidor unas pocas pulgadas; la cabeza del clavo subió también, firme en su lugar. Cerré la ventana, y la apariencia del clavo completo fue otra vez perfecta.

El enigma, hasta aquí, estaba ahora descifrado. El asesino había escapado por la ventana que daba a la cama. Bajándose por sí misma después de su huida (o quizás cerrada a propósito), se había cerrado por el resorte; y fue la retención de este resorte lo que había sido malinterpretado por la policía por aquello del clavo, siendo, por eso, considerada innecesaria la investigación.

La siguiente cuestión es el modo de descenso. Sobre este punto yo me había quedado satisfecho con mi caminata contigo alrededor del edificio. Casi a cinco pies y medio de la ventana en cuestión había un cable de pararrayos. Desde este cable hubiera sido imposible para cualquiera alcanzar la ventana, ni hablar de entrar por ella. Sin embargo, observé que las contraventanas del cuarto piso eran de ese tipo peculiar que los carpinteros parisinos llaman *ferrades*, un tipo que apenas se emplea hoy en día, pero que frecuentemente se ve en muchas viejas



mansiones de Lyon y Burdeos. Tienen la forma de una puerta ordinaria (una simple, no una corrediza) pero en la mitad superior están enrejadas o labradas, ofreciendo de esta forma un excelente sostén para las manos. Cuando las vimos desde la parte trasera de la casa, estaban ambas abiertas hasta la mitad, lo que es decir, que estaban en ángulos rectos respecto de la pared. Es probable que la policía, como yo mismo, haya examinado la parte posterior de la habitación; pero, si así fue, al ver estas *ferrades* en la línea de su anchura (como deben haber hecho) no percibieron su gran anchura, o, al menos, no le prestaron la debida consideración. De hecho, habiéndose asegurado de que la huida no pudo haberse efectuado por allí, naturalmente le concederían un examen precipitado.

Sin embargo, estaba claro para mí que la contraventana de la ventana de la cabecera de la cama, si se hubiera abierto del todo, habría estado a casi dos pies del cable de pararrayos. También era evidente que podía haberse efectuado así una entrada en la habitación mediante un esfuerzo de un nivel muy inusual de agilidad y coraje. Al alcanzar una distancia de dos pies y medio (ahora suponemos a la contraventana abierta en toda su extensión) un ladrón podría haber tenido un firme sostén en el enrejado. Dejando entonces su sostén sobre el cable, ubicando sus pies firmemente contra la pared, y saltando atrevidamente de allí, pudo haber empujado la contraventana para que se cerrara, y, si imaginamos la ventana abierta en ese momento, puede incluso haber saltado él mismo dentro de la habitación.

Quiero que tengas en mente especialmente que he hablado de un grado de agilidad muy inusual como requisito para tener éxito en tan arriesgada y difícil hazaña. Es mi propósito mostrarte, primero, que el hecho posiblemente se haya logrado, pero, en segundo lugar y *principalmente*, quiero grabar en tu entendimiento cuán *extraordinaria* agilidad, el extremo carácter sobrenatural de la agilidad que pudo haberlo logrado.



Dirás, sin duda, usando el lenguaje de la ley que “para tener éxito en mi caso”, mejor debería despreciar que insistir sobre la estimación de la agilidad requerida en este asunto. Ésa puede ser la práctica de la ley, pero no es el oficio de la razón. Mi objetivo último es la verdad. Mi propósito inmediato es hacerte yuxtaponer la agilidad muy inusual de la que he hablado, con la tan peculiar voz, penetrante (o áspera) y desigual, sobre cuya nacionalidad ni siquiera dos personas pudieron ponerse de acuerdo, y en cuya pronunciación ningún silabeo pudo detectarse.

Con estas palabras una concepción vaga y a medio formar de lo que Dupin quería decir revoloteó sobre mi mente. Me parecía estar sobre el filo de la comprensión, sin el poder de comprender —como los hombres, a veces, se encuentran en el borde mismo de la remembranza sin ser capaces finalmente de recordar—. Mi amigo continuó con su discurso.

—Verás —dijo— que he trasladado la cuestión del modo de huida al modo de ingreso. Era mi propósito sugerir que ambos fueron efectuados del mismo modo, por el mismo sitio. Ahora volvamos al interior de la habitación. Analicemos las apariencias aquí. Los cajones del *bureau*, se dijo, habían sido saqueados, aunque muchos artículos de ropa todavía quedaban dentro de ellos. Aquí la conclusión es absurda. Es una simple conjetura, muy tonta, y nada más. ¿Cómo sabemos que los artículos encontrados en los cajones no eran todo lo que esos cajones contenían originalmente? *Madame* L’Espanaye y su hija vivían una vida excesivamente retirada, no veían a nadie, rara vez salían, tenían poca ocasión para numerosos cambios de ropa. Aquellas que se encontraron eran al menos de tan buena calidad como cualquiera que poseyeran estas damas. Si un ladrón hubiera tomado algo, ¿por qué no tomaría lo mejor, por qué no tomaría todo? En una palabra, ¿por qué abandonó cuatro mil francos en oro para cargar un atado de ropa blanca? Casi la suma total



mencionada por *Monsieur* Mignaud, el banquero, *fue* hallada, dentro de bolsas, en el piso. Por lo tanto, quisiera descartar de tus pensamientos la idea desatinada del motivo, engendrada en los cerebros de la policía por esa parte de los testimonios que hablan de dinero entregado en la puerta de la casa. Coincidencias diez veces más notables que ésta (la entrega de dinero, y el asesinato cometido tres días después de haberlo recibido) nos suceden a cada instante de nuestras vidas, sin atraer siquiera una atención momentánea. En general, las coincidencias son grandes obstáculos en el camino de esa clase de pensadores que han sido educados para no saber nada de la teoría de las probabilidades: esa teoría con la cual los más gloriosos objetos de la investigación humana están endeudados por lo más glorioso del conocimiento. En la instancia presente, si el oro hubiera desaparecido, el hecho de su entrega tres días antes habría sido más que una coincidencia. Hubiera corroborado la idea del motivo. Pero, bajo las circunstancias reales del caso, si suponemos que el oro es el motivo de este ultraje, debemos imaginar que el perpetrador era tan vacilante como idiota para abandonar el oro y el motivo juntos.

Teniendo presentes en la mente los puntos sobre los que he llamado tu atención —esa voz peculiar, esa agilidad inusual, y la asombrosa ausencia de motivo en un asesinato tan singularmente atroz como éste—, contemplemos ahora la carnicería misma. Aquí hay una mujer estrangulada hasta morir por fuerza manual y encajada en una chimenea cabeza abajo. Los asesinatos ordinarios no emplean estos modos de asesinato. Menos aun, se deshacen así de sus víctimas. En el modo de encajar el cuerpo en la chimenea, admitirás que hay algo *excesivamente outré*, algo totalmente irreconciliable con nuestras nociones comunes de la acción humana, incluso si pensamos en los autores de las depravaciones humanas mayores. Piensa también



qué grande debió haber sido la fuerza que encajó *hacia arriba* el cuerpo en la chimenea en una apertura tan forzada, ¡que el vigor conjunto de varias personas fue apenas suficiente para arrastrarlo hacia abajo!

Vayamos ahora a las otras indicaciones del empleo de un vigor extremadamente maravilloso. Sobre el hogar había tres mechones grises –mechones muy gruesos–, de cabello humano. Éstos habían sido arrancados desde las raíces. Estás enterado de la gran fuerza que se necesita para arrancar de ese modo incluso veinte o treinta cabellos juntos. Viste los cabellos tan bien como yo. Sus raíces (¡una visión espantosa!) estaban engrumecidas con pedazos de carne del cuero cabelludo: una muestra certera de una fuerza prodigiosa que ha estado ejercitada en arrancar de raíz quizás medio millón de cabellos a la vez. La garganta de la anciana no estaba simplemente cortada, sino que la cabeza estaba absolutamente separada del cuerpo: el instrumento usado fue una simple navaja de afeitar. Quisiera también que miraras la ferocidad *brutal* de estos hechos. De los golpes sobre el cuerpo de *Madame L'Espanaye* ni hablo. *Monsieur Dumas* y su digno ayudante, *Monsieur Etienne*, han manifestado que fueron infligidas por algún instrumento obtuso: y hasta aquí estos caballeros tenían razón. El instrumento obtuso claramente fue el pavimento de piedra del patio, sobre el cual la víctima ha caído desde la ventana que está detrás de la cama. Esta idea, aunque puede parecer simple, se le escapó a la policía por la misma razón que la anchura de las contraventanas se le escapó; porque, por el asunto de los clavos, sus percepciones se habían sellado herméticamente a la posibilidad de que las ventanas se hubiesen abierto alguna vez.

Si ahora, además de todo esto, has reflexionado apropiadamente sobre el desorden de la recámara, hemos llegado al punto de combinar las ideas de una agilidad sorprendente, una fuerza



sobrehumana, una ferocidad brutal, una carnicería sin motivo, un *grotesquerie*¹⁸ de un horror absolutamente ajeno a la humanidad, y una voz de tono extranjero para los oídos de hombres de muchas naciones, y desprovista de cualquier silabeo distinguible o inteligible. ¿Qué resultado se ha producido entonces? ¿Qué impresión he causado en tu imaginación?

Sentí pavor en mi carne cuando Dupin me hizo la pregunta.

—Un loco —dije— ha cometido el hecho, algún demente furibundo, escapado de alguna vecina *Maison de Santé*.¹⁹

—En algunos aspectos —respondió—, tu idea no es irrelevante. Pero las voces de los locos, incluso en sus más salvajes paroxismos, nunca son como esa voz peculiar escuchada en las escaleras. Los locos de todas las naciones, y su lenguaje, aunque incoherente en sus palabras, tienen siempre la coherencia del silabeo.

Además, el pelo de un loco no es como el que ahora tengo en mi mano. Desencajé este pequeño mechón de los dedos rígidamente apretados de *Madame* de L'Españaye. Dime qué puedes pensar sobre esto.

—¡Dupin! —dije completamente enervado—. Este pelo es de lo más inusual: éste no es cabello *humano*.

—No he afirmado que lo fuera —dijo—; pero, antes de que decidamos sobre este punto, quisiera que vieras un pequeño boceto que he trazado sobre este papel. Es un dibujo facsímil de lo que se ha descrito en una parte de los testimonios como “magulladuras oscuras, y mellas profundas de uñas”, sobre la garganta de *Mademoiselle* L'Españaye, y en otro (el de los señores Dumas y Etienne) como “una serie de manchas lívidas que evidentemente eran la impresión de unos dedos”.

18. *Grotesquerie*: ‘Acto grotesco’.

19. *Maison de Santé*: ‘Casa de salud’, ‘manicomio’.





—Percibirás —continuó mi amigo, desplegando el papel sobre la mesa que estaba ante nosotros— que este dibujo da la idea de un firme y poderoso sostén. No hay *deslizamiento* aparente. Cada dedo ha mantenido, posiblemente hasta la muerte de la víctima, la temible presión de la cual originalmente estaba imbuida. Intenta ahora poner todos tus dedos, al mismo tiempo, en las respectivas impresiones, tal como las ves.

Yo hice el intento en vano.

—Puede ser que no nos sirva como prueba certera —dijo—. El papel está extendido sobre una superficie plana; pero la garganta humana es cilíndrica. Aquí hay un leño de madera, cuya circunferencia es casi como la de una garganta. Rodéalo con el dibujo, y hagamos la prueba otra vez.

Lo hice, pero la dificultad fue más obvia que antes.

—Ésta —dije— no es la huella de una mano humana.

—Lee ahora —replicó Dupin— este pasaje de Cuvier.

Era un informe minuciosamente anatómico y generalmente descriptivo del gran orangután leonado de las Islas Índicas Orientales. La estatura gigantesca, la fuerza y la agilidad prodigiosa, la ferocidad salvaje, y las tendencias imitadoras de estos mamíferos son bastante conocidas para todos. Comprendí plenamente los horrores del asesinato enseguida.

—La descripción de los dedos —dije, cuando terminé de leer— están en plena concordancia con este dibujo. Veo que ningún animal sino un orangután, de la especie mencionada aquí, pudo haber dejado impresas las huellas como las has trazado. Este mechón de pelo leonado es idéntico también en su apariencia al de la bestia de Cuvier. Pero posiblemente no pueda yo comprender los detalles de este pavoroso misterio. Además hubo *dos* voces escuchadas en disputa, y una de ellas fue incuestionablemente la voz de un francés.

—Es verdad; y recordarás una expresión atribuida casi unáni-



memente, por los testimonios, a esta voz: la expresión “*mon Dieu!*”. Esto, en tales circunstancias, se caracterizó justamente por uno de los testigos (Montani, el repostero) como una expresión de protesta o convencimiento. Por lo tanto, principalmente sobre estas dos palabras, he construido mis esperanzas de una plena solución del enigma. Un francés está informado sobre el asesinato. Es posible –en verdad es más que probable– que sea inocente de toda participación en los hechos sangrientos que ocurrieron. El orangután pudo haberse escapado. Pudo haberlo seguido hasta esa recámara; pero, en las agitadas circunstancias que se producían, no pudo capturarlo nuevamente. Está todavía suelto. No proseguiré con estas conjeturas –porque no tengo derecho a llamarlas de otro modo– porque las sombras de la reflexión sobre la cual están basadas son apenas de una profundidad suficiente para ser apreciadas por mi propio intelecto, y porque no puedo pretender hacerlas inteligibles al entendimiento de otro. Las llamaremos conjeturas, entonces, y hablaremos así de ellas. Si el francés en cuestión es verdaderamente inocente, como yo supongo, de estas atrocidades, este anuncio que dejé anoche, cuando volvíamos a casa, en la oficina de *Le Monde* (un periódico dedicado a los intereses marítimos y mayormente leído por marineros) lo traerá a nuestra residencia.

Me entregó un papel y leí lo siguiente:

CAPTURA. —En el Bois de Boulogne, temprano en la mañana del día... del mes en curso (la mañana de los asesinatos), se encontró un gran orangután leonado de la especie de Borneo. El propietario (que se sabe que es un marino de un navío maltés) puede recobrar el animal si se identifica satisfactoriamente y paga los pocos gastos ocasionados por su captura y manutención. Dirigirse al N.º..., de la calle..., Faubourg St. Germain, tercer piso.





—¿Cómo fue posible —pregunté— que supieras que el hombre era un marinero, y pertenecía a un navío maltés?

—No lo sé —dijo Dupin—. No estoy seguro de eso. Sin embargo, aquí hay un pedazo de cinta, que por su forma, y su grasienta apariencia, evidentemente ha sido usado para atar el cabello en esas largas *queues*,²⁰ a las que los marineros son tan aficionados. Además, este nudo es de éstos que casi únicamente saben hacer los marineros, y en particular los malteses. Tomé esta cinta al pie del cable de pararrayos. No puede haber pertenecido a ninguna de las fallecidas. Ahora bien, si, después de todo, estoy equivocado al inferir por esta cinta que el francés era un marinero de un navío maltés, al menos no pude haber hecho daño diciendo lo que dije en el anuncio. Si estoy en un error, simplemente supondrá que me he despistado por alguna circunstancia que no se tomará el trabajo de indagar. Pero si tengo razón, un gran punto se gana. Informado aunque inocente del asesinato, el francés naturalmente dudará entre contestar el anuncio, y reclamar el orangután. Razonará así: “Soy inocente, soy pobre, mi orangután es de gran valor, una fortuna para cualquiera en mi situación, ¿por qué perderlo por vanas aprensiones de peligro? Aquí está, a mi alcance. Fue hallado en el Bois de Boulogne, a una vasta distancia del escenario de esa carnicería. ¿Cómo se puede sospechar que una bestia bruta haya cometido el hecho? La policía está perpleja. No han conseguido obtener la más leve pista. Si siguieran incluso el rastro de animal, sería imposible probar mi conocimiento sobre el asesinato, o implicarme como culpable habida cuenta de conocerlo. Ante todo, *me conocen*. El anunciante me señala como dueño de la bestia. No estoy seguro hasta dónde pueda extenderse su conocimiento. Si evito reclamar una propiedad de valor tan grande, que se sabe que poseo, dejaré al animal, al menos, expuesto a

20. *Queues*: ‘cola’.



sospechas. No sería prudente de mi parte atraer la atención ni sobre mí ni sobre el animal. Contestaré el anuncio, obtendré el orangután y lo encerraré hasta que este asunto se haya olvidado”.

En ese momento escuchamos pisadas en la escalera.

—Estáte preparado —dijo Dupin— con tus pistolas, pero no las uses ni las muestres hasta que dé una señal.

La puerta del frente de la casa se había dejado abierta y el visitante había entrado, sin tocar, y avanzado varios pasos por la escalera. Sin embargo, parecía dudar. Ahora lo escuchábamos descender. Dupin estaba yendo rápidamente hacia la puerta, cuando nuevamente lo escuchamos subir. No retrocedió por segunda vez, sino que subía con decisión y golpeó en la puerta de nuestra recámara.

—Entre —dijo Dupin, con un tono alegre y cordial.

Un hombre entró. Era un marinero, evidentemente: una persona alta, firme, musculosa, con cierta expresión atrevida en el semblante, no poco insinuante. Su rostro, muy curtido, estaba medio oculto por patillas y bigote. Llevaba consigo un inmenso bastón de roble, pero por lo demás parecía desarmado. Hizo una torpe reverencia y nos murmuró “Buenas tardes” con un acento francés, que aunque algo suizo, era suficientemente indicativo de su origen parisino.

—Siéntese, amigo —dijo Dupin—. Supongo que ha venido por el orangután. Bajo palabra, casi le envidio tal posesión; un animal notablemente fino y sin duda muy valioso. ¿Cuántos años supone que tiene?

El marinero dio un hondo suspiro, con el aire de un hombre liberado de alguna carga intolerable, y luego replicó, con un tono firme:

—No tengo forma de decirlo con precisión, pero no tiene más que cuatro o cinco años. ¿Lo tiene aquí?

—Oh, no; no teníamos comodidades para albergarlo aquí.



Está en un establo de alquiler en la calle Dubourg, muy cerca. Puede retirarlo en la mañana. Por supuesto, está preparado para identificarse como el propietario, ¿no?

—Esté seguro, señor.

—Lamentaré alejarme de él —dijo Dupin.

—No pretendo que haya tenido todo este problema por nada, señor —dijo el hombre—. No podría esperar eso. Estoy muy dispuesto a pagar una recompensa por el hallazgo del animal, es decir, algo razonable.

—Bien —respondió mi amigo—, todo está muy bien, seguro. ¡Déjeme pensar! ¿Qué cosa querría? ¡Oh! Se lo diré. Mi recompensa será ésta. Usted me dará toda la información que tiene en su poder sobre esos asesinatos en la calle Morgue.

Dupin dijo las últimas palabras en un tono muy bajo, y muy calmadamente. Tan calmadamente como caminó hacia la puerta, la cerró, y se puso la llave en el bolsillo. Luego sacó una pistola de su pecho y la puso, sin la menor agitación, sobre la mesa.

El rostro del marinero enrojeció como si se estuviera asfixiando. Se puso de pie y tomó su bastón; pero enseguida volvió a su asiento, temblando violentamente, y con el semblante mismo de la muerte. No dijo una palabra. Tuve piedad de él desde el fondo de mi corazón.

—Amigo mío —dijo Dupin, con un tono amable—, se está alarmando innecesariamente, de verdad. No queremos dañarlo de ningún modo. Le doy mi palabra de caballero y de francés que no intentamos perjudicarlo. Sé perfectamente bien que usted es inocente de las atrocidades de la calle Morgue. Sin embargo, no puede negarse que, en alguna medida, está implicado en ellas. De lo que he dicho ya, debe saber que he tenido medios de información sobre este asunto, medios que nunca pudo usted haber imaginado. Ahora la cosa es así. Usted no ha hecho nada que pueda haber evitado, nada, por cierto,



que lo convierta en culpable. Ni siquiera fue culpable de robo, cuando pudo haber robado con impunidad. No tiene nada que ocultar. No tiene razón para ocultar. Y por otro lado, está obligado por principios de honor a confesar todo lo que sabe. Un hombre inocente ahora está preso, acusado de ese crimen del cual usted puede señalar al autor.

El marinero había recobrado su actitud, en gran medida, mientras Dupin pronunciaba estas palabras; pero su osadía original se había ido.

—¡Que Dios me ayude! —dijo, después de una pausa breve—. Le diré todo lo que sé sobre este asunto; pero no espero que me crea ni la mitad de lo que diga. Sería un iluso si esperara eso. Con todo, *soy* inocente, y tendré el corazón limpio si muero por esto.

Lo que dijo fue, en sustancia, esto. Últimamente él había hecho un viaje al archipiélago índico. Un grupo, del cual formaba parte, desembarcó en Borneo, y se internó en una excursión de placer. Él y un compañero habían capturado al orangután. Habiendo muerto su compañero, el animal pasó a ser de su exclusiva propiedad. Después de grandes dificultades, ocasionadas por la ferocidad incontrolable del cautivo durante el viaje de regreso, finalmente logró encerrarlo con medidas de seguridad en su propia residencia en París, donde para no atraer la desagradable curiosidad de los vecinos, lo mantuvo cuidadosamente recluido, hasta el momento en que se recobraría de una herida en el pie, producida por una astilla a bordo del barco. Su plan posterior era venderlo.

Volviendo a casa de una jarana de marineros en la noche, o casi en la mañana, del asesinato, encontró a la bestia ocupando su propia habitación, en la cual había entrado desde un gabinete adyacente, donde había estado, según pensaba, encerrado con seguridad. Con una navaja de afeitar en la mano, y



totalmente enjabonado, estaba sentado ante un espejo, intentando la operación de rasurarse, la cual sin duda había observado en su amo previamente por el agujero del gabinete. Aterrorizado al ver un arma tan peligrosa en posesión de un animal tan feroz, y tan capaz de usarla, el hombre, por unos momentos, no supo qué hacer. Sin embargo, se había habituado a tranquilizar a la criatura, incluso en sus peores humores, con el uso de un látigo, y a eso recurrió entonces. Al verlo, el orangután saltó de pronto hacia la puerta de la recámara, bajó las escaleras, y luego, por una ventana desafortunadamente abierta, salió a la calle.

El francés lo siguió desesperado; el simio, todavía con la navaja de afeitar en la mano, cada tanto se detenía para mirar hacia atrás y gesticular a su perseguidor, hasta que este último casi lo alcanzaba. Entonces escapaba nuevamente. La persecución continuó así por mucho tiempo. Las calles estaban totalmente calmas, porque eran casi las tres en punto de la mañana. Al pasar por el callejón posterior a la calle Morgue, la atención del fugitivo fue atrapada por una luz que brillaba en la ventana abierta de la recámara de *Madame* L'Espanaye, en el cuarto piso de su casa. Precipitándose hacia el edificio, percibió el cable de pararrayos, trepó con una agilidad inconcebible, se sostuvo de la contraventana, que estaba totalmente abierta contra la pared, y, por estos medios, saltó directamente a la cabecera de la cama. Toda la hazaña no duró ni un minuto. El orangután había dejado abierta nuevamente la contraventana cuando entró en la habitación.

El marinero, mientras tanto, estaba tan perplejo como regocijado. Tenía firmes esperanzas de recuperar ahora a la bestia, porque no podría escapar de la trampa en la que se había aventurado, excepto por el cable, donde sería interceptado cuando bajara. Por otro lado, existían muchas razones para angustiarse por lo que pudiera hacer en la casa. Esta última reflexión instó al



hombre a continuar persiguiendo al fugitivo. Un cable de pararrayos se asciende sin dificultad, especialmente por un marinero; pero cuando llegó a la altura de la ventana, que estaba bastante lejos, a su izquierda, su carrera se detuvo; lo máximo que pudo lograr fue estirarse como para dar un vistazo al interior de la habitación. Con este vistazo casi se cayó por el exceso de horror. Entonces fue cuando se alzaron en la noche esos alaridos terroríficos, que habían despertado del sueño a los vecinos de la calle Morgue. *Madame* L'Espanaye y su hija, vestidas con sus ropas de noche, aparentemente habían estado arreglando ciertos papeles en la caja de hierro ya mencionada, que había sido transportada al centro de la habitación. Estaba abierta y sus contenidos yacían junto a ella en el piso. Las víctimas debieron haber estado sentadas de espaldas a la ventana; y por el tiempo transcurrido entre el ingreso de la bestia y los alaridos, es probable que ésta no fuera percibida inmediatamente. El golpeteo de la contraventana naturalmente se habría atribuido al viento.

Cuando el marinero miró hacia el interior del cuarto, el gigantesco animal había tomado a *Madame* L'Espanaye por el cabello (que estaba suelto, porque habría estado peinándose), y estaba blandiendo la navaja de afeitar sobre su rostro, imitando los movimientos de un barbero. La hija yacía postrada e inmóvil: se había desmayado. Los gritos y forcejeos de la anciana (durante los cuales sus cabellos fueron arrancados del cuero cabelludo) tuvieron el efecto de cambiar los posibles propósitos pacíficos del orangután en cólera. Con un resuelto movimiento de su brazo musculoso casi arrancó la cabeza del cuerpo. La visión de la sangre inflamó su ira hasta el frenesí. Rechinando los dientes y despidiendo fuego por los ojos, se lanzó sobre el cuerpo de la chica y hundió sus temibles garras en su garganta, manteniéndolas firmes hasta que ella expiró. Sus miradas salvajes y errantes cayeron en ese momento sobre la cabecera de la cama, sobre la



cual el rostro de su amo, rígido por el horror, era apenas discernible. La furia de la bestia, quien sin duda todavía conservaba en mente el espantoso látigo, se convirtió instantáneamente en miedo. Consciente de que merecía un castigo, parecía deseoso de ocultar sus hechos sangrientos, y saltó por la recámara con un ataque de agitación nerviosa, tirando y rompiendo los muebles mientras se movía, y sacando la cama de su armadura. Finalmente, tomó primero el cadáver de la hija, y lo encajó en la chimenea, como fue hallado; luego el de la anciana, que inmediatamente arrojó de cabeza por la ventana.

Cuando el simio se aproximó a la ventana con su carga mutilada, el marinero descendió por el cable, y resbalándose mientras bajaba, se fue corriendo a su casa, temiendo las consecuencias de la carnicería, y olvidando en su terror todo reclamo por el destino del orangután. Las palabras escuchadas por el grupo en la escalera fueron las exclamaciones de horror y terror del francés, combinadas con los gruñidos demoníacos de la bestia.

Tengo apenas algo para agregar. El orangután debe haber escapado de la recámara, por el cable, justo antes de que se derribara la puerta. Debió haber cerrado la ventana cuando salía por ella. Tiempo después fue capturado por su propio dueño, que obtuvo una gran suma en el *Jardin des Plantes*.²¹ Le Bon fue instantáneamente liberado, después de nuestra narración de las circunstancias (con algún comentario de Dupin) en el *bureau* del Prefecto de Policía. Este funcionario, aunque bien dispuesto hacia mi amigo, no pudo ocultar su disgusto por el vuelco que el asunto había tomado, y se resignó a permitirse uno o dos sarcasmos, sobre lo apropiado de que cada persona se metiera en sus propios asuntos.

21. *Jardin des Plantes*: zoológico de París.



—Dejémoslo hablar —dijo Dupin, que no había creído necesario responder—. Déjalo dar discursos; así descargará su conciencia. Estoy satisfecho de haberlo derrotado en su propio terreno. No obstante, que haya fracasado en la solución de este misterio, de ningún modo es un motivo de asombro como él supone; porque, en verdad, nuestro amigo el Prefecto es demasiado astuto para ser profundo. En su sabiduría no hay estambre. Es todo cabeza y no tiene cuerpo, como las pinturas de la diosa Laverna, o, mejor, todo cabeza y hombros, como un bacalao. Pero es un buen hombre después de todo. Me gusta especialmente por un truco maestro que le ha otorgado su reputación de ingenioso. Me refiero a la forma que tiene *de nier ce qui est, et d'expliquer ce qui n'est pas*.²²

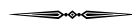


22. “De negar lo que existe y explicar lo que no existe”. Cita de Rousseau, de *Nueva Heloísa*.





LA CARTA ROBADA



*Nil sapientiae odiosius acumine nimio.*¹

Séneca

En París, justo después de una oscura tarde borrasca del otoño de 18, estaba yo disfrutando el lujo doble de la meditación y de una pipa de espuma de mar, en compañía de mi amigo C. Auguste Dupin, en su pequeña biblioteca posterior, o gabinete de libros, *au troisième, N° 33, Rue Dunôt, Faubourg St Germain*.² Al menos durante una hora habíamos mantenido un profundo silencio; cada uno, para un observador casual, podría haber parecido ocupado exclusiva y atentamente en los remolinos rizados de humo que oprimían la atmósfera de la recámara. Por mi parte, sin embargo, estaba discutiendo mentalmente ciertos tópicos que habían sido motivo de conversación entre nosotros más temprano aquella tarde; me refiero al asunto de la *Rue Morgue*, y al misterio relativo al asesinato de Marie Rogêt. Por lo tanto, consideré como una suerte de coincidencia, cuando la puerta de nuestro departamento se abrió y permitió la entrada de nuestro antiguo conocido, Monsieur G., el prefecto de la policía de París.

1. “Nada es a la inteligencia odioso como la astucia extrema.”

2. En el tercer (piso), del N° 33, de la calle Dunôt, en el suburbio de Saint Germain.



Le dimos una bienvenida cordial; porque había tanto de divertido como de despreciable en el hombre, y no lo habíamos visto por muchos años. Habíamos estado sentados en la oscuridad, y ahora Dupin se levantó con el propósito de encender una lámpara, pero se sentó otra vez, sin hacerlo, cuando G. dijo que había venido para consultarnos, o mejor para pedir la opinión de mi amigo, sobre un asunto oficial que había ocasionado una gran cantidad de problemas.

—Si es cualquier caso que requiera reflexión —observó Dupin, cuando se abstuvo de encender la mecha—, lo examinaremos mejor en la oscuridad.

—Ésa es otra de sus nociones singulares —dijo el prefecto, quien tenía el estilo de llamar “singular” a todo aquello que estuviera más allá de su comprensión, y de este modo vivía en medio de una legión absoluta de singularidades.

—Muy cierto —dijo Dupin, mientras le ofrecía una pipa al visitante y hacía rodar hacia él una silla confortable.

—¿Y cuál es la dificultad ahora? —pregunté—. Espero que nada más acerca de asesinatos.

—Oh, no. Nada de esa naturaleza. El hecho, el asunto es verdaderamente muy simple, y no tengo dudas de que podemos manejarlo nosotros mismos suficientemente bien; pero pensé que a Dupin le gustaría escuchar los detalles, porque es excesivamente *singular*.

—Simple y singular —dijo Dupin.

—Sí; y tampoco exactamente así. El hecho es que hemos estado bastante enredados porque el asunto es tan simple, y aun así nos desconcierta totalmente.

—Quizás es la gran simplicidad de la cosa lo que los deja perplejos —dijo mi amigo.

—¿Qué insensatez dice? —replicó el prefecto, riéndose cordialmente.



—Quizás el misterio es un poco *demasiado* simple —dijo Dupin.

—¡Oh, santo cielo! ¿Quién ha escuchado jamás una idea como ésa?

—Un poco *demasiado* evidente.

—¡Ja, ja, ja! —rugió nuestro visitante, profundamente divertido—. ¡Oh, Dupin, usted acabará por hacerme morir de risa!

—Y, después de todo, ¿cuál es el asunto presente? —pregunté.

—Sí, se los diré —replicó el prefecto, mientras daba una bocanada larga, formal y contemplativa y se instalaba en una silla—. Se los diré en pocas palabras; pero, antes de que comience, permítanme prevenirlos acerca de que éste es un asunto que requiere la mayor discreción, y que muy probablemente perdería la posición que ahora tengo, si se sabe que lo confié a alguien.

—Prosiga —dije.

—O no —dijo Dupin.

—Entonces, bien; he recibido información personal, por alguien que ocupa un altísimo puesto, sobre que cierto documento de extrema importancia ha sido robado de las habitaciones reales. Se sabe quién lo robó; esto más allá de toda duda; él fue visto tomándolo. Se sabe, también, que todavía lo retiene en su posesión.

—¿Cómo se sabe? —preguntó Dupin.

—Se infiere claramente —replicó el prefecto— de la naturaleza del documento, y de la no aparición de ciertos resultados que enseguida hubieran surgido de su tránsito fuera de la *posesión* del ladrón; es decir, de su empleo con el fin que él debe calcular.

—Sea un poco más explícito —dije.

—Bueno, puedo arriesgarme diciendo tanto como que el papel da a su poseedor un cierto poder en cierta región donde tal poder es inmensamente valorado.



El prefecto era aficionado a la jerga de la diplomacia.

—Todavía no comprendo completamente —dijo Dupin.

—¿No? Bien; la revelación del documento a una tercera persona, que estará innominada, pondría en cuestión el honor de un personaje del rango más excelso; y este hecho da al poseedor del documento un influjo sobre el personaje ilustre cuyo honor y paz están tan expuestos.

—Pero este influjo —intervine— dependerá de que el ladrón supiera que dicho personaje lo conoce como tal ¿Y quién se atrevería...?

—El ladrón —dijo G.— es el ministro D., quien se atreve a todas las cosas, aquellas indignas como dignas de un hombre. El método del robo fue tan ingenioso como osado. El documento en cuestión —una carta, para ser francos— había sido recibido por la persona robada mientras estaba sola en el *boudoir*³ real. Durante su lectura ella fue súbitamente interrumpida por la entrada de otro personaje excelso de quien especialmente era su deseo ocultarla. Después de un esfuerzo vano y presuroso de meterla en un cajón, se vio forzada a colocarla, abierta como estaba sobre una mesa. Sin embargo, el domicilio estaba hacia arriba y de este modo, ocultos los contenidos, la carta no fue advertida. En este momento entra el ministro D. Su ojo de lince inmediatamente percibe el papel, reconoce la caligrafía del domicilio, observa la confusión del personaje a quien se dirigía, y desentraña su secreto. Después de tratar algunos asuntos, presuroso según sus modales habituales, él exhibe una carta de algún modo similar a la que estaba en cuestión, la abre, simula leerla, y luego la coloca íntimamente yuxtapuesta a la otra. Otra vez conversa, por unos quince minutos, sobre los asuntos públicos. Finalmente, al irse, también toma de la mesa la carta sobre la cual no tenía derecho. Su pro-

3. *Boudoir*: 'tocador' .



pietario correcto lo vio, pero, por supuesto, no se atrevió a llamar la atención sobre este acto, en presencia del tercer personaje que estaba parado muy cerca. El ministro huyó; dejando su propia carta —una sin importancia— sobre la mesa.

—Aquí, entonces —me dijo Dupin a mí— ahí tienes lo que se requería para que el dominio del ladrón fuera completo: éste sabe que la persona robada lo conoce como el ladrón.

—Sí —replicó el prefecto— y el poder así obtenido, ha sido manejado, durante unos meses, para propósitos políticos, hasta un límite muy peligroso. El personaje robado está cada día más cabalmente convencido de la necesidad de reclamar su carta. Pero esto, por supuesto, no puede ser hecho abiertamente. En resumen, conducido a la desesperación, él me ha encomendado el asunto.

—Supongo —dijo Dupin, entre un remolino perfecto de humo— que no podría desearse, o imaginarse incluso, un agente más sagaz.

—Me adula usted —replicó el prefecto— pero es posible que algo de tal opinión pueda haber sido tomado en cuenta.

—Está claro —dije— como observó usted, que la carta está todavía en posesión del ministro, desde que esta posesión y el no empleo de la carta es lo que le confiere poder. Con su empleo el poder desaparece.

—Es verdad —dijo G.— y procedí sobre esta convicción. Mi primera precaución fue hacer una búsqueda completa en el hotel del ministro; y aquí mi perturbación principal consistió en la necesidad de buscar sin su conocimiento. Más allá de todas las cosas, yo estaba prevenido del peligro que ocasionaría darle razón para que sospechase nuestro plan.

—Pero —dije— usted está completamente *au fait*⁴ de estas investigaciones. La policía parisina a menudo ha hecho estas cosas antes.

4. *Au fait*: 'al tanto', 'al respecto'.



—Oh, sí; y por esta razón no desesperé. Los hábitos del ministro me dieron, también, una gran ventaja. Él frecuentemente está ausente de su casa durante toda la noche. Sus sirvientes de ningún modo son numerosos. Duermen a bastante distancia de la habitación principal, y al ser mayoritariamente napolitanos, prontamente se ponen ebrios. Yo tengo llaves, como ustedes saben, con las que puedo abrir cada recámara o gabinete de París. Durante tres meses no ha pasado una noche sin que me dedicara personalmente a registrar el hotel de D. Mi honor está involucrado, y para mencionar un gran secreto, la recompensa es enorme. Así que no abandoné la búsqueda hasta que estuve completamente seguro de que el ladrón era un hombre más astuto que yo. Supongo que he investigado cada escondrijo y rincón de las dependencias en las cuales era posible que el papel estuviera oculto.

—Pero, ¿no es posible —sugerí— que, aunque la carta pueda estar en posesión del ministro, como lo está incuestionablemente, él pueda haberla ocultado en algún otro sitio además de sus propias dependencias?

—Eso es escasamente posible —dijo Dupin—. La peculiar condición presente de los asuntos de la corte, y especialmente de aquellas intrigas en las que se sabe que D. está envuelto, exigiría la inmediata disponibilidad del documento y que pueda ser exhibido en cualquier momento; esto último es tan importante como el hecho mismo de su posesión.

—¿Que el documento pueda ser exhibido? —dije.

—Es decir, que pueda ser *destrozado* —dijo Dupin.

—Es verdad —observé—. El papel está claramente en las dependencias. Respecto de que esté con la persona del ministro, podemos considerar que está fuera de la cuestión.

—Completamente —dijo el prefecto—. Él ha sido dos veces acechado, como por asaltantes, y su persona fue rigurosamente indagada bajo mi propia inspección.





—Usted podría haberse ahorrado este problema —dijo Dupin— D., presumo, no es totalmente un tonto y, si no lo es, debe haber anticipado estos asaltos, como un asunto natural.

—No *totalmente* un tonto —dijo G.— pero es un poeta, lo cual considero a sólo un grado de un tonto.

—Es verdad —dijo Dupin, después de una larga y pensativa bocanada de su pipa de espuma de mar—, aunque yo mismo he sido culpable de ciertas rimas.

—Es presumible que nos detallará —dije— algunas particularidades de su búsqueda.

—Sí, el hecho es que nos tomamos nuestro tiempo y buscamos *en cada lugar*. Tengo una larga experiencia en estos asuntos. Tomé el edificio entero, habitación por habitación; dedicándole las noches de una semana completa a cada una. Examinamos, primero, los muebles de cada salón. Abrimos cada cajón posible; y presumo que ustedes saben que, para un agente de policía apropiadamente entrenado, algo como un cajón secreto es imposible. Es un necio cualquier hombre que permita que un cajón *secreto* se le escape en una búsqueda de esta clase. La cosa es así de *simple*. Hay cierta cantidad de masa —de espacio— a ser tenida en cuenta en cada gabinete. Luego tomamos precauciones precisas. La quincuagésima parte de una línea no podía escapársenos. Después de los gabinetes tomamos las sillas. Probamos los almohadones con las agujas largas y finas que usted me ha visto emplear. Removimos las tapas de las mesas.

—¿Por qué?

—A veces, las tapas de las mesas, u otra pieza colada de un mueble similar, se sacan por la persona que desea ocultar un artículo; luego la pata es excavada, el artículo depositado dentro de la cavidad y la tapa colocada nuevamente. Los fondos y las tapas de los pilares de las camas son empleados del mismo modo.



—Pero ¿no podría la cavidad ser detectada por el sonido?
—pregunté.

—De ningún modo, si, cuando el artículo es depositado, un relleno suficiente de algodón es colocado alrededor de él. Además, en nuestro caso, estábamos obligados a proceder sin ruido.

—Pero ustedes no pudieron haber sacado, no pudieron haber desarmado todos los muebles en los que hubiera sido posible depositarla en la manera que menciona. Una carta puede ser comprimida en un delgado rollo espiralado, que no difiere mucho en forma o volumen de una aguja de tejer, y de esta forma puede ser insertada en el travesaño de una silla, por ejemplo. ¿Ustedes desarmaron todas las sillas?

—Ciertamente no. Pero hicimos algo mejor: examinamos los travesaños de cada silla en el hotel y, verdaderamente, las juntas de cada tipo de mueble, con la ayuda del microscopio más poderoso. Si allí hubiera habido cualquier rastro de alteración reciente no habríamos dejado de detectarlo al instante. Una simple viruta de polvo de taladro, por ejemplo, habría sido tan obvia como una manzana. Cualquier desorden en el encolado, cualquier apertura en las juntas, habría bastado para asegurar la detección.

—Presumo que miraron los espejos, entre las tablas y las chapas, y que probaron las camas y las ropas de dormir, tanto como las cortinas y las alfombras.

—Eso, por supuesto; y una vez que habíamos registrado absolutamente cada partícula de mueble en este sentido, entonces examinamos la casa misma. Dividimos la superficie completa en partes, que numeramos, de tal modo que ninguna podía ser omitida; luego escudriñamos cada pulgada cuadrada de las dependencias, incluyendo las dos casas inmediatamente contiguas, con el microscopio, como antes.

—¡Las dos casas contiguas!—exclamé— Deben haber tenido gran cantidad de problemas.



—Tuvimos; pero la recompensa ofrecida es prodigiosa.

—¿Incluyeron los pisos de las casas?

—Todos los pisos están pavimentados con ladrillo. Nos dieron pocos problemas comparativamente. Examinamos el moho entre los ladrillos, y lo encontramos impertérito.

—¿Miraron entre los papeles de D., por supuesto, y entre los libros de su biblioteca?

—Ciertamente: abrimos cada paquetito y paquete; no solamente abrimos cada libro, sino que pasamos cada hoja de cada volumen, no contentos con un mero sacudimiento, acorde al estilo de algunos de nuestros oficiales de policía. También medimos el grosor de cada cubierta de libro, con la medición más exacta, y aplicamos a cada una el escrutinio más celoso del microscopio. Si hubiera sido entremetida en cualquiera de las ligazones, habría sido totalmente imposible que el hecho escapara a nuestra observación. Probamos cuidadosamente, longitudinalmente, con las agujas, unos cinco o seis volúmenes, recientemente salidos de las manos del encuadernador.

—¿Exploraron los pisos debajo de las alfombras?

—Sacamos cada alfombra y examinamos los tablones con el microscopio.

—¿Y el empapelado de las paredes?

—Sí.

—¿Miraron los sótanos?

—Lo hicimos.

—Entonces —dije— han estado haciendo un mal cálculo, y la carta *no está* en las dependencias, como suponen.

—Temo que tiene razón en eso —dijo el prefecto—. Y ahora, Dupin, ¿qué me aconsejaría que haga?

—Revisar de nuevo completamente la casa.

—Eso es absolutamente innecesario —replicó G.—. Estoy menos seguro de que respiro de que la carta no está en el hotel.



—No tengo un consejo mejor para darle —dijo Dupin—. ¿Tiene usted, por supuesto, una descripción exacta de la carta?

—¡Oh, sí!

Y aquí el prefecto, mostrando una libreta de apuntes, procedió a leer en voz alta un informe minucioso del interior y especialmente de la apariencia externa del documento perdido. Poco después de finalizar la lectura partió, desanimado como jamás lo había visto antes.

Un mes después nos hizo otra visita, y nos encontró casi tan ocupados como antes. Tomó una pipa y una silla e ingresó en una conversación ordinaria. Finalmente dije:

—Bien, pero G., ¿qué hay sobre la carta robada? Supongo que, por lo menos, se habrá convencido de que no es cosa fácil sobrepujar en astucia al ministro.

—¡Maldito sea! Sí, hice el reexamen, sin embargo, como Dupin sugirió, pero fue una labor perdida, como yo lo sabía de antemano.

—¿Cuánto dijo usted que era la recompensa ofrecida? —preguntó Dupin.

—Bueno, una gran cantidad, una recompensa muy dadivosa. No me gusta decir cuánto precisamente, pero diré una cosa, que no tendría inconveniente en dar un cheque personal por cincuenta mil francos a quien pudiera obtener la carta para mí. El hecho es que esto adquiere más y más importancia cada día; y la recompensa recientemente ha sido duplicada. Sin embargo, si fuera triplicada, yo no podría hacer más de lo que he hecho.

—Bueno, sí —dijo Dupin, arrastrando las palabras, entre las bocanadas de su pipa de espuma de mar—. Realmente pienso, G., que ustedes no se han esforzado en extremo en este asunto. Pienso que ustedes podrían hacer un poco más, ¿no?

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—Sí —lanzó una bocanada, otra bocanada—, usted podría



—lanzó una bocanada, otra bocanada— emplear un consultor en el asunto, ¿no? —y lanzó otra, y otra, y otra bocanada de humo—. ¿Recuerda la historia que cuentan de Abernethy?

—No, ¡maldito Abernethy!

—¡Esté seguro! Maldito y bienvenido. Pero, una vez cierto rico avaro concibió el plan de obtener gratis una consulta médica de Abernethy. Preparando, para este propósito, una conversación ordinaria en compañía privada, insinuó su caso al físico, como si fuera un caso imaginario. “Supongamos —dijo el avaro— que los síntomas son tal y tal; bien, doctor, ¿qué le recomendaría usted hacer?”. “Lo que yo le aconsejaría —dijo Abernethy— es que consultara a un médico.”

—Pero —dijo el prefecto, un poco descompuesto— yo estoy perfectamente dispuesto a tomar consejo, y a pagar por él. Yo realmente daría cincuenta mil francos a cualquiera que me ayudara en el asunto.

—En ese caso —replicó Dupin, abriendo un cajón y exhibiendo una chequera—, usted puede también llenarme un cheque por la cantidad mencionada. Cuando lo haya firmado, le entregaré en mano la carta.

Yo estaba pasmado. El prefecto parecía absolutamente fulminado. Durante algunos minutos, permaneció callado e inmóvil, mirando incrédulamente a mi amigo con la boca abierta y con ojos que parecían salirse de sus cuencas; luego, aparentemente recobrando su postura, tomó una lapicera, y después de varias pausas y miradas vacías, finalmente llenó y firmó un cheque por cincuenta mil francos, y se lo pasó a través de la mesa a Dupin. Este último lo examinó cuidadosamente y lo depositó en su billetera; luego abriendo con llave un escritorio, tomó de allí una carta y se la dio al prefecto. Este funcionario la empuñó con una convulsión de alegría, la abrió con mano temblorosa, arrojó una mirada rápida a sus contenidos, y luego, lanzándose vacilante



hacia la puerta, desapareció bruscamente de la habitación y de la casa, sin haber pronunciado una sílaba desde el momento en que Dupin le pidió que llenara el cheque.

Cuando se hubo ido, mi amigo comenzó a dar algunas explicaciones.

—La Policía parisina —dijo— es excesivamente capaz en este sentido. Son perseverantes, ingeniosos, perspicaces, y completamente versados en el conocimiento de lo que sus deberes parecen requerir principalmente. De esta manera, cuando G. nos detalló su modo de buscar en las dependencias del hotel de D., sentí entera confianza en que había hecho una investigación satisfactoria, hasta donde se extienden sus labores.

—¿Hasta donde se extienden sus labores?

—Sí —dijo Dupin—. Las medidas adoptadas no fueron solamente las mejores de su clase, sino que fueron llevadas a cabo con la más absoluta perfección. Si la carta hubiera sido depositada dentro de la extensión de su búsqueda, estos policías, incuestionablemente, la hubieran encontrado.

Yo simplemente me reí, pero él parecía completamente serio en todo lo que decía.

—Las medidas, entonces —continuó— eran buenas en su clase y bien ejecutadas; su defecto consistía en ser inaplicables para el caso y para el hombre. Cierta grupo de recursos altamente ingeniosos son, con el prefecto, una suerte de lecho de Procusto, al cual él forzosamente adapta sus planes. Pero él perpetuamente se equivoca en ser demasiado profundo o demasiado superficial, para el asunto en cuestión; y muchos escolares son mejores razonadores que él. Conozco uno de ocho años de edad, cuyo éxito para adivinar en el juego de “pares e impares” atrajo admiración universal. El juego es simple y se juega con bolitas. Uno de los jugadores sostiene en su mano un número de estas bolas, y le pregunta al otro si ese número



es par o impar. Si la apuesta es correcta, el adivinador gana una; si es incorrecta, pierde una. El chico a quien aludo ganó todas las bolitas de la escuela. Por supuesto, él tenía cierto principio de adivinación; y éste consistía en la simple observación y medición de la astucia de sus oponentes. Por ejemplo, su oponente es un simplón notorio, y teniendo sus manos cerradas, pregunta “¿Son pares o impares?”. Nuestro escolar replica “Impares” y pierde; pero en la segunda prueba él gana, porque se dice a sí mismo “El simplón tuvo pares en la primer prueba y su cantidad de perspicacia es suficiente como para hacerlo tener impares en la segunda; yo, por lo tanto, arriesgaré impares”. Él arriesga impares y gana. Ahora bien, con un simplón un grado superior al primero, él razonaría de este modo: “Este compañero halla que en la primera instancia yo arriesgué impares, y, en la segunda, se propondrá, según su primer impulso, una simple variación de par a impar, como hizo el primer simplón; pero un segundo pensamiento le sugerirá que esta variación es demasiado simple, y finalmente decidirá ponerlas pares como antes. Yo, por lo tanto, arriesgaré pares”. Él arriesga pares y gana. Ahora bien, este modo de razonar en el escolar, a quien sus compañeros llaman “afortunado”, ¿qué es, en un último análisis?

—Es simplemente —dije— una identificación del intelecto del razonador con el de su oponente.

—Eso es —dijo Dupin— y preguntándole al chico por qué medios él efectuaba esa *cabal* identificación en la que consistía su éxito, recibí la siguiente respuesta: “Cuando deseo saber qué tan inteligente, o qué tan estúpido, o qué tan bueno, o qué tan malvado es alguien, o cuáles son sus pensamientos en ese momento, adapto la expresión de mi cara, lo más exactamente posible, de acuerdo con la expresión de la suya, y luego espero para ver qué pensamientos emergen de mi mente o mi corazón, como para equipararse o corresponderse con esa expresión”.



Esta respuesta del escolar echa por el piso toda la profundidad espuria que ha sido atribuida a La Rochefoucault, a La Bruyère, a Maquiavelo, y a Campanella.

—Y la identificación —dije— del intelecto del razonador con la de su oponente depende, si te comprendo correctamente, de la exactitud con que es medido el intelecto del oponente.

—Para su valor práctico, depende de esto —replicó Dupin—; y el prefecto y su cohorte fallan muy frecuentemente, primero, en descuidar la identificación, y en segundo lugar, en medir erróneamente, o mejor, no medir en absoluto el intelecto con el cual están involucrados. Consideran solamente sus *propias* ideas ingenuas; y al buscar algo escondido, advierten solamente los modos en que *ellos* lo hubieran escondido. En esto están en lo cierto: su propio ingenio es fehacientemente representativo del de la *masa*; pero cuando la perspicacia del criminal es diversa en su carácter respecto de la suya propia, el criminal los burla, por supuesto. Esto pasa siempre cuando está por encima de la suya y usualmente cuando está por debajo. No tienen variación de principios en sus investigaciones; en el mejor caso, cuando están urgidos por una emergencia inusual, por una recompensa extraordinaria, extienden o exageran sus viejos modos de práctica, sin tocar sus principios. En este caso de D., por ejemplo ¿qué se hizo para variar el principio de acción? ¿Qué es todo ese sondear y probar y hacer sonar y escudriñar con el microscopio, y dividir la superficie del edificio en pulgadas cuadradas registradas? ¿Qué es todo eso sino la *exageración de la aplicación* de un principio o de un cuerpo de principios de búsqueda, los cuales están basados en un cuerpo de nociones que consideran el ingenio humano, a los cuales el prefecto, en la larga rutina de su deber, ha sido acostumbrado? ¿No ves que presupuso que todos los hombres procederían a ocultar una carta, no exactamente en un agujero taladrado en la pata de una silla, pero, al menos, en algún agujero



o rincón apartado sugerido por el mismo tenor de pensamiento que llevaría a un hombre a esconder una carta en un agujero taladrado en la pata de una silla? ¿Y no ves también que tales escondrijos *recherchés*⁵ para un ocultamiento son adaptados solamente para las ocasiones ordinarias, y serían adoptados solamente por intelectos ordinarios? Porque en todos los casos de ocultamiento, la disposición del artículo oculto —una disposición de esta manera *recherché*— es, en primera instancia, presumible y presumida; y de esta manera su descubrimiento depende absolutamente no de la agudeza, sino del simple cuidado, paciencia y determinación de los buscadores; y donde hay un caso de importancia o —lo que cuenta de igual modo para los ojos policiales—, cuando la recompensa es de una gran magnitud; nunca se ha sabido que las cualidades en cuestión fallen. Ahora comprenderás lo que quise decir cuando sugerí que, si la carta robada había sido escondida en algún lugar dentro de los límites del examen del prefecto —en otras palabras, si el principio de su ocultamiento había sido comprendido dentro de los principios del prefecto— su descubrimiento hubiera sido un asunto completamente incuestionable. Sin embargo, este funcionario fue desconcertado cabalmente; y la fuente remota de su fracaso yace en la suposición de que el ministro es un tonto, porque ha adquirido renombre como poeta. Todos los tontos son poetas; esto es lo que siente el prefecto; y es simplemente culpable de una *non distributio medii*⁶ desde entonces en la inferencia de que todos los poetas son tontos.

—Pero, ¿éste realmente es el poeta? —pregunté—. Hay dos hermanos, según sé; y ambos han logrado reputación en las

5. *Recherchés*: 'rebuscados' .

6. *non distributio medii*: "No división del centro, del núcleo". Se refiere a no analizar la premisa.



letras. Creo que el ministro ha escrito eruditamente sobre el Cálculo Diferencial. Él es un matemático y no un poeta.

—Estás equivocado; yo lo conozco bien y es ambas cosas. Como poeta y matemático él razonaría bien; como simple matemático, él no podría haber razonado en absoluto, y de esta manera hubiera estado a merced del Prefecto.

—Me sorprendes —dije— con estas opiniones, que han sido refutadas por la voz del mundo. No querrás hacer tabla rasa con una idea de siglos bien asimilada. La razón matemática ha sido largamente considerada como la razón *par excellence*.⁷

—*Il y a à parier* —replicó Dupin citando a Chamfort— *que toute idée publique, toute convention reçue, est une sottise, car elle a convenu au plus grand nombre*.⁸ Los matemáticos han hecho todo lo que pudieron para promulgar este error popular al cual aludes, que no es nada menos que un error por su promulgación como verdad. Con un arte que vale una causa mejor, por ejemplo, ellos han insinuado el término “análisis” para aplicar al álgebra. Los franceses son los originadores de este fraude particular; pero si un término de cualquier importancia, si las palabras derivan su valor de la aplicabilidad, entonces “análisis” conlleva a “álgebra” tanto como en latín “*ambitus*” implica “ambición”, “*religio*”, “religión” u “*homines honesti*”, un grupo de hombres honorables.

—Veo que tienes una pelea pendiente —dije— con algún algebrista de París, pero prosigue.

—Discuto la disponibilidad, y de esta forma el valor, de la razón que es cultivada de cualquier otra forma que la abstracción lógica. Discuto, en particular, la razón extraída del estudio matemático. La matemática es la ciencia de la forma y la canti-

7. *Par excellence*: ‘por excelencia’.

8. “Puede apostarse que toda idea pública, toda convención admitida, es una necesidad, porque ha convenido a un número mayor.”



dad; y el razonamiento matemático es simplemente lógica aplicada a la observación de la forma y la cantidad. El gran error consiste en suponer que incluso las verdades de lo que se llama “álgebra *pura*” son abstractas o verdades generales. Y este error es tan atroz que estoy confundido por la universalidad con que ha sido recibido. Los axiomas matemáticos *no son* axiomas de verdades generales. Lo que es verdad en su ámbito –la forma y la cantidad–, a menudo es groseramente falso respecto de la moral, por ejemplo. En esta última ciencia, muy usualmente no es verdadero que la suma de las partes es igual al todo. En química también el axioma falla. Falla en la consideración del móvil; porque dos móviles, cada uno con un valor dado, no tienen necesariamente cuando se unen un valor igual a la suma de sus valores separados. Hay muchas otras verdades matemáticas que solamente son verdades dentro de los límites de su ámbito. Pero el matemático argumenta, por hábito, como si sus verdades finitas fueran de una aplicabilidad absolutamente general, como el mundo en verdad imagina que lo son. Bryant, en su muy célebre *Mitología*, menciona una fuente análoga de error, cuando dice que, “aunque las fábulas paganas no se creen, no obstante lo olvidamos continuamente, y hacemos inferencias de ellas como si fueran realidades existentes”. Sin embargo, con los algebristas, que son paganos, las “fábulas paganas” sí se creen, y se hacen inferencias, no tanto por un traspie en la memoria, como por una inexplicable esterilización del cerebro. En suma, aún no he encontrado nunca al simple matemático que pudiera desconfiar de las raíces iguales, o que no sostuviera clandestinamente como un punto de fe que $x^2 + px$ era absolutamente e incondicionalmente igual a q . Dile a uno de estos caballeros, para hacer el experimento, si te place, que crees que en ocasiones puede suceder que $x^2 + px$ no es totalmente





igual a q , y, habiéndole hecho comprender lo que quieres decir, sal fuera de su alcance lo más velozmente posible, porque, sin duda, se esforzará por derribarte.

—Quiero decir —continuó Dupin mientras yo simplemente me reía de sus últimas observaciones— que si el ministro hubiera sido nada más que un matemático, el prefecto no se habría visto en la necesidad de darme este cheque. Sin embargo, lo conozco como matemático y como poeta, y mis medidas fueron adaptadas a su capacidad, con referencia a las circunstancias por las cuales él estaba rodeado. Lo conozco como un cortesano, también, y como un *intrigant*^p osado. Consideré que tal hombre no podía dejar de saber los modos ordinarios de la acción policial. Él no podía dejar de anticipar —y los hechos han probado que no dejó de anticipar— los asaltos a los cuales fue sometido. Reflexioné que él debió haber previsto las investigaciones secretas en sus dependencias. A sus ausencias frecuentes de la casa por las noches, que eran aclamadas por el prefecto como ayudas certeras en su éxito, las consideré solamente como artimañas para facilitar la oportunidad de una búsqueda cabal de la policía y de este modo imprimirles más pronto la convicción a la cual G., de hecho, finalmente arribó: la convicción de que la carta no estaba dentro de las dependencias. Sentí, también, que todo este curso de pensamientos, que estuve detallándote con ciertas dificultades recién, se relacionaba con el principio invariable de la acción policial en búsquedas de artículos escondidos. Sentí que todo este curso de pensamientos necesariamente habría pasado por la mente del ministro. Esto lo conduciría imperiosamente a despreciar todos los escondrijos usuales de ocultamiento. Reflexioné que él no podría ser tan ineficaz como para no ver que el recodo más

9. *Intrigant*: 'intrigante'.

146 | Edgar Allan Poe





intrincado y remoto de su hotel sería tan abierto como sus gabinetes más comunes a los ojos, las pruebas, los taladros, y los microscopios del prefecto. En resumen, vi que sería conducido, por descontado, a la *simplicidad*, si no había sido inducido deliberadamente a ella por elección. Recordarás, quizás, con qué ganas rió el prefecto cuando le sugerí, en nuestra primera entrevista, que el misterio lo perturbaba por ser demasiado evidente.

—Sí —dije—. Recuerdo bien su regocijo. Realmente pensé que estaba por tener convulsiones.

—El mundo material —continuó Dupin— abunda en estrictas analogías con el mundo inmaterial; y de este modo cierto color de la verdad ha sido dado al dogma retórico, de modo tal que una metáfora o símil puede usarse para fortalecer un argumento, tanto como para embellecer una descripción. El principio de la *vis inertiae*,¹⁰ por ejemplo, parece ser idéntico tanto en la física como en la metafísica. No es más cierto en la primera, que un cuerpo grande se pone en movimiento con más dificultad que uno más pequeño, y que su *consecuente momentum*¹¹ es proporcional a esta dificultad, que lo que lo es en la última que los intelectos de capacidad más vasta, mientras sean más potentes, más constantes, y más memorables en sus movimientos que aquellos de menor grado, son, no obstante, los que menos prontamente se mueven y que con más perturbación y llenos de duda lo hacen en los primeros pasos de su progreso. Nuevamente, ¿has notado alguna vez cuáles de los letreros de las calles, sobre las puertas de los negocios, son los más atractivos para la atención?

—Nunca he tenido motivo para pensarlo —dije.

—Hay un juego de acertijos —resumió— que se juega sobre un mapa. Una parte le pide a otra que encuentre una

10. *Vis inertiae*: “El ímpetu de lo inerte.”

11. *Consecuente momentum*: ‘Movimiento’, ‘impulso’.



palabra dada —el nombre de una ciudad, de un río, de un estado o un imperio—, cualquier palabra, en suma, sobre la superficie abigarrada y confusa del plano. Un novato en el juego generalmente busca incomodar a sus oponentes dándoles los nombres de las letras más pequeñas; pero el adepto selecciona aquellas palabras que se extienden, en caracteres grandes, de un lado a otro del plano. Éstas, como los letreros y carteles de grandes letras en la calle, escapan a la observación a fuerza de ser excesivamente obvios; y aquí la inadvertencia física es precisamente análoga con la incompreensión moral por la cual el intelecto sufre el pasar por alto aquellas consideraciones que son demasiado entrometida y palpablemente evidentes. Pero éste es un punto que aparece en algún lugar por encima o por debajo del entendimiento del prefecto. Él nunca pensó —ni una vez— que fuera probable, o posible, que el ministro la hubiera depositado inmediatamente debajo de la nariz de todo el mundo, como mejor modo de evitar que cualquier porción de ese mundo la percibiera.

Pero cuanto más reflexionaba sobre el ingenio atrevido, ostentoso y discriminatorio de D.; sobre el hecho de que el documento debía estar siempre a la *mano*, si pretendía servirse de él para sus fines; y sobre la evidencia decisiva, obtenida por el prefecto, de que no estaba escondida dentro de los límites de aquella búsqueda ordinaria del dignatario, lo que más me satisfizo fue pensar que, para ocultar la carta, el ministro había acudido al recurso comprensible y sagaz de no intentar ocultarla en absoluto.

Lleno de estas ideas, me preparé con un par de espejuelos verdes, y llamé una mañana, completamente como por casualidad, al Hotel Ministerial. Lo encontré a D. en casa, bostezando, holgazaneando, perdiendo el tiempo, como es usual, y preten-



diendo estar en el último extremo del *ennui*.¹² Él es, quizás, realmente el ser humano vivo más enérgico, pero esto solamente cuando nadie lo ve.

Para ser justo con él, me quejé de mis ojos débiles, y lamenté la necesidad de los espejuelos, bajo cuya cobertura inspeccioné cuidadosa y cabalmente el departamento, mientras aparentemente sólo estaba atento a la conversación de mi anfitrión.

Puse especial atención a una gran mesa de escritura cerca de la cual yo estaba sentado y sobre la que yacían confusamente algunas cartas mezcladas y otros papeles, con uno o dos instrumentos musicales y unos pocos libros. Sin embargo, aquí, después de un escrutinio prolongado y deliberado, no vi nada que despertara alguna sospecha particular.

Finalmente mis ojos, recorriendo el circuito de la habitación, cayeron sobre un tarjetero de cartón de filigrana barata que colgaba suspendido de una sucia banda azul, de un pequeño botón de bronce justo debajo de la mitad de la chimenea. En este soporte, que tenía tres o cuatro compartimentos, había cinco o seis cartas de visita y una carta solitaria. Esta última estaba muy manchada y arrugada. Estaba casi rota en dos, por el medio, como si el plan, en una primera instancia, de romperla como algo inservible, hubiera sido alterado, o detenido, en una segunda. Tenía un gran sello negro, cargando el monograma D. *mu*y visiblemente, y estaba dirigida a D., el ministro, por una mano femenina diminuta. Estaba descuidadamente, e incluso, parecía, desdeñosamente metida, dentro de una de las divisiones superiores del soporte.

Tan pronto como di un vistazo a esta carta, concluí que era aquella que estaba buscando. Seguramente, era, en toda apariencia, radicalmente diferente de la que el prefecto nos leyó

12. *Ennui*: 'hastío', 'aburrimiento'.



una descripción minuciosa. Aquí el sello era grande y negro, con el monograma D.; allí era pequeño y rojo, con las armas ducales de la familia S. Aquí, la dirección al ministro era diminuta y femenina; mientras que el otro dirigido a cierto personaje real, había sido trazado con caracteres firmes y decididos. Sólo el tamaño mostraba analogía. Pero, en cambio, lo radical de unas diferencias que resultaban excesivas; la suciedad, el papel roto y manchado, tan inconsistente con los verdaderos hábitos metódicos de D., y tan sugerente de un plan para engañar al espectador con la idea de la falta de valor del documento; estas cosas, junto con la ubicación de la carta insolentemente colocada bajo los ojos de cualquier visitante, y coincidente, por tanto, con las conclusiones a las que ya había arribado, corroboraron decididamente las sospechas de alguien que había ido allá con intenciones de sospechar. Prolongué mi visita tanto como fue posible, y mientras mantenía una discusión de lo más animada con el ministro, sobre un tópico que yo sabía bien que nunca había dejado de interesarle y excitarlo, tuve mi atención realmente fija en la carta. En este examen, confié a la memoria su apariencia externa y colocación en el soporte; y también caí, finalmente, en el descubrimiento que puso fin a cualquier duda trivial que pudiera haber hospedado. Al escudriñar los bordes del papel, observé que estaban más desgastados de lo que parecía necesario. Éstos presentaban la apariencia rotosa que se manifiesta cuando un papel firme, habiendo sido doblado y presionado con una dobladura, es vuelto a doblar en dirección inversa, con los mismos pliegues o bordes que habían formado su dobladura original. Este descubrimiento fue suficiente. Estaba claro para mí que la carta había sido dada vuelta hacia afuera, como un guante, redirigida y resellada. Le di los buenos días al ministro y partí enseguida, dejando una tabaquera de oro sobre la mesa.



A la mañana siguiente, fui por mi tabaquera, mientras resumíamos, con entera ansiedad, la conversación del día precedente. Pero, mientras hablábamos de este modo, un fuerte estampido, como de una pistola, se escuchó inmediatamente debajo de las ventanas del hotel, y fue sucedido por una serie de quejidos temerosos, y de los gritos de una turbamulta. D. se precipitó hacia la puerta ventana, la abrió, y miró hacia afuera. Mientras tanto caminé hacia el tarjetero, tomé la carta, la puse en mi bolsillo, y la reemplacé por un facsímil (respecto de las consideraciones externas), que cuidadosamente había preparado en mi casa; imitando el monograma D., muy fácilmente, con la ayuda de un sello hecho de pan.

El disturbio en la calle había sido ocasionado por la conducta frenética de un hombre con un fusil. Lo había disparado entre una multitud de mujeres y niños. Sin embargo, se comprobó que el arma no estaba cargada, y los presentes dejaron en libertad al individuo, considerándolo borracho o loco. Cuando se fue, D. volvió de la ventana, donde me le había reunido inmediatamente después de apoderarme de la carta. Poco después, me despedí de él. Por cierto, que el supuesto lunático era un hombre al que yo le había pagado.

—Pero, ¿qué propósito perseguías —pregunté— con reemplazar la carta por un facsímil? ¿No hubiera sido mejor, en la primera visita, haberla capturado y partir?

—D. —replicó Dupin— es un hombre resuelto a todo y lleno de coraje. Su hotel, también, tiene servidores devotos a sus intereses. Si hubiera hecho el intento salvaje que sugieres, nunca podría haber abandonado vivo los salones ministeriales. La gente buena de París podría no haber escuchado más nada de mí. Pero yo tenía un objetivo aparte de estas consideraciones. Conoces mis simpatías políticas. En este sentido, actué como un partidario de la dama involucrada. Durante dieciocho me-



ses el ministro la había tenido en su poder. Ahora es ella quien lo tiene a él, pues, ignorante de que la carta no se halla ya en su posesión, D. continuará presionando como si la tuviera. De este modo inevitablemente se encomendará, enseguida, a su propia destrucción política. Su ruina, además, será tan precipitada como ridícula. Está muy bien hablar del *facilis descensus Averni*,¹³ pero en todo tipo de escaladas, como dijo Catalani del canto, es mucho más fácil subir que bajar. En la presente instancia, no tengo simpatía –al menos, no piedad– por quien desciende. D. es el *monstrum horrendum*,¹⁴ un inescrupuloso hombre de genio. Sin embargo, confieso que me gustaría saber muy bien el carácter preciso de sus pensamientos, cuando, al ser desafiado por ésa a quien el prefecto denomina “cierto personaje” se vea obligado a abrir la carta que dejó para él en el tarjetero.

—¿Cómo? ¿Pusiste algo particular en ella?

—Sí, no parecía totalmente correcto dejar en blanco el interior, hubiera sido insultante. Una vez, en Viena, D. me jugó una mala pasada, y sin perder el buen humor, le dije que no la olvidaría. Así que, como creí que sentiría cierta curiosidad en relación con la identidad de la persona que lo había burlado, pensé que era una lástima no darle un indicio. Él está bien familiarizado con mi letra, y sólo copié en el medio de la hoja en blanco las palabras:

...*Un dessein si funeste,*
*S'il n'est digne d'Atrée, est digne de Thyeste.*¹⁵

Ellas pueden hallarse en el *Atreo* de Crebillon.

13. *Facilis descensus Averni*: “fácil descenso al Averno”.

14. *Monstrum horrendum*: ‘monstruo horrendo’.

15. “Un designio tan funesto, si no es digno de Atrée, es digno de Tiestes”.





ÍNDICE



✍ Biografía	5
✍ Prólogo de la obra	9
✍ Antología	13
<i>Manuscrito hallado en una botella</i>	15
<i>El gato negro</i>	31
<i>Los hechos del caso de M. Valdemar</i>	45
<i>El corazón delator</i>	59
<i>El barril de amontillado</i>	67
<i>La máscara de la muerte roja</i>	77
<i>Los crímenes de la calle Morgue</i>	85
<i>La carta robada</i>	129

